

cuentos
para vivir



Emociones

Begoña Ibarrola

Título original: Emociones

Colección: Cuentos para vivir...

Autora: Begoña Ibarrola

Ilustración portada: Maria Tsvetanova

© 2014, Paisandú

e-mail: info@paisandu.com

ÍNDICE

La Alegría

Aventura en el río
Todos contentos
Peligro en el mar
Buscando conchas
El águila y la montaña

La tristeza

El sauce que no quería llorar
Rosa ya no es Rosita
La temida hora del recreo
Ojo de Gaviota
¿Qué le pasa a Mugán?

El Enfado

El oso gruñón
Un paseo por las estrellas
El príncipe desencantado
Jaime no sabe decir “no”
¡Venga Elisa, date prisa!

El Miedo

La hormiga viajera
Al final del pasillo
Un jarrón de la china
La flor aventurera
¿Cuánto cuesta el valor?

El Orgullo

La hojita presumida
El vendedor ambulante
Algo pasa en las Pléyades
Pirindicuela
Lago de montaña

La Envidia y los Celos

Las dos coronas
La leyenda de Arturus
Encuentro en las pirámides
Yo soy el mayor
Itziar quiere ser un abeto

La Confianza en uno mismo

El príncipe que perdió la memoria
Mi colección de piropos
Pequeño oso blanco
Nadie quiere a Isabel
Crisol y su estrella

La Vergüenza

Caruso no quiere cantar

El hermano de Elena
La araña Catafaina está muy rara
¡Visitas, vaya rollo!
La historia de Dracolino

La Culpa

El cumpleaños de Leire
Un ángel impaciente
Marta se siente culpable
Tú tienes la culpa de todo
El cazador de grillos



Cuentos para vivir...

EMOCIONES



La Alegría

Begoña Ibarrola

ALEGRÍA: Emoción que se produce cuando ocurren acontecimientos positivos para nosotros, cuando logramos una meta que nos habíamos propuesto o tenemos una sensación placentera.

Se puede sentir alegría:

- *Si conseguimos un objetivo que deseamos.*
- *Cuando solucionamos algún problema.*
- *Al estar con amigos y personas a las que queremos.*
- *Cuando vemos las cosas positivas que pasan.*
- *Cuando vemos a otras personas que están contentas.*
- *Cuando nos sorprenden con algo que nos gusta.*
- *Al ayudar a otros a sentirse felices...*

Aventura en el río

Casi todos los veranos Andrés iba al pueblo donde nacieron sus padres.

Por el pueblo pasaba un río que no era muy grande pero permitía, al formarse pequeñas charcas, que Andrés y sus amigos se pudieran bañar.

En otros lugares, las aguas del río se precipitaban con rapidez hacia una pequeña cascada y parecía como si el río cantara.

Andrés solía escuchar con atención y decía que nunca sonaba igual, que cada día el río cantaba una canción diferente.

Acudía a la orilla cada vez que se sentía un poco triste o solo; se quedaba ensimismado contemplando el agua al pasar y eso le ayudaba a sentirse mejor.

Una tarde se acercó al río y se sentó en una roca con la mirada fija en el agua, pero entonces algo llamó su atención: había una cosa que brillaba en el fondo. Metió la mano en el agua para sacarla y al abrirla, ¡oh sorpresa!, apareció en su mano un hada muy, muy pequeña, con unas alas relucientes y brillantes.

—¡Hola!, no te asustes, soy el hada del río, me llamo Cantarina.

—Yo me llamo Andrés —contesto aún sorprendido.

—Soy la encargada de hacer que el río cante —dijo el hada.

Andrés se puso muy contento al saber que el río de verdad cantaba a pesar de que algunos de sus amigos se habían reído de él cuando se lo dijo.

Al contemplarla de cerca le pareció aún más pequeña pues cabía dentro de su mano, por eso Andrés mantuvo la palma extendida con mucho cuidado para que el hada no se cayera.

A Andrés le pareció preciosa igual que su voz.

—¿Vienes mucho por el río? —le preguntó el hada.

—Solamente en verano porque yo vivo en la ciudad, mis padres me traen al pueblo cuando tengo vacaciones.

—¿Y te lo pasas bien aquí?

—Sí, estoy muy contento porque puedo hacer cosas que en la ciudad no me dejan.

—¿Qué cosas? —le preguntó el hada.

—Me acuesto más tarde porque no tengo que ir a la escuela, no tengo que madrugar, me voy con mis amigos por todo el pueblo y juego a cosas muy divertidas.

—Entonces ¿eres feliz porque haces lo que quieres?

—Pues claro...

—Y aquí, en el pueblo ¿siempre estás contento?

—Bueno... siempre no.

—Y en la ciudad donde vives, ¿siempre estás triste?

—Bueno... siempre no.

—Así que el estar contento o estar triste no depende del lugar... —respondió el hada.

—Pues claro...

Andrés comenzó a pensar que aquella era un hada muy preguntona y decidió hacerle también él unas preguntas. Quería saber si en el río vivían otras hadas y, si era así, qué hacía cada una y por qué no las había visto antes.

—¿Vives tu sola en el río?

—No, somos muchas hadas y cada una de nosotras se encarga de una cosa: yo, por ejemplo, me encargo de que el río cante, otra es responsable de que el agua esté limpia para que os podáis bañar sin problemas, otra se encarga de cuidar a los peces y procurar que tengan alimento, otra se encarga de mantener bonitas y limpias las piedras del fondo...

—¡Vaya! ¿Y por qué no os he visto antes? Yo vengo mucho al río...

—Porque si queremos, nos hacemos invisibles, pero hoy deseaba hablar contigo y saber por qué estás triste. Cuando miras al agua veo tu cara y algo me dice que no estás muy bien.

Entonces Andrés le contó al hada que no quería volver a la ciudad porque se aburría mucho y además en septiembre entraba en un colegio nuevo. Hasta ahora había estado en una escuela pequeña. Y cuando se acordaba de esto, se ponía triste, dejaba de jugar y se iba al río a pensar.

—¿Sabes? Yo tampoco estoy siempre en este río. A veces me encargan ir a otro para que canten sus aguas. Al principio me preocupo de si sabré hacerlo bien, si el río estará contento conmigo, si estaré a gusto en ese lugar..., pero luego me pongo a cantar y se me olvida la preocupación. Ya sabes que estar triste o contento no depende de un lugar. Yo me siento alegre cuando hago lo que tengo que hacer lo mejor posible; entonces me da igual donde me encuentre.

—Pues a mí me gustaría estar siempre contento y hacer solo las cosas que me

gustan... —dijo Andrés con voz quejosa.

—¡Pero eso es imposible! A veces estamos tristes, a veces contentos, en algún momento nos enfadamos y otras veces sentimos miedo. Los seres humanos y las hadas podemos sentir muchas emociones distintas y eso hace que cada día sea especial, como una gran aventura.

—¿Y qué puedo hacer para estar contento en el nuevo colegio? —preguntó Andrés al hada, descubriéndole una de sus mayores preocupaciones.

—Puedes hacer amigos, desear aprender a la vez que pasarlo bien y aceptar que unas cosas te gustarán más que otras, que unas tareas serán más fáciles y otras más difíciles para ti. No importa lo que te pase, depende de ti cómo te quieras sentir.

Sin pensarlo dos veces Andrés le preguntó al hada con cara sonriente:

—¿Quieres venir conmigo a la ciudad? Yo te llevaría en mi mochila al colegio y tú cantarías para mí ¿Qué te parece la idea?

El hada estiró sus preciosas alas, abrió mucho sus diminutos ojos y poniéndose de puntillas sobre la palma de la mano de Andrés, contestó:

—¡Me encantaría conocer la ciudad! Siempre he cantado de río en río..., pero antes debo preguntárselo al hada Organizada, ella es la responsable de que se lleven a cabo todas las tareas y el río no debe dejar de cantar, ¿no crees?

—Claro que no, pero puedes pedir que se encargue otra hada, ¿verdad?

El hada Organizada dio permiso a Cantarina para ir a la ciudad con Andrés y en su lugar puso a otra hada que estaba deseando cantar en el río.

Cuando terminaron las vacaciones, Andrés se fue contento a su nuevo colegio llevando en su mochila al hada Cantarina.

A veces sus compañeros escuchan una música suave y miran hacia un lado y otro tratando de saber de dónde viene, pero nadie sabe que su amiga Cantarina con sus canciones le recuerda a Andrés lo que le dijo en el río el día que se conocieron: “Depende de ti cómo te quieras sentir”.

Reflexiones:

- Si vives en la ciudad ¿te gustaría vivir en el campo? ¿Por qué?
- Si vives en el campo ¿te gustaría vivir en la ciudad? ¿Por qué?
- Andrés está triste porque en la ciudad donde vive se aburre. ¿Qué consejos le darías para que no se aburra?
- ¿En qué lugares estás tú más contento?
- Andrés quiere estar siempre alegre. ¿Crees que es posible?
- Andrés quiere hacer solo las cosas que le gustan. ¿Crees que eso es posible?
- ¿Cómo te sentirías tú si tuvieras que cambiar de colegio?
- Si pudieras llevar un hada en tu mochila, ¿qué le pedirías?
- Intenta imaginarte al hada Cantarina y dibújala.

Todos contentos

Érase una vez unos cordones de zapatos muy curiosos que deseaban más que nada en el mundo convertirse en lazos para el pelo. Este era su sueño y se decían el uno al otro:

—Nosotros servimos para ello, pero nos tienen aquí abajo, condenados a tragar polvo, y encima nos obligan a estar siempre atados a estas dichosas zapatillas.

Sólo se acordaban de ellos dos veces al día cuando la madre de María le decía:

—María, átate bien los cordones.

O cuando su padre le decía por la noche:

—María, no te quites los zapatos sin desatar los cordones.

María estaba muy orgullosa de sus zapatillas deportivas porque, según decía, eran de una marca muy conocida, pero los cordones de las zapatillas que entendían mucho de esto, no veían tanta diferencia con las zapatillas de otras marcas.

A María le gustaba andar con ellas por el paseo de la playa y le gustaba aún más sentir que otros niños le miraban con envidia. Pero lo que María no sabía es que no miraban con envidia sus zapatillas, sino sus cordones. Llamaban la atención porque eran rosas y tenían pequeñas flores blancas y verdes, no eran unos cordones comunes y corrientes.

Los cordones tampoco sabían que les miraban a ellos, si no se hubieran sentido muy orgullosos y no hubieran querido ser otra cosa.

Un día María estaba jugando en el parque cuando se le acercó otra niña y le dijo:

—Hola, me llamo Lara, ¿te puedo pedir una cosa?

María conocía sólo de vista a Lara porque solían coincidir en el parque. No era su amiga, por eso le extrañó que le pidiera algo, pero le preguntó con curiosidad:

—¿Qué quieres?

—Me he fijado en tus zapatillas...

María le interrumpió:

—Son de una marca muy cara, son las mejores...

Pero Lara no le dejó seguir hablando:

—No, no me refiero a tus zapatillas, lo que me gustan son sus cordones.

María se quedó muda: no entendía por qué Lara no sentía envidia de sus famosas

zapatillas.

—Verás —le dijo Lara—, a mí me dan igual las marcas, solo quiero que sean cómodas, pero me he fijado en tus cordones porque son muy bonitos y originales.

Los cordones seguían con mucha atención la conversación porque no estaban acostumbrados a que se hablara de ellos y, por sus caras, parecían muy contentos.

—¿Y para qué los quieres? —le preguntó María.

—Quiero hacerme dos coletas y ponérmelos como lazos.

Los cordones estaban como locos: por fin su sueño se iba a hacer realidad, claro que... María todavía no había contestado ni que sí ni que no. Los dos miraron hacia arriba conteniendo la respiración mientras esperaban la respuesta.

—A mí me parecen unos cordones un poco chillones. Me los pongo porque me los regaló mi madrina, no es que me gusten mucho, pero..., ¿qué me darías a cambio?

Lara se puso a pensar: quizás le gustaría algún póster de los que tenía en su habitación o quizás una diadema muy bonita que tenía en su joyero. No sabía que ofrecer y se le ocurrió algo:

—¿Por qué no vienes a mi casa y te enseño lo que tengo? Así podrás escoger lo que más te guste.

Lara y María hablaron con sus padres y quedaron esa misma tarde.

Cuando María entró en casa de Lara se quedó muy sorprendida porque Lara compartía habitación con sus dos hermanas y sus posesiones se reducían a dos posters -uno de planetas y otro de flores-, una caja de madera llena de baratijas, una preciosa diadema, algunos cuentos, ceras y un cuaderno de dibujo.

María cogió el cuaderno y lo miró, y allí encontró algo que llamó su atención: era un bonito dibujo de una mariposa y enseguida supo que eso era lo que ella quería. Lo pondría en una pared de su cuarto como si fuera un cuadro.

—¿Te gusta la mariposa? La copié de un libro que me dejaron en la biblioteca.

—Pintas muy bien, Lara. Si te parece, te cambio los cordones por el dibujo, pero no te los puedo dar ahora porque están un poco sucios. Mañana te los llevo al parque y tú me traes el dibujo de la mariposa. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Si hubiera alguien capaz de oír hablar a unos cordones, se hubiera quedado casi sordo del jaleo que armaron: estaban felices porque su sueño se convertiría en realidad al día siguiente. Esa noche no pudieron dormir a pesar de lo cansadas que

estaban las zapatillas de María de tanto correr y saltar.

Cuando llegó la tarde las dos niñas se encontraron en el parque para hacer el intercambio. María resplandecía de contenta llevando debajo del brazo su precioso dibujo, pero también estaba feliz por haber encontrado a una amiga.

Lara no tardó en cogerse dos coletas y ponerse los cordones como lazos. Su cara resplandecía y movía la cabeza a un lado y al otro para sentir el movimiento de su pelo.

Los cordones de zapato vieron por fin cumplido su gran sueño. Ahora contemplaban otro mundo, asombrados, porque desde allí arriba todo era distinto. Ya no tragarían más polvo ni estarían siempre cerca del suelo. Era una nueva vida, un nuevo momento para Lara, María y los cordones, y todos estaban contentos.

Reflexiones:

- ¿Por qué crees que a María le gustan las zapatillas deportivas de una marca determinada?
- ¿Crees que lo importante son las marcas o que te estén cómodas y andes a gusto con ellas?
- Los cordones de los zapatos tienen un sueño. ¿Tú tienes algún sueño? ¿Qué te gustaría conseguir?
- ¿Cómo crees que se siente Lara cuando María acepta cambiar los cordones por alguna cosa suya?
- Recuerda algún regalo que te hayan hecho que te dio mucha alegría recibirlo.
- Puedes pintar a Lara con sus coletas o unos cordones de zapatillas originales y divertidos.

Peligro en el mar

Esta es la historia de un caballito de mar que vivía con su familia en una zona del océano bonita y tranquila, rodeada de corales, erizos de mar, cangrejos y todo tipo de peces y plantas acuáticas.

Su vida transcurría plácidamente hasta que un día el delfín Bailón les dio una noticia muy preocupante.

Bailón convocó a los animales marinos de aquella zona a una reunión y cuando todos llegaron, les dijo:

—Amigos, vengo de explorar los límites de nuestro territorio y traigo una horrible noticia. Hay una gran mancha negra en el mar que muy pronto, si los vientos no cambian, llegará dentro de dos días hasta aquí.

Todos se miraron entre sí preocupados por esta mala noticia. Deberían hacer algo inmediatamente.

Quino, el caballito de mar, tenía un gran amigo, un cangrejo ermitaño que se llamaba Casimiro, con el que a menudo jugaba al escondite, pero ese día en vez de jugar se pusieron a comentar la terrible noticia.

—¡Menuda desgracia! —decía Casimiro—, no sé qué va a ser de nosotros, seguramente moriremos todos sin remedio.

Pero el caballito Quino, era más optimista y le contestó:

—Bueno, no es para tanto. Gracias al delfín Bailón lo hemos sabido a tiempo y pueden pasar dos días antes de que la mancha llegue hasta aquí. Tenemos que pensar en alguna solución.

Mientras estaban pensando en silencio, oyeron llorar a alguien y al buscar de dónde procedía el llanto, se encontraron con la ostra Peladura.

—¿Qué te pasa Peladura, por qué lloras? —le preguntaron.

—Voy a morir muy pronto —contestó entre sollozos—. No hay solución para mí porque no puedo moverme tan rápido como vosotros.

El caballito Quino la animó:

—No te preocupes Peladura, nosotros te ayudaremos, seguro que algo se nos ocurre.

Quino pensaba que todos los problemas tienen solución, así que cuando aparecía

un problema se ponía a pensar en lugar de desesperarse como hacían otros. En cambio, el cangrejo Casimiro cuando tenía un problema pensaba que no había solución y se hundía en la desesperación.

El caballito Quino decidió dar un paseo para pensar mejor y en el camino vio que unos lloraban al pensar que no había manera de escapar de la mancha negra y otros, sin embargo, buscaban soluciones, igual que él.

Sin darse cuenta se alejó mucho de su casa, y de pronto oyó que alguien le llamaba.

—Quino, ¿qué haces tú por aquí? —le dijo el delfín Bailón.

—Estoy pensando. Quiero encontrar alguna solución para podernos ir todos antes de que llegue la mancha negra —contestó muy serio.

—Pero Quino, sabes que algunos animales y plantas no se pueden ir de donde están, les llevaría muchísimo tiempo desplazarse.

El caballito Quino no se dio por vencido y siguió pensando mientras se dejaba mecer por el agua.

—Tú eres muy grande, delfín Bailón; yo no puedo llevar a nadie encima porque soy muy pequeño, pero tú sí.

Bailón le escuchaba con atención, mientras pensaba que aquella era una buena idea.

—La ostra Peladura, el cangrejo Casimiro y otros animales que no pueden moverse podrían ponerse sobre tu lomo, y como eres muy rápido nadando, te daría tiempo de hacer varios viajes y salvarlos a todos.

El delfín sonrió: sí, seguro, era una buena idea y además pediría a otros delfines y ballenas que hicieran lo mismo.

Al momento, sin esperar más, Bailón se fue nadando en busca de sus amigos lo más deprisa que pudo.

Quino y Bailón regresaron muy contentos a dar la noticia.

—¡Peladura!, ¡Casimiro! ¡Bailón y sus amigos van a llevarnos bien lejos a un lugar seguro!

Todos gritaron de alegría y aplaudieron al delfín que se sintió muy feliz de poder ayudar.

Al día siguiente, mientras el sol salía por encima del mar, un grupo de delfines y ballenas se concentraron en la zona y fueron cargando a todos los animales que podían.

Cuando el sol se ocultó en el horizonte, delfines y ballenas descansaron al fin, contentos de haber hecho un buen trabajo.

Ahora se les ve jugar juntos al caballito Quino y al delfín Bailón en una zona del océano de aguas limpias y cristalinas, y a la ostra Peladura conversar con el cangrejo Casimiro recordando la historia de cuando aquella mancha negra amenazó sus vidas.

Y siempre cuando se ven, repiten a coro: “Si hay un problema siempre hay solución. El caballito Quino tenía razón”.

Reflexiones:

- ¿Alguna vez has tenido un problema? ¿Cuál?
- ¿Te ayudó alguien a solucionarlo? ¿Quién?
- Quino es optimista y piensa que todos los problemas tienen solución, pero Casimiro y Peladura piensan de un modo diferente.
- ¿A quién te pareces tú más?
- ¿Qué habrías hecho si fueras alguno de ellos? ¿Se te habrían ocurrido otras ideas para salvarlos?
- Puedes pintar a los protagonistas de este cuento o a los delfines y ballenas salvando a sus amigos.

Buscando conchas

Las olas se sentían muy contentas de estar en el mar. Sabían que, gracias a ellas, los niños se divertían en la playa al saltarlas y los jóvenes se deslizaban sobre ellas montados en una tabla hasta que rompían en la orilla. Todos se lo pasaban muy bien.

Pero a veces el mar quería estar tranquilo y las mandaba a descansar, y entonces dejaba que sólo las olas pequeñas llegaran a la playa suavemente.

La playa estaba contenta de ver cómo se iban y venían, iban y venían sin cansarse nunca. Le gustaba su canción, una canción que sólo algunas personas podían escuchar.

Las conchas que las olas arrastraban hasta la orilla, también estaban contentas de ver el sol. Por fin les tocaba descansar encima de la arena y esperar a que algún niño se acercara y las cogiera.

Por la orilla caminaba una niña que se llamaba Elena. Llevaba un cubo azul en la mano y de vez en cuando se agachaba para coger conchas y piedras que el mar había dejado en la playa.

—¡Qué bonita es esta! —dijo mientras se agachaba para coger una concha muy grande que acababa de ver semienterrada en la arena.

—La voy a mojar un poco para verla mejor.

Elena se acercó al agua y la limpió, y dejó al descubierto toda su belleza y su forma perfecta.

Cuando la llevó a su casa su padre le dijo:

—¡Que concha más bonita! Es una concha de peregrino, ¿sabes?

—¿Qué es un peregrino, papá?

—Es una persona que va en peregrinación a un lugar, que hace el Camino de Santiago, por ejemplo. Esta concha la llevan todas las personas que van a Santiago de Compostela para identificarse, como si fuera un carné. ¿Dónde la has encontrado?

—En la orilla de la playa. Cojo las conchas que me gustan para mi colección.

—Pues seguro que esta concha tiene una gran historia que contar. ¡Cuántas cosas habrá visto...!

Durante los tres días siguientes, Elena llevaba con ella siempre la concha y le

pedía que le contara todo lo que había visto a lo largo de su vida, pero la concha no hablaba.

Un día Elena vio a una señora que hacía lo mismo que ella.

La señora se acercó a ella le preguntó:

—¿Me dejas ver las conchas que tienes en el cubo?

—Sí —dijo Elena—. ¿Y usted me deja ver las suyas?

—Por supuesto —le contestó la señora.

Se sentaron las dos en la arena y vaciaron los cubos para verlas mejor.

—¡Vaya! ¡Qué concha más bonita! —le dijo la señora.

—Mi padre me ha dicho que es una concha de peregrino.

—Sí que lo es. Es preciosa, ¿no te parece? Seguro que ha visto muchas cosas si en algún tiempo de su vida ha hecho el Camino de Santiago.

—Lo mismo me ha dicho mi padre, por eso le estoy pidiendo que me cuente lo que ha visto, pero no me dice nada.

—A lo mejor es que no la escuchas bien... —respondió la señora. Lo que tienes que hacer es sentarte con ella entre las manos, cerrar los ojos y escuchar con atención. Y después imagina todos los sitios que ha visto..., todas las personas que ha conocido..., todo lo que ha escuchado...

Esa misma tarde, mientras sus padres descansaban, Elena hizo lo que la señora le había dicho y para su sorpresa, empezaron a llegar a su mente imágenes de paisajes verdes, de montañas, de pequeños pueblos con tejados de pizarra, de lluvia, de sol, y oyó conversaciones pero también vio a personas caminando en silencio. Sintió algo muy especial por dentro, una emoción muy grande, y desde ese mismo momento quiso ser peregrina y hacer el Camino de Santiago.

Esa tarde estuvo muy callada y, cuando su madre le fue a dar el beso de buenas noches, Elena le hizo una pregunta:

—Mama, ¿yo puedo ser peregrina?

—¿Y por qué me lo preguntas, hija?

Elena le contó su encuentro con la señora en la playa y lo que la concha le había contado, y volvió a preguntar a su madre:

—¿Por qué no hacemos el próximo verano el Camino de Santiago?

—Hija es muy pronto para pensar en el próximo verano, todavía no ha terminado este.

Al día siguiente, durante el desayuno su padre le dijo:

—Elena, mamá me ha dicho que te gustaría hacer el Camino de Santiago.

—Sí papá, me gustaría mucho.

—Pero hija, eres aún muy pequeña, cuando seas mayor ya hablaremos.

—Pero yo quiero ir ahora, papá... Por favor...

Su padre dio por terminada la conversación pero no se le fue del todo la idea de la cabeza. Le pareció muy curioso -y a la vez emocionante- que su hija le hubiera pedido hacer el Camino de Santiago porque, en su juventud, él lo había hecho y había sido una experiencia muy importante en su vida.

En los días que quedaban del verano dio vueltas y más vueltas a mapas y a folletos de turismo, y antes de terminar las vacaciones le dijo a su hija:

—Elena, me siento muy orgulloso de ti y muy feliz porque quieras ser peregrina. ¿Sabes que cuando yo era joven hice el Camino de Santiago? Para mí fue una experiencia maravillosa que me ayudó a entender muchas cosas. He pensado que el próximo verano podíamos hacer un trozo del Camino andando, sólo un pequeño tramo pues aún eres muy pequeña, pero así podías entrenarte. ¿Qué te parece?

Elena se lanzó al cuello de su padre y le dio un fuerte abrazo. Estaba feliz.

—¡Gracias papá! Hoy mismo voy a empezar a entrenarme.

Durante el otoño, el invierno y la primavera Elena salió al campo a caminar con su padre y así prepararse para su aventura del próximo verano. Y la concha que había encontrado una mañana en la playa le acompañaba siempre colgando de su cuello.

Reflexiones:

- ¿Has cogido alguna vez conchas o piedras en la playa? ¿Cuáles te gustaban más?
- ¿Has oído hablar del Camino de Santiago? Puedes preguntar a otras personas para que te cuenten lo que saben.
- Durante algún viaje que hayas hecho, ¿te has sentido especialmente feliz y contento? ¿A dónde ibas? ¿De dónde venías?
- Si hubieras estado en el lugar de Elena ¿qué habrías hecho con la concha?
- ¿Te parece bien la idea que tuvo su padre?
- ¿Te habrías entrenado un día y otro día para preparar el Camino?
- Puedes dibujar la concha o alguna escena del cuento.

El águila y la montaña

En el hospital, en la planta donde están ingresados los niños, había uno muy especial según decían los doctores y enfermeras. Se llamaba Jaime y llevaba allí bastante tiempo.

Había nacido con problemas y empezó a andar con bastante retraso. Los médicos dijeron a sus padres que iba a necesitar varias operaciones en sus piernas para poder andar como los demás niños y hacer una vida normal.

Los padres de Jaime decidieron seguir el consejo de los médicos y por eso ahora estaba ingresado: le acababan de hacer la tercera operación.

Lo que más llamaba la atención en él era su sonrisa y su alegría contagiosa. Cada vez que alguien se le acercaba, le sonreía y le preguntaba qué tal estaba, cuando lo más normal era que se lo preguntaran a él.

Pero Jaime había desarrollado una capacidad que no todos los niños tienen. Sabía, sólo con mirar a una persona, si estaba triste, si estaba preocupada, si tenía miedo o si estaba enfadada por algo. Tenía mucha facilidad para ponerse en lugar de los demás y saber lo que necesitaban.

A veces, Lucía, la enfermera, se acercaban para contarle algún chiste y hacerle reír mientras le curaba, y él, mirándola a los ojos, le decía:

—¿Qué te pasa, Lucía? Me parece que estás triste.

Entonces la enfermera le contaba un problema que tenía o algo que le había pasado, y él siempre respondía:

—No te preocupes, Lucía, ya verás como todo se arregla.

Lo decía de una forma tan especial que entonces la enfermera sonreía y le decía:

—Tienes razón, Jaime, todo se puede arreglar.

Y se iba más contenta

Un día llegó a la planta un enfermo nuevo y le tocó compartir habitación con Jaime. Era un niño que tenía cáncer y, por causa del tratamiento al que le sometían, no tenía pelo en la cabeza. Jaime enseguida se presentó y le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Iván —contestó muy serio.

—¿Por qué te han ingresado?

—Tengo cáncer.

No dijo más y se dio media vuelta en la cama por que no quería ver a nadie.

Y en ese mismo momento Jaime supo que aquel niño necesitaba muchos ánimos y se puso a pensar en la mejor manera de ayudarle.

Al día siguiente, cuando sus padres fueron a visitarle, les pidió que le trajeran un gran cuaderno de dibujo con unas ceras, quería pintar mientras estuviera en el hospital. Sus padres, sorprendidos al ver a su hijo tan entusiasmado, le llevaron todo lo que les pidió esa misma tarde.

—Jaime, hijo, ¿no te duele? ¿No tienes molestias? —le preguntaron.

—Sí, pero he comprobado que si hago algo y me distraigo, siento menos el dolor. Yo sé que pronto podré andar, correr y jugar como los demás niños.

Jaime pasó toda la tarde dibujando mientras miraba de reojo al recién llegado para ver si mostraba algún interés por lo que estaba haciendo.

Cuando les trajeron la cena, Jaime aprovecho para enseñarle a Iván los dibujos que acababa de hacer.

—Son preciosos —dijo sin mucho entusiasmo.

Pero se notaba que le gustaban aunque quería disimular.

—Si quieres mañana te dejo el cuaderno y las ceras para que pintes —le dijo Jaime.

Iván no dijo nada, terminó de cenar, se dio la vuelta y se durmió. Pero no dormía realmente, pues Jaime le oyó llorar durante un rato.

A la mañana siguiente Jaime le dejó el cuaderno y las ceras encima de su cama, sin decirle nada y el se puso a leer un libro que tenía en su mesilla.

Iván cogió tímidamente el cuaderno y le preguntó:

—¿Puedo pintar con tus ceras?

—Claro que sí —le dijo.

Iván comenzó a pintar y esa fue la primera vez que Jaime le vio sonreír.

“Esto va bien”, pensó. Y le dejó tranquilo. Sabía que Iván se encontraba mejor y eso era lo importante.

Cuando llegó la hora de comer, la enfermera vio lo que estaba pintando Iván y dijo:

—¡Qué dibujo tan precioso! ¡Pero si tenemos a un gran pintor en la planta!

Iván no dijo nada pero les sonrió, a la enfermera y a él. “Dos sonrisas más”, pensó

Jaime. “¡Estupendo!”

—¿Me dejas ver tus dibujos? —le preguntó.

—Claro —contestó Iván mientras le acercaba el cuaderno.

Jaime se quedó con la boca abierta: Iván había hecho un dibujo que ocupaba toda la hoja. En él se veía un bonito paisaje con un lago, flores, montes y un águila volando por encima. El sol se estaba ocultando por detrás de las montañas dando una luz casi mágica a toda la escena.

Jaime se dio cuenta de lo que Iván había querido expresar en aquel dibujo y comentó:

—A mí me gustaría ser águila y volar por encima de las montañas y ver todo desde arriba, como ella. Y a ti, ¿qué te gustaría ser? —le preguntó Jaime.

—A mí me gustaría ser esa montaña, para ver al sol de cerca... y sentirme fuerte y poderoso como ella —contestó Iván.

Los dos se quedaron en silencio un buen rato hasta que Jaime le dijo:

—A veces me canso de tanta operación y de estar tanto tiempo en el hospital, pero enseguida pienso que todo va a salir bien y pronto podré andar. Los médicos me han dicho que si soy optimista me recuperaré antes. ¿Y a ti que te dicen?

—Me han dicho que me quedan unas pocas sesiones de quimioterapia y que, si todo va bien, pronto me podré ir a casa. Pero creo que no es verdad. Mira como me han dejado... —le dijo señalando su cabeza.

—¡Como Ronaldo! —contestó sonriendo Jaime. Ahora está de moda llevar la cabeza pelada. He visto en la televisión a muchos famosos que se dejan la cabeza como tú...

Los dos rieron y a partir de ese momento fueron amigos.

Jaime, con su habitual y contagiosa alegría, ayudó a Iván a ser fuerte y poderoso como esa montaña que había pintado y a ser más fuerte que su enfermedad. Iván pinto para Jaime preciosos dibujos de cometas, mariposas y águilas, para que cada día tuviera más ganas de correr y volar.

Reflexiones:

- ¿Conoces a alguien que siempre esté contento?
- ¿Cómo te sientes cuando estás con esa persona?
- ¿Crees que Jaime podía estar contento a pesar de estar en el hospital sin poder jugar ni correr?
- Cuando tú miras a otras personas, ¿sabes lo que sienten?
- Cuando tus compañeros o amigos tienen algún problema o se sienten mal, ¿tú qué haces?
- ¿Cómo crees que deben sentirse los niños que pasan en el hospital mucho tiempo?
- Si pudieras elegir entre ser un águila o una montaña ¿qué elegirías?
- Si tú fueras Jaime, ¿cómo animarías a Iván?
- Puedes pintar alguna escena del cuento o a los dos protagonistas.



Cuentos para vivir...

EMOCIONES



La Tristeza

Begoña Ibarrola

TRISTEZA: *Es una emoción que surge ante una pérdida irrevocable de algo que se valora como importante, ante la pérdida de expectativas o ante la caída de aquello que estaba supuestamente bien establecido.*

Se puede sentir tristeza:

- *Al tener problemas importantes.*
- *Cuando los seres queridos enferman o mueren.*
- *Si perdemos algo que valorábamos especialmente.*
- *Por no tener amigos.*
- *Al no recibir afecto y atención suficientes.*
- *Cuando vemos tristes a otras personas que queremos.*
- *Si tenemos que abandonar un lugar, un trabajo, la familia, etc.*
- *Cuando no conseguimos algo que nos habíamos propuesto.*
- *Cuando un amigo nos traiciona.*
- *Etc...*

El sauce que no quería llorar

El parque era un lugar muy triste por la mañana: los columpios vacíos, el tobogán solitario, el caballito muy quieto, incluso los árboles se sentían tristes porque los niños estaban en el colegio.

Por la tarde llegaban los niños con sus juegos y sus risas y hacían del parque un lugar mucho más feliz.

En el parque había un sauce al que los niños hacían cosquillas al jugar al escondite entre sus ramas. El sauce siempre tenía la cara triste, porque los demás árboles se reían de él y le decían:

—Sauce, llorón, ¡eres un tontorrón!

A veces, cuando se sentía triste, tenía ganas de llorar pero no lo hacía porque quería demostrar a los demás árboles que él era fuerte y mayor. Cuando cumplió los cinco años había decidido no llorar más.

Pero una tarde sucedió algo muy especial: Nizar, un niño al que conocía desde pequeño, se escondió entre sus ramas y, apoyado en su tronco, comenzó a llorar.

El sauce no sabía qué hacer, siempre había visto reír a los niños y si alguno lloraba era porque se había hecho daño al caerse del tobogán o del columpio.

—¿Qué te pasa, Nizar? —le pregunto un poco extrañado.

—Mi perra Coliblanca está muy enferma y dicen mis padres que hay que llevarla al veterinario. ¿Y si se muere?

Nizar casi no podía hablar, el llanto no le dejaba.

—¿Y qué puedo hacer por ti? —le preguntó el sauce.

—Escóndeme entre tus ramas, me da vergüenza que me vean llorar; ya soy mayor, tengo cinco años.

Y el sauce le abrazó con sus ramas escondiéndole de las miradas de los otros niños.

“¿Así que los niños también lloran?”, pensó. “¿Y por qué yo no puedo llorar? Tengo que preguntárselo al viejo roble, el árbol más sabio del parque. Seguro que él puede ayudarme porque ha vivido mucho y tiene respuestas para todo.”

—Viejo roble, dime, ¿está bien o está mal llorar? —le preguntó aquella misma tarde.

El roble contestó:

—Querido sauce, está bien llorar cuando estas triste por algo que te pasa a ti o a las personas que quieres, pero no está bien llorar sin más ni más, por cualquier cosa, para llamar la atención o para conseguir caprichos. Nunca te avergüences de llorar y no creas que solo lloran los niños; las personas mayores también lo hacen. Cuando veas a un amigo tuyo llorar, procura consolarle y nunca te rías de él.

—Gracias viejo roble. Ahora ya sé qué hacer cuando los otros árboles se rían de mí: les diré que llorar es normal cuando estás muy triste por algo, como le pasa a mi amigo Nizar.

Al día siguiente, al ver al niño, le entró mucha pena y se puso a llorar con él. Y Nizar le dijo:

—¿Y tú por qué lloras, sauce llorón?

—Me da pena que tu perra Coliblanca esté enferma, y también estoy triste porque los otros árboles del parque se ríen de mí. Pero ahora tú eres mi amigo y llorando contigo me siento mejor.

Nizar se abrazó a él para consolarle y el sauce dejó de llorar.

—Gracias a ti he aprendido algo muy importante, —le dijo el sauce.

Nizar también le dio las gracias por ser su amigo, por no reírse de él y haberle escondido entre sus ramas.

Y a partir de ese día al sauce nunca más le dio vergüenza llorar, ni a Nizar tampoco... si hay un motivo importante, claro.

Reflexiones:

- ¿Alguna vez te has sentido triste?
- ¿Alguien se ha reído de ti al verte llorar?
- ¿Te da vergüenza llorar delante de otras personas?
- ¿Crees que solo lloran los niños? ¿Has visto llorar a alguna persona mayor? ¿Sabes por qué lloraba?
- Nizar está muy triste ¿recuerdas por qué?
- El sauce también está triste ¿recuerdas por qué?
- Si alguna vez has sentido que un amigo tuyo estaba triste ¿qué has hecho o que le has dicho para darle ánimos?
- A veces no decimos como nos sentimos a todas las personas ¿a quién se lo contarías tú?
- Puedes dibujar alguna escena o personaje del cuento.

Rosa ya no es Rosita

Qué triste es crecer”, pensaba Rosa al ver que ya podía hacer casi todo sola. “Antes era diferente.”

Recordaba lo bien que se sentía cuando, después de llorar un poco, aparecía mamá y la cogía en brazos...

Recordaba cuando papá la subía en sus hombros para que viera pasar a los Reyes Magos en la cabalgata...

Recordaba el olor de la crema que su abuela le ponía por todo el cuerpo, mientras le cantaba:

Rosita, de mi rosal, la más hermosa.

Rosita, la más bonita de mi jardín.

Recordaba cómo miraba desde su silla todo lo que pasaba a su alrededor, sin preguntarse nada, sin nada que contestar...

Recordaba los cuentos que le leían antes de dormir y la estrellita luminosa cerca de su cama...

Recordaba cómo la bañaba su hermana mayor mientras le llegaba el olor de la cena que preparaban en la cocina...

Recordaba su muñeco preferido, uno negrito al que bañaba y vestía, aunque a ella le gustaba tal cual se lo regalaron: sólo con un cinturón de hojas atado a la cintura...

Recordaba muchos ojos mirándola y diciéndole cosas bonitas que no entendía pero que le sonaban bien...

Recordaba los años en los que su única obligación era jugar y crecer...

Y ahora había crecido, podía coger los platos del armario de la cocina, podía atender el teléfono, podía escribir -aunque no muy bien- y ya sabía leer.

También sabía su dirección de memoria, tenía una mochila muy bonita cargada de libros y cuadernos, iba al colegio, decidía que jersey ponerse y qué goma en el pelo haciendo juego con su color. Todo esto le gustaba mucho pero...

Estaba triste, porque no sabía cómo pedir mimos y a veces se hacía la enferma para que mamá la cogiera en brazos.

Veía poco a papá y no podía pedirle que le subiera a sus hombros porque ya pesaba mucho, pero se acercaba a preguntarle cosas del colegio, a pedirle ayuda

para hacer algún trabajo manual que le habían encargado, así al menos le hablaba.

Su abuela estaba enferma y hacía tiempo que no le daba masajes; pero ella todavía tenía un botecito con aquella crema y se frotaba con ella las manos de vez en cuando y le seguía gustando su olor.

Su hermana mayor no le hacía ni caso, sólo parecía existir cuando la llamaban por teléfono.

Se bañaba sola y, si llevaba al muñeco negro a la bañera, su madre se enfadaba porque “ en el baño no se juega”, le decía.

¿Cuándo había dejado de ser su obligación jugar? Pensó que quizás al pasar al colegio... quizás al cumplir los seis años... Ahora tenía que estudiar y aprender, y no entendía por qué no le dejaban aprender jugando, como antes.

Estaba triste porque le hacían muchas preguntas y tenía que dar muchas respuestas; porque no siempre entendía las cosas que le explicaban los mayores, pues a menudo soñaba despierta y no prestaba atención.

Estaba triste porque le decían que crecer era algo muy serio, que no podría seguir siendo niña eternamente, que tenía que aprender a ser responsable y esa palabra casi siempre iba unida a un castigo.

Estaba triste porque no le permitían tener miedo a la oscuridad y la estrellita luminosa había desaparecido de su cuarto un buen día y no la encontraba por ninguna parte.

Pero Rosa tenía una tía, que venía a menudo a visitarlos, y sólo su presencia la hacía sonreír y sentirse bien. Ella le recordaba las cosas por las que podía estar contenta de crecer, ella le seguía leyendo cuentos, aunque podía hacerlo ya sola, y le enseñaba el nombre de las estrellas; la dejaba soñar en voz alta, inventando entre las dos películas de aventuras. Ella, su tía Paula, le enseñaba jugando las reglas de ortografía, le enseñaba cantando la tabla de multiplicar, y así, entre visita y visita, la ayudó a crecer un poco más feliz.

Reflexiones:

- ¿Te acuerdas de cuando eras pequeño? Cuenta lo que recuerdes.
- Si pudieras elegir ¿cómo te gustaría ser, más pequeño o más mayor? ¿Por qué?
- Rosa se siente triste por muchas cosas ¿qué cosas hacen que te sientas tú triste?
- ¿Qué haces para dejar de estar triste?
- Rosa tenía una tía que le ayudaba a sonreír y a sentirse bien ¿Hay alguien igual en tu familia?
- Rosa veía poco a su padre ¿te pasa a ti lo mismo? ¿qué haces para llamar su atención?
- Rosa se hacía la enferma cuando quería mimos de su madre ¿qué haces tú cuando quieres mimos?
- Puedes dibujar aquí a Rosa o a su abuela o a su tía o al muñeco negro...

La temida hora del recreo

A Mateo le pasaba lo contrario que a los demás niños: temía la hora del recreo. En cambio, para sus compañeros ese era el mejor momento del día.

Mientras estaba en clase parecía que no le pasaba nada, atendía a la profesora, escuchaba cuando le tocaba escuchar y hablaba cuando le preguntaban. No era ni de los mejores ni de los peores de la clase.

Pero en el recreo lo pasaba mal porque nadie quería jugar con él. Los chicos nunca lo elegían para jugar partidos y, cuando intentaba ir con las chicas, no le dejaban porque querían estar solas para hablar de sus cosas.

Así que Mateo se sentía triste y solo. Él quería tener amigos pero parecía que nadie quería ser amigo suyo.

Por supuesto disimulaba su tristeza y, aunque a veces se le ponía un nudo en la garganta y le entraban ganas de llorar, ni se le pasaba por la cabeza: seguro que entonces se burlarían de él y le rechazarían aún más.

Con el paso del tiempo descubrió que podía entretenerse solo inventándose historias y llenando su imaginación con fantásticas aventuras donde él era un héroe. Se imaginaba a sí mismo salvando a gente de un edificio en llamas, rescatando náufragos en el mar, defendiendo a los animales de los cazadores o ayudando a mucha gente después de un terremoto. En los momentos difíciles siempre aparecía él, Mateo, el gran héroe, y las historias tenían un final feliz.

Cuando de nuevo entraba en clase, volvía a ser Mateo, ni el mejor ni el peor de su grupo.

Sus padres no parecían darse cuenta de lo que pasaba y todos los días le preguntaban lo mismo:

¿Qué tal hoy en clase, hijo?

Y él respondía siempre lo mismo:

—Muy bien papá.

—¿Y ya tienes amigos? -le preguntaba su madre.

—Tengo un montón de amigos, mamá.

Por eso se quedaron muy sorprendidos cuando la profesora les envió una nota diciéndoles que estaba preocupada por Mateo y quería hablar con ellos.

—No tiene amigos —les dijo— y en el recreo siempre se queda solo. Yo le veo triste y callado aunque es buen estudiante y aprende todo con facilidad.

—Bueno, pues eso es lo más importante, —respondió su padre a la profesora—. Lo que más me importa es que estudie y saque buenas notas. Yo a su edad tampoco era muy popular. Luego, en la universidad, hice buenos amigos e incluso conocí a mi mujer.

La profesora volvió a insistir:

—Pero yo le veo muy triste y además intenta disimularlo.

—Mateo es un niño muy feliz, no tiene ningún problema, lo único que le pasa es que es un poco tímido. ¿Por qué se preocupa tanto? —preguntó su madre.

Sus padres no comprendían la preocupación de la profesora, pero ella les explico:

—Está en una edad donde los amigos son muy importantes y a él los demás nunca lo eligen para jugar. Eso le hace sufrir y le aísla de los otros niños. ¿No creen que deberían hablar con él? A lo mejor es que no sabe hacer amigos y hay que enseñarle.

Los padres de Mateo no pudieron continuar la conversación porque tenían mucha prisa pero se comprometieron a hablar con él y descubrir también por qué les había mentido cuando le preguntaban sobre sus amigos. Las palabras de la profesora les hicieron pensar que algo importante le estaba pasando a su hijo.

Cuando Mateo regreso esa tarde del colegio no esperó a que le preguntaran lo de siempre sino que fue él quien empezó el interrogatorio.

—¿Para qué os ha llamado mi profesora? ¿Qué quería?

Sus padres dudaron un momento, pero sin pensarlo mucho su padre le preguntó:

—Y tú, ¿por qué nos has mentido diciéndonos que tienes muchos amigos? La profesora nos dice que en el recreo te quedas solo y que nadie quiere jugar contigo.

Mateo no contesto, se fue corriendo a su habitación y se puso a llorar sobre su cama.

—Hijo, no llores, vamos a hablar un poquito, ¿de acuerdo? Vamos, no llores.

Su madre trataba de consolarle y tuvo que esperar un rato hasta que Mateo pudo hablar.

—Y yo, ¿qué voy a hacer si nadie quiere jugar conmigo? Yo no tengo la culpa.

—No hijo tú no tienes la culpa —dijo su madre—, pero a lo mejor podemos entre los tres encontrar alguna idea que funcione. ¿No crees?

Su padre entró en la habitación, se sentó y le dijo:

—Mateo, comprendo cómo te sientes. Cuando yo tenía tu edad tampoco tenía amigos en la clase y lo pasé muy mal por eso, aunque mis padres no se enteraron de nada. Ellos me veían estudiar y yo sacaba buenas notas y con eso pensaron que era suficiente. Pero luego me di cuenta que no sabía relacionarme con los demás y ya en la universidad lo aprendí, aunque me costó un poco al principio.

—¿Y qué puedo hacer? —le pregunto Mateo.

—Por ejemplo, puedes empezar a observar a los chicos de tu clase y pensar a quienes te gustaría tener como amigos. Mira a ver si tienen aficiones parecidas, si les gustan las mismas cosas que a ti o si admiras algo de ellos o simplemente si te caen bien.

A la mañana siguiente Mateo se puso a observar a sus compañeros y decidió qué niños le caían mejor, con cuáles le sería más fácil hablar o quién hablaba de los temas que a él le interesaban.

A la vuelta del colegio comentó a su madre lo que había observado y decidieron continuar con el plan para el día siguiente.

—Ahora Mateo viene la segunda parte: debes acercarte a uno de ellos y le preguntas algo o sacas un tema de conversación que sepas que le gusta, o bien le ofreces tu ayuda si ves que la necesita.

Mateo fue al colegio un poco más optimista. Aquello no le parecía tan complicado pero a lo mejor no funcionaba. ¿Y si no querían contestarle? ¿Y si no se dejaban ayudar? Claro que nunca lo sabría si no lo intentaba. Tenía que probar para ver lo que pasaba.

Y esa mañana ocurrió algo muy curioso. La profesora propuso hacer un trabajo por equipos sobre el tema de los dinosaurios. A Mateo se le iluminó la cara con una enorme sonrisa porque él sabía muchísimo del tema. La profesora dijo:

—A ver niños, podéis formar equipos de cinco cada uno. ¿De acuerdo?

Mateo dirigió su mirada a uno de los compañeros que le caían mejor y se sorprendió al ver que él también le miraba.

—Mateo ¿sabes algo de dinosaurios? —le preguntó.

—Sí, como me gustan mucho, tengo en mi casa muchos libros sobre dinosaurios.

Aquella respuesta fue suficiente para que se le acercara y le dijera.

—¡Bien! ¿Quieres estar en mi equipo?

—Claro que sí —respondió Mateo muy contento.

A partir de ese día Mateo empezó a ir más contento al colegio sin tener miedo a la hora del recreo; todo lo contrario, está deseando que llegue para hablar y jugar con sus nuevos amigos.

Reflexiones:

- ¿Te gusta el recreo? ¿Qué haces en ese rato?
- ¿Por qué a Mateo no le gustaba?
- ¿Cómo se sentía?
- ¿Tú te has sentido así alguna vez?
- ¿Crees que es bueno disimular cuando uno está triste?
- ¿Por qué crees que nadie quería jugar con Mateo? ¿En tu clase hay algún niño que le pase lo mismo?
- ¿Tú tienes muchos amigos?
- Si pudieras hablar con Mateo, ¿qué consejos le darías para ayudarlo a hacer amigos?
- Puedes dibujar alguna escena del cuento o al personaje del cuento, Mateo.

Ojo de Gaviota

Sentado en un banco del puerto, el abuelo de Celia miraba al mar recordando sus largos años de marinero. Ahora ya no podía salir a pescar, pues sus piernas estaban mal y no se sentía seguro sin su bastón.

Celia le miraba desde la ventana de su casa y daba vueltas en su cabeza buscando la manera de animar a su abuelo. Últimamente le notaba un poco triste y quería ayudarle. Cogió su chaqueta, porque el otoño traía los primeros fríos, y se dirigió hacia el banco donde estaba su abuelo.

—Abuelo te traigo tu chaqueta porque hace un poco de frío.

—Gracias, Celia —contestó su abuelo, mientras se levantaba con dificultad para ponérsela—. Estaba sintiendo el fresco, pero me daba pereza levantarme. ¡Se está tan bien aquí!

—¿Y qué haces? —le preguntó Celia sorprendida por el tiempo que llevaba allí sentado.

—Recordar —contestó su abuelo —, recordar mi juventud.

Celia pensó que quizás, cuando uno recuerda se pone triste y le preguntó:

—¿Y por eso estás triste, abuelo?

—No, Celia, recuerdo momentos tristes, pero también recuerdo cosas muy bonitas que me pasaron cuando era joven. Estoy un poco triste estos últimos días, porque creo que ya no sirvo para nada y soy una carga para tu madre. Antes por lo menos, mis piernas me aguantaban bien y podían echar una mano y hacer algún recado. Ahora sólo sirvo para estar sentado, ¡soy un inútil!

Celia no sabía qué contestar, pero buscaba con ansiedad algunas palabras que aliviaran la pena a su abuelo.

—Bueno, también ayudas a pelar patatas y a desgranar guisantes. Mamá dice que le ayudas mucho porque le lees el periódico mientras cocina y a mí me haces juguetes. ¡Así que no eres un inútil! Abuelo, cuando vuelvas a casa ¿me leerás un cuento de los tuyos?

—Si, Celia, claro que sí. Sabes que me encanta leer. Menos mal que estos ojos todavía no me han fallado. Cuando era joven me llamaban “Ojo de Gaviota”, porque divisaba los bancos de peces a gran distancia. Y ahora vete, no cojas frío.

Celia regresó a su casa y se puso a mirar por la ventana, mientras imaginaba cómo habría sido su abuelo cuando era joven.

Su madre, desde el comedor miraba a su hija preguntándose por qué estaba triste. Quería hablar con ella pero no sabía cómo empezar. Además pensaba que una niña debía estar siempre contenta y feliz. Antes de que se diera cuenta Celia volvió la cara hacia ella, como presintiendo su mirada, y le preguntó:

—Mamá, ¿el abuelo se va a morir?

Esta pregunta tan directa le sorprendió un poco y, sin pensarlo mucho, le dijo:

—¿Por qué me haces esa pregunta? ¿Acaso te ha dicho él que se va a morir?

—No, pero el otro día se murió el abuelo de Noa y le dijeron que todos los abuelos se mueren.

—Mira hija, nadie sabe cuando le llegará el momento de morir, sólo sabemos la fecha de nacimiento. La vida es como un viaje que comienza el día en que nacemos pero no sabemos cuándo va a terminar. ¿Lo entiendes?

Celia intentaba comprender el ejemplo que le había puesto su madre, pero estaba preocupada porque un día había descubierto que no sólo se morían las personas muy mayores.

—¿Tú también te puedes morir mamá?

—¡Deja ya de hablar de ese tema! —contestó su madre, un poco nerviosa y disgustada.

Celia se quedó confusa y se preguntó qué sería de ella si su abuelo moría, si su madre moría, si su padre moría. De repente se imaginó sola, completamente sola, y sintió mucho miedo.

—Bueno, Celia, ya estoy aquí. ¿Qué cuento quieres que te lea?

El abuelo había entrado justo en el momento oportuno pero a Celia no le quedaban ganas de escuchar cuentos.

—¿Qué os pasa a las dos? ¿Por qué tenéis esas caras?

La madre de Celia contó al abuelo la conversación que acababan de tener y él entonces comprendió.

—Ven, Celia, ayúdame a sentarme en el sofá, junto a la chimenea y te contaré hoy un cuento muy especial.

El abuelo se sentó en el sofá y Celia enfrente de él, en una silla pequeña de enea que el mismo había hecho años antes.

Y esa tarde le contó a su nieta la historia de su vida: había momentos muy alegres, como cuando iban a las fiestas de los pueblos y cantaban y bailaban con las mozas; momentos en los que pasó mucho miedo en medio de grandes tormentas o cuando un tiburón apareció de repente mientras desenganchaba unas redes; momentos tristes, cuando amigos suyos o familiares queridos morían o se marchaban lejos, al otro lado del mar, a buscar trabajo. Era una historia con momentos muy emocionantes, como aquel día en el que pescó, por primera vez, un atún enorme o como el día en que conoció a la chica que luego sería su mujer.

El sol se ocultó y Celia seguía escuchando, embelesada, la historia de la vida de su abuelo. El abuelo y la nieta, sentados frente a frente, sentían las mismas emociones.

El viaje del abuelo estaba acercándose al final, pero al contárselo a su nieta sintió que su vida había merecido la pena. Era una vida llena de experiencias y aventuras, había hecho muchas cosas, había conocido a mucha gente, había visitado muchos lugares, había aprendido mucho. Su nieta tenía razón: ¡no era un inútil! Todavía servía para contar cuentos y fabricar juguetes para ella.

Ya no se sentía triste. Veía a Celia y pensaba en todo lo que le podía enseñar de la vida, mientras viviera... Y se quedó dormido, feliz, junto a la chimenea, soñando con viajes en barcos de vela a lugares maravillosos.

Celia, medio dormida, cenó y se fue a la cama pensando que la vida era un viaje, para unos, más largo, para otros, más corto, pero un viaje lleno de aventuras, un viaje emocionante.

Y entonces sintió muchas ganas de crecer y conocer gente y conocer lugares lejanos, como había hecho el abuelo, y disfrutar y aprender muchas cosas guardándolas en su memoria para poder contar algún día a su nieta la historia de su vida.

Reflexiones:

- ¿Por qué se sentía triste el abuelo de Celia?
- Si tú tienes abuelos pregúntales si se sienten tristes y por qué.
- ¿Cómo te sientes cuando estás con tus abuelos o con algún familiar que es mayor?
- ¿Por qué crees que Celia sintió miedo al pensar en la muerte?
- ¿Qué sientes tú?
- ¿Alguna vez te has sentido muy triste? ¿Por qué?
- ¿Qué le dirías tú a Celia si pudieras hablar con ella?
- ¿Cómo se le pasa la tristeza al abuelo de Celia?
- Puedes dibujar alguna escena del cuento o a los protagonistas.

¿Qué le pasa a Mugán?

En la selva de Taimán los animales tenían tiempo para todo: tiempo para trabajar, tiempo para comer, tiempo para dormir, tiempo para jugar y un tiempo en que se reunía cada familia de animales y ni comían, ni dormían, ni jugaban, ni trabajaban: solo estaban juntos para hablar de cualquier tema que les preocupaba o de algún asunto que afectara a los miembros del grupo.

La familia de los monos era muy numerosa y el jefe Torunga cuidaba de todos como si fuera un padre afectuoso, pero se enfadaba muchísimo si algún miembro del grupo no cumplía sus órdenes o si alguien quería mandar más que él.

En este grupo estaba la mona Miranda y el mono Tobías; tenían dos monitos que se llamaban Tumbi y Tumbe. Además estaban con ellos Mugán y Ciro, dos jóvenes monos, y una joven mona huérfana que se llamaba Corinda.

Cada uno sabía lo que tenía que hacer en cada momento, pero Mugán, cuando llegaba el tiempo de divertirse, se quedaba sentado encima de una rama, pensativo, mientras sus compañeros saltaban, jugaban o se colgaban de las ramas cabeza abajo para ver todo del revés.

Cuando se iban a bañar al río, Mugán se quedaba en la orilla mirando cómo se divertían y se tiraban agua unos a otros.

A la hora de comer Mugán no demostraba tener apetito y eso que los manjares que le ofrecían eran de lo más apetitosos.

Si tocaba trabajar recogiendo frutos o cortando ramas o limpiando de malas hierbas la zona común, Mugán parecía cansado y trabajaba con desgana.

Una tarde, el jefe Torunga en el tiempo dedicado a compartir y hablar, planteo lo siguiente:

—Mugán, no sabemos lo que te pasa, pero todos nosotros estamos preocupados por ti. Casi no comes, en el trabajo se te ve cansado y no pones interés en lo que haces. Y lo que más nos sorprende es que no quieres jugar con los demás ni divertirte. Queremos saber qué te pasa. ¿Nos lo quieres contar?

Mugán se puso colorado, lo que es muy raro en un mono, y dijo que no moviendo la cabeza.

—Está bien —dijo Torunga—, cada uno de nosotros pensará alguna razón por la

que puedes estar tan triste y mañana nos volveremos a reunir para escuchar la opinión de todos. Cuando sepamos lo que te pasa, buscaremos la manera de ayudarte. ¿Qué os parece?

Los monos pensaron que era una buena idea y, cuando acabo el tiempo de reunión, siguieron con sus tareas diarias mientras pensaban por qué podría estar triste Mugán.

Al atardecer del día siguiente todo el grupo se reunió de nuevo. Torunga les dijo:

—Como ya sabéis, cada uno puede contarnos por qué cree que Mugán está triste, y como siempre empezará el miembro más joven de nuestro grupo.

Tumbi se puso muy derecho. Se sentía muy orgulloso de ser el primero en hablar y de que todos le escucharan con atención. Sabía que en otras familias de animales no era así; al más pequeño casi no se le preguntaba nada y ni mucho menos le pedían opinión.

—Yo creo que Mugán está triste porque no le gusta este sitio, le gustaba más donde vivíamos antes.

—Muy buena observación Tumbi —le dijo Torunga—. Para ser tan pequeño ya te has dado cuenta de que a veces cambiar de lugar donde vivir no gusta a todos por igual. Yo aún me acuerdo de las montañas donde vivíamos antes, pero también me acuerdo de los cazadores y de los incendios. Era muy peligroso seguir viviendo en aquel hermoso lugar —dijo Torunga poniendo cara de tristeza—. Y tú, Tumbi, ¿qué opinas?

—Yo creo que está triste porque no es tan ágil como nosotros. El otro día nos reímos de él cuando se cayó del árbol al saltar de una rama a otra y le llamamos “mono patoso”.

—También puede ser una razón —dijo Torunga—, aunque creo que todos sabéis que cada mono tiene habilidades distintas. A unos se les da mejor saltar, a otros encontrar comida, a otros avisar de los peligros, a otros cocinar. Mugán es un magnífico buscador de frutos y bayas, y gracias a él comemos esos manjares que tanto nos gustan, ¿no es verdad?

Todos asintieron y miraron a Mugán por si sonreía al hacerle un cumplido y hablar bien de él, pero siguió callado y cabizbajo; al parecer esta tampoco era la razón de su tristeza.

—A ver, Ciro, danos tu opinión.

—Yo creo que Mugán está triste porque Corinda le gusta y ella no le hace caso.

Todo el grupo miro hacia Mugán y luego hacia Corinda, que se puso roja hasta las orejas, pero él no dijo nada.

—Y tú, Corinda, ¿qué opinas?

—Creo que Mugán se siente un poco solo y piensa que no le hacemos caso. El otro día se enfadó mucho y dijo que nunca le dejamos tiempo para hablar. En parte tiene razón, porque yo hablo mucho y los demás son también muy charlatanes. Cuando el empieza a hablar solemos interrumpirle porque es más lento contando las cosas. Quizá está triste por eso.

Pero Mugán dijo de nuevo que no con la cabeza.

—Muy bien Corinda, tú misma te has dado cuenta de lo mal que uno puede sentirse al no ser escuchado con respeto. Si cuando Mugán habla le interrumpís, es lógico que se sienta mal.

—Y tú Miranda, que eres como su madre, ¿nos das alguna idea?

—Yo creo que está triste porque no le hago mucho caso y puede creer que no le quiero. Como Tumbi y Tumbe son todavía pequeños estoy muy pendiente de ellos. Mugán ya es mayor, pero a lo mejor necesita también mi atención y cariño. Estaré más pendiente de ti Mugán —le dijo acercándose y dándole un beso.

Mugán seguía callado y cabizbajo.

—Tobías, tu eres como un padre para Mugán. Lo acogiste muy bien cuando llegó huyendo de las montañas. ¿Qué crees que le puede pasar?

—Creo que se está haciendo mayor y se hace muchas preguntas. Yo solo le digo que cuando sea más mayor lo entenderá todo. A lo mejor es eso lo que no le gusta.

Pero Mugán siguió en silencio.

Entonces Torunga se levanto y les dijo:

—Os doy las gracias porque cada uno de vosotros habéis aportado buenas ideas. Esto demuestra que cada miembro de nuestro grupo es importante y todos queremos ayudar, pero me parece que Mugán necesita hablar mientras damos un paseo por el bosque.

Todos se levantaron y continuaron con sus ocupaciones.

Torunga puso su brazo encima de los hombros de Mugán y los dos se fueron caminando hacia el bosque.

Y al cabo de un tiempo, los dos aparecieron de nuevo en un claro de la selva. Torunga, al fin, había descubierto lo que le pasaba a Mugán y le había dado buenos

consejos. Mugán volvía a sonreír.

Y tú, ¿por qué crees que estaba triste Mugán?

Reflexiones:

- ¿Tú qué crees que le pasa al mono Mugán? ¿Por qué está triste?
- Si tu hubieras formado parte del grupo de Mugán, ¿qué le hubieras dicho al jefe Torunga?
- Si fueras Mugán, ¿cuál es la opinión que te parece más acertada?
- ¿Dedicas todos los días un tiempo a hablar y compartir las cosas que te pasan con los que te rodean?
- ¿Te gustaría vivir en una familia de monos y en la selva? ¿Por qué?
- Mugán puede sentirse triste por varias razones. Parece que se lo ha dicho a Torunga en el bosque. Cuando tú estas triste, ¿se lo dices a tus padres o a tus amigos?
- Mugán no tiene padres pero lo acogieron muy bien Tobías y Miranda. ¿Conoces a algún niño que esté triste por no tener padres?
- Puedes dibujar a la familia de Mugán, a él mismo o al jefe Torunga.



Cuentos para vivir...

EMOCIONES



El Enfado

Begoña Ibarrola

ENFADO: Es una emoción que se produce ante una frustración o un impedimento para hacer lo que uno quiere o se propone. Es una reacción de irritación desencadenada por la indignación de sentir vulnerados nuestros derechos, o por sentirnos engañados, heridos, manipulados, etc.

Se puede sentir enfado:

- *Al recibir insultos, amenazas o malos tratos.*
- *Si no conseguimos algo que deseábamos.*
- *Cuando vemos situaciones de injusticia.*
- *Si los demás no hacen las cosas como nosotros queremos.*
- *Cuando estamos estresados y tenemos demasiadas cosas que hacer.*
- *Como forma de ocultar una profunda tristeza y vulnerabilidad.*
- *Cuando falla lo que se ha planificado.*
- *Cuando descubrimos una mentira.*
- *Si no nos dejan expresar nuestras ideas o sentimientos.*
- *Etc...*

El oso gruñón

No os acerquéis que soy peligroso! —rugía el oso Raposo cuando los cervatillos pasaban por el bosque cerca de su cueva.

Y todos salían corriendo muy asustados.

—¿Por qué corréis? —les preguntaban sus padres.

—Porque el oso Raposo nos ha lanzado terribles rugidos cuando hemos pasado cerca de su cueva, y nos ha dicho que es peligroso acercarse a él.

Los ciervos grandes se miraban entre sí y movían la cabeza, sin entender muy bien lo que estaba pasando.

—¿Peligroso el oso Raposo? Algo le debe pasar. Nunca nos ha atacado, ha compartido con nosotros su comida, cuando éramos pequeños jugábamos con él, se revolcaba por el suelo y nosotros le hacíamos cosquillas; era muy simpático y cariñoso...

Así que los ciervos decidieron convocar una reunión urgente con otros animales del bosque para averiguar entre todos lo que le pasaba al gran oso.

Los animales de bosque acudieron preocupados, pues a sus crías también les rugía y todos estaban muy asustados.

El animal más anciano habló:

—Algo muy serio le tiene que pasar para que esté tan enfadado y tenemos que averiguarlo. El bosque siempre ha sido un lugar tranquilo, donde todos nos queremos y ayudamos. Sabemos que enfadándonos no se resuelven los problemas.

Eligieron a la ardilla y a la lechuza para ir a hablar con él y enterarse de cuál era el problema. A la ardilla la eligieron porque era la más rápida y ante un verdadero peligro podía salir corriendo como un rayo, y la lechuza volaba; si las cosas se ponían feas podía salir volando así que no había peligro para ninguna de las dos.

Al día siguiente fueron a verle:

—¿Quién anda ahí? —gritó con voz fuerte y amenazadora el oso Raposo—. No os acerquéis que soy peligroso —añadió.

—Somos tus amigos del bosque, la ardilla y la lechuza.

—¿Y a qué venís? ¿No sabéis que puedo haceros daño?

—Venimos en nombre de todos los animales del bosque, queremos saber qué te

pasa, tú nunca nos has hecho daño ni nos has gritado.

—Pero ahora todo es diferente... y quiero que me tengáis miedo.

Su voz era cada vez más fuerte pero ninguna de las dos estaba dispuesta a irse sin cumplir su misión.

—¡Sal de la cueva, oso Raposo!, queremos verte y hablar contigo.

Los rugidos, cada vez más cercanos, indicaron a la lechuza y a la ardilla que el oso estaba saliendo.

—¿Dónde estáis? —preguntó mirando a un lado y a otro—. Parecía que no podía verlas bien.

Las dos se habían subido a la rama de un árbol cercano así ellas le podían ver sin problemas y escapar si era necesario.

—Oso Raposo, dinos: ¿por qué quieres darnos miedo?

—Porque así todos me respetaréis.

—Pero gran oso Raposo, todos en el bosque te queremos y respetamos, no necesitas asustar a nadie.

—Me voy haciendo viejo, ya no es como antes, estoy perdiendo vista y me canso. Ya no soy el gran cazador de antes..., pero no me doy por vencido; si me tenéis miedo es que todavía soy poderoso.

La lechuza, al darse cuenta de que no veía bien, se posó en una rama más cercana y mirándole a los ojos le dijo:

—Gran oso, si nos gritas nos asustas, y si tenemos miedo nos iremos alejando poco a poco de ti, y si nos alejamos te quedarás sólo. ¿No crees que sería mejor que pidieras ayuda a tus amigos?

El oso Raposo se sentó mientras pensaba en lo que le había dicho la lechuza.

—No lo había pensado, quizás tengas razón..., pero quiero seguir siendo el animal más fuerte del bosque.

Y la ardilla le dijo:

—Para nosotros siempre serás el Gran Oso, no creas que pedir ayuda es señal de debilidad, no: significa demostrar a tus amigos que confías en ellos.

El oso Raposo comprendió que la ardilla y la lechuza tenían razón y a partir de ese día decidió no gritar ni asustar a nadie.

A cambio se encontró con la cueva llena de provisiones para el invierno, regalo de todos sus amigos del bosque. Se encontró también con muchas visitas que le hacían

buena compañía, unos recordaban los viejos tiempos, otros hacían planes para el futuro, y entre charla y charla, fue pasando el tiempo, y el gran oso envejecía feliz rodeado de todos los animales del bosque, grandes y pequeños.

Aquel invierno el gran oso Raposo aprendió mucho del significado de la palabra amistad y a menudo recordaba cómo había estado a punto de perder el respeto y el amor de los que le rodeaban, creyendo que es más fuerte quien más grita y más se enfada.

Reflexiones:

- ¿Cómo se sentía el oso Raposo?
- ¿Por qué crees que chillaba y gruñía a los animales del bosque?
- ¿Por qué quería dar miedo?
- Si tú fueras el oso Raposo, ¿qué habrías hecho?
- Los animales le ayudaron en cuanto supieron lo que le pasaba. ¿Ayudas a tus amigos cuando tienen algún problema?
- ¿Conoces a alguien que grita mucho y te asusta? ¿Qué le dirías?
- ¿Cuáles son los motivos por lo que te enfadas?
- ¿Tú qué haces cuando te enfadas?
- Puedes dibujar si quieres al oso Raposo o el bosque donde vivía.

Un paseo por las estrellas

Una, dos, tres, cuatro..., diez, ¡cuántas estrellas hay en el cielo, no puedo contarlas...!”

Tesi no sabía contar tantas estrellas, ni podía porque estaban demasiado juntas y se confundía. Tendida sobre la hierba miraba al cielo y se acordaba de su abuela, la persona más importante en su vida, a la que más quería, después de su madre.

Su nombre era Teresa, pero como casi todo el mundo le llamaba Teresita su abuela decidió llamarle Tesi; a ella le gustó mucho este nombre, y además era un nombre solo para ella.

Su abuela le había enseñado a leer, a cantar y a bailar durante el tiempo que pasaba juntas mientras esperaban a que su madre volviera del trabajo.

Y precisamente cantar y leer era lo que más le gustaba hacer, aunque todavía no leía tan rápido como los mayores. Su abuela había sido maestra desde muy joven y, aunque ya estaba jubilada, se le notaba mucho que le gustaba enseñar a los niños. Sabía muchas cosas y le contaba cuentos e historias fantásticas que Tesi escuchaba embelesada.

Pero lo que más le gustaba a Tesi de su abuela era que sonreía casi siempre y sabía escuchar. Su madre no tenía mucho tiempo para eso, así que cuando Tesi tenía un problema o alguna duda hablaba con su abuela Josefina, la persona más feliz que Tesi conocía.

Un día Tesi le preguntó:

—Abuela, ¿por qué mis padres me gritan cuando se enfadan? A veces no sé ni por qué se han enfadado...

Su abuela le contestó:

—Mira Tesi, tus padres trabajan mucho durante todo el día, y cuando llegan a casa están tan cansados que se ponen nerviosos por cualquier cosa. Date cuenta de que en casa también les espera más trabajo, por eso se enfadan a menudo.

Pero a Tesi no le convenció la respuesta y siguió hablando con su abuela.

—El otro día mamá se enfadó conmigo porque se me cayó un vaso y se rompió. ¿A los mayores nunca se les cae y se les rompe nada? Y ayer se enfadó porque tiré sin

querer la caja de los cereales al suelo, y yo solo quería guardarla en el armario de la cocina...

—Tesi, a los mayores también se no rompen cosas o se nos caen al suelo sin querer, pero tu madre cree que, si se enfada contigo y te riñe, la próxima vez tendrás más cuidado.

—Entonces, ¿por qué no me dice sin chillar: “Tesi, ten un poco más de cuidado”? Yo así lo entendería mejor.

La abuela Josefina quería que Tesi comprendiera a sus padres y que no se sintiera mal, pero tampoco estaba de acuerdo con que se enfadaran tan a menudo con la niña y le chillaran tanto, pensaba que era pequeña y estaba aprendiendo a hacer las cosas, así que lo que hizo fue sonreírle, abrazarla y proponerle un juego.

—Tesi, te voy a enseñar un juego muy divertido que me enseñó mi madre de pequeña: cada vez que las cosas no vayan bien, cuando se enfaden contigo o cuando tú te enfades, imagina que llamas a una nube del cielo, y cuando baje te subes a ella, respiras hondo y dices en voz baja: “Calma, Tesi, calma”. Lo repites muy despacito varias veces mientras imaginas que estás flotando encima de la nube. Ya verás cómo te sientes mejor y no te pones nerviosa. A mí me sirvió para aprender a calmarme y por eso se lo enseñé a todos mis alumnos, y a ellos también les funcionó.

Por la noche Tesi no podía dormir, mamá se había enfadado con ella porque se le había olvidado decirle que la habían llamado por teléfono, así que otra regañina y otro día que Tesi se iba a la cama sin un beso de buenas noches.

Entonces se acordó del juego y se imaginó una nube que bajaba del cielo y venía a buscarle, y se dijo a sí misma, “Calma Tesi, calma”, muy lentamente, como le había enseñado su abuela, y de repente oyó una voz que le decía:

—¿Dónde quieres que te lleve?

Tesi se asustó al oír hablar a la nube pero sin pensárselo dos veces dijo:

—Quiero ir de paseo por las estrellas.

Y dicho y hecho: la nube salió por la ventana con Tesi encima muy emocionada.

Subió un poco y vio por debajo todas las casas, subió más y empezó a ver la ciudad entera, subió aún más y vio todo el mapa de España como el que tenían en la clase pero mucho más bonito, subió aún más y vio la Tierra, su casa grande: estaba entusiasmada. ¡Era preciosa! Poco a poco comenzó a ver las estrellas.

Después de un rato la nube le dijo:

—Te llevaré a dar un paseo corto, ¿de acuerdo?; no puede durar mucho porque yo también tengo que ir a dormir.

A Tesi le pareció un sueño, volaba entre las estrellas que le guiñaban un ojo y le deban la bienvenida.

—Hola Tesi —le decían.

—¿Me conocéis? —les preguntó.

—Sí, te conocemos; cuando tú nos miras nosotras también te miramos.

Tesi miraba a todos lados con los ojos muy abiertos para no perderse nada.

El viaje de vuelta fue más rápido y pronto se encontró de nuevo en su cama.

—¿Ya estás más tranquila? —le preguntó la nube—. Espero que te haya gustado el paseo, era un regalo de tu abuela Josefina.

—¿Un regalo de mi abuela?

—Sí, sabe que la semana que viene cumple años y quería darte una sorpresa: ella me pidió que viniera a buscarte.

El asombro de Tesi era enorme; aun así estaba tan cansada que se quedó dormida. Al día siguiente esperó con impaciencia la llegada de su abuela a la salida del colegio.

—¡Abuela, abuela, esta noche he jugado al juego que me enseñaste y ha venido una nube y me ha llevado de paseo por las estrellas!

Tesi contó a su abuela todo el viaje mientras la abuela le escuchaba con atención. Entonces le dijo:

—Bueno, me parece que has tenido un bonito sueño.

—¡No abuela, no ha sido un sueño, era de verdad!

—Verás Tesi, cuando yo tenía tu edad también hacía viajes maravillosos; cuando dormía me encontraba con seres fantásticos y hablaba con ellos, me iba de visitar otros planetas, nadaba con los peces, volaba con los pájaros, y todo aquello era real para mí. Cuando cumplí siete años todo empezó a cambiar. Alguien me dijo que todos aquellos sueños eran tonterías y empecé a dejar de recordar mis bonitas experiencias. Ahora creo que no tenían razón y que es muy importante continuar soñando durante toda la vida y no olvidar los sueños.

—Abuela —dijo Tesi—, la próxima semana cumpliré siete años. ¿Dejaré entonces de soñar?

—Espero que no Tesi; cuando dejas de soñar empiezas a envejecer. Yo quiero que

sigas soñando aunque crezcas y que intentes recordar tus sueños.

El día de su cumpleaños llegó antes de que se diera cuenta y, entre los regalos que recibió, hubo uno en particular que le encantó. Estaba envuelto en un bonito papel lleno de estrellitas, con una pegatina de una nube donde ponía: “Para Tese de su abuela Josefina”. Era una preciosa libreta que tenía escrito en grandes letras: “DIARIO DE SUEÑOS”.

Reflexiones:

- ¿Cómo se siente Tesi cuando sus padres se enfadan con ella?
- ¿Te has sentido así alguna vez?
- ¿Por qué crees que sus padres están enfadados?
- ¿Qué haces tú cuando te enfadas?
- Si tú fueras Tesi, ¿qué les dirías a tus padres?
- La abuela de Tesi le enseñó un juego para calmarse. ¿Conoces tú alguno?
- ¿Te gustaría dar un paseo por las estrellas como el que dio Tesi?
- A Tesi le regalan un cuaderno para que escriba un diario de sus sueños.
¿Escribes o dibujas tus sueños?
- Puedes dibujar en este espacio algún dibujo que sirva para ilustrar este cuento.

El príncipe desencantado

Había estado soñando muchos años con el momento en que alguien pasara por la charca y rompiera el encantamiento de la malvada bruja, que lo había convertido en una rana.

Y su sueño se hizo realidad el día que pasó aquella muchacha tan bonita que, por compasión al verlo llorar desconsoladamente, le dio un beso, convirtiéndole otra vez en un príncipe. Lleno de alegría regresó al palacio y sus padres hicieron una gran fiesta para celebrar su vuelta.

Pero ahora estaba cansado del palacio, estaba cansado de los problemas, de tener tanta gente siempre a su alrededor. Estaba harto de su poder, que no podía nada, ni quitar el hambre, ni la enfermedad, ni la pobreza. Sin embargo su puesto le obligaba a prestar atención a todos los que le pedían audiencia y se cansaba de oír sus peticiones y quejas.

Cada día tenía más obligaciones y menos tiempo para dedicarlo a las cosas que verdaderamente le gustaban: pasear por el campo, observar las estrellas, leer libros de aventuras...

Definitivamente no quería seguir siendo príncipe y comenzó a echar de menos su vida de rana, jugando en la charca, tomando el sol en una piedra, cazando mosquitos y dando enormes saltos dentro del agua cada vez que veía acercarse a los niños del pueblo.

Además, sus padres ya estaban pensando en buscarle una princesa para casarse con él, pero, como tenía fama de huraño y cascarrabias, no encontraban ninguna que estuviera dispuesta a vivir a su lado.

Su cara mostraba lo enfadado y aburrido que estaba. Ya no sonreía ni con los chistes de su bufón, ni con la visita de sus pocos amigos, y la gente tenía miedo de hablar con él, pues por cualquier cosa se enfadaba y gritaba.

El príncipe estaba desencantado de la vida de palacio y empezó a suspirar por encontrar de nuevo el día en que una malvada bruja le encantara de nuevo y le convirtiera en rana.

La preciosa muchacha que le dio el beso nunca supo el mal favor que le hizo aquél día, y cuando se enteró de la vida tan desgraciada que llevaba el príncipe le dio

mucha pena y solicitó hablar con él.

El príncipe la recibió con mala cara y una voz airada:

—¿Cómo tú por aquí, muchacha? ¿A qué vienes?

—Príncipe —contestó la joven—, he pensado que... a lo mejor... si te beso otra vez... a lo mejor vuelves a convertirte en rana y podrás ser feliz de nuevo en tu charca. No sé si funcionara porque no soy una bruja, pero por intentarlo...

—¿Tú crees que yo estoy para besos? Estoy enfadado con todos, nada me sale bien y además no tengo tiempo para hacer lo que me gusta. ¿Y encima me preguntas si quiero un beso?

—Príncipe, perdona —insistió la joven—, no quería que te enfadaras conmigo, mi intención era ayudarte a ser feliz porque veo lo que estás sufriendo y me da mucha pena. Yo te daría un beso con todo mi cariño, eso no hace daño a nadie. Lo peor que te puede pasar es que sigas siendo un príncipe...

—Bueno, a lo mejor no es tan mala idea... Bésame, y desea con todas tus fuerzas que vuelva a ser feliz.

La compasiva muchacha besó al príncipe y... ¡oh milagro! El príncipe no se convirtió en rana, pero la sonrisa volvió a su cara, sus mejillas enrojecieron y, con una voz tan dulce y suave como no se le había oído nunca le preguntó:

—¿Me das otro beso, por favor...?

Reflexiones:

- ¿Cómo crees que se sintió el príncipe cuando la muchacha le dio el beso y rompió el encantamiento de la bruja?
- ¿Por qué no quiere seguir siendo príncipe?
- Si tú pudieras darle un consejo, ¿qué le dirías?
- El príncipe estaba muy enfadado porque no podía hacer las cosas que más le gustaban. ¿Qué cosas te gusta hacer a ti en tu tiempo libre? Si no tuvieras tiempo para dedicarte a ellas, ¿cómo te sentirías?
- La muchacha se da cuenta de que el príncipe está sufriendo y le quiere ayudar. ¿Crees que dándole un beso le ayudará?
- Puedes dibujar si quieres al príncipe o a la muchacha o el castillo donde vive.

Jaime no sabe decir “no”

No sabía decir muy bien lo que le pasaba pero Jaime no se encontraba bien después de que sus amigos se marcharan.

Aquella tarde, Manu y David le habían preguntado si podían ir a su casa a jugar en el ordenador. El les había dicho que sí.

Sus amigos se presentaron temprano en su casa y comenzaron a jugar, y sólo se acordaban de Jaime para pedirle que les trajera refrescos y para preguntarle por más juegos.

—¿Es que no tienes más? Pues vete diciéndoles a tus padres que te los compren, acaban de salir unos estupendos.

—Bueno, no sé si me los podrán comprar ahora. Si por lo menos fuera mi cumpleaños se los podría pedir, pero todavía faltan dos meses.

Jaime quería complacerles, eran los chicos más populares de la clase y para él era muy importante tener su amistad.

—Oye Jaime, ¿nos dejas tus cómics? —le preguntaron al ver unos cuantos encima de su mesilla.

A él le gustaba leer un rato antes de acostarse pero, ante su sorpresa, los cogieron todos y se los metieron en su mochila sin esperar su respuesta.

Jaime estaba furioso, y con razón. No comprendía por qué no le habían dejado jugar si era su ordenador y sus juegos, y menos aún por qué se habían llevado sus comics cuando todavía no había terminado de leerlos. Sentía una rabia por dentro que no sabía expresar. Sus padres le habían dicho que se debían compartir las cosas que uno tiene con los amigos, pero después de hacerlo no estaba contento.

Por la noche, su madre le notó un poco raro pero no le dijo nada hasta que al ir a darle su beso de buenas noches le preguntó:

—¿Te pasa algo Jaime? Te noto un poco raro. En la cena no has dicho una sola palabra y ahora no te quedas leyendo tus comics. Por cierto, ¿dónde están?

—Se los he dejado a Manu y a David —contestó sin mirarle.

—Ah bueno, si te los han pedido... está muy bien compartir con los amigos. Por cierto, los he visto muy contentos esta tarde cuando se iban, ¿lo habéis pasado bien?

—Ellos lo han pasado muy bien pero a mí no me han dejado jugar —contestó

Jaime.

—¿Cómo? ¿Qué no te han dejado jugar? ¿Por qué? —su madre no entendía nada.

—No lo sé, mamá. Ellos me preguntaron si podían venir y yo les dije que sí, pero yo esperaba jugar con ellos.

—Está muy mal lo que han hecho, hijo. Creo que tienes que hablar con ellos.

—Encima se han llevado mis comics sin mi permiso.

—¡Pero bueno...! ¡Es el colmo! ¿Y esos son tus amigos? Ahora duerme, hijo, mañana hablaremos de esto.

Su madre le dio las buenas noches pero el no se podía dormir y empezó a recordar otros momentos en los que se había sentido muy enfadado.

Cuando era pequeño y estaba en la escuela todos decían que era un niño muy bueno. Si otro niño quería el juguete que él tenía, pues se lo daba y nunca se peleaba. Era un niño bueno. Pero reconoció la rabia que sintió aquel día que consiguió subirse al caballito de madera y otro niño le empujó para subirse él. No lloró ni le pegó pero por dentro estaba furioso.

También recordó su quinto cumpleaños. Cuando repartieron la tarta le dieron el trozo más pequeño. No protestó porque él era un niño bueno.

No entendía nada. Le habían dicho que ser bueno era algo maravilloso y sin embargo el se sentía mal, muy mal. Por un momento deseó ser malo, muy malo y casi sin darse cuenta se durmió.

Esa noche tuvo un sueño muy extraño que recordó al día siguiente:

Vio una bonita casa con un jardín lleno de flores y con un huerto donde había árboles cargados de fruta, tomates, lechugas, habas y otras verduras y hortalizas. Un grupo de vacas estaba pastando cerca y observó cómo se acercaban poco a poco al huerto. Allí comenzaron a comer todo lo que encontraban y con sus patas aplastaban todo lo que estaba plantado.

Jaime contemplaba aquella escena indignado intentando espantar a las vacas pero, para su disgusto, no se podía mover ni gritar, solo observaba como las vacas lo destruían todo. Incluso el jardín quedó hecho una pena.

Este había sido un sueño muy raro que le hizo pensar a Jaime que quizás los dueños de la casa tenían que haber puesto una valla para que las vacas no pasaran y proteger el huerto y el precioso jardín que tanto habría costado conseguir.

Durante el desayuno su madre, sin saber nada del sueño de Jaime pero recordando

la conversación de la noche anterior, le dijo:

—Hijo, en la vida a veces hay que decir “no”, hay que poner como una especie de valla para proteger lo que es tuyo. Algo que diga a los demás “por aquí no se pasa” o “esto es mío y debes respetarlo”. Cuando te encuentres a Manu y a David deberías pedirles que te devuelvan los comics y hablar seriamente con ellos. Me parece que no se han portado como verdaderos amigos, pero tú verás lo que les dices.

Su madre tenía razón, y sin saberlo le había ayudado a entender su sueño.

De todas formas era él quien tenía que poner la valla, era él quien tenía que aprender a decir “no”. Si se enfadaban por ello, es que no merecían ser sus amigos.

Jaime aprendió que ser bueno no significa decir siempre que sí y a partir de ese día encontró amigos de verdad que jugaban con él, le pedían las cosas por favor y no se enfadaban con él si alguna vez les decía que no.

Reflexiones:

- ¿Por qué crees que Manu y David no dejan jugar a Jaime?
- ¿Cómo se sentirá Jaime?
- ¿Alguna vez te ha pasado algo parecido?
- ¿Te gusta compartir las cosas que tú tienes con tus amigos?
- ¿Qué les dirías a tus amigos si no te dejan jugar con ellos?
- Jaime cree que es más bueno porque dice siempre que sí. ¿Estás de acuerdo?
- ¿Qué te pareció lo que hicieron las vacas en el sueño? ¿Tú cómo hubieras protegido el huerto y el jardín?
- Puedes dibujar alguna escena del cuento o pintar a Jaime enfadado.

¡Venga Elisa, date prisa!

Elisa tardaba mucho tiempo en hacer cualquier cosa, por eso sus padres a menudo se ponían muy nerviosos con ella y le gritaban:
—¡Venga Elisa, date prisa!

Y ella se enfadaba mucho y contestaba:

—Ya voooooy...

Todas las mañanas se repetía la misma historia: tenía que darse prisa al levantarse, tenía que darse prisa en desayunar, tenía que darse prisa para llegar al colegio puntual...

En clase también escuchaba la misma frase: “¡Venga Elisa, date prisa!”, cuando el profesor le pedía que acabara ya el dibujo o al volver del recreo para entrar de nuevo en clase. Y en el comedor, ante aquellos enormes platos de comida, volvía a oír las mismas palabras: “¡Venga Elisa, date prisa!”.

Así que Elisa se pasaba la mayor parte del día enfadada y las personas mayores también se enfadaban con ella por tardar tanto en hacerlo todo.

—¡Ya estoy harta! No me dejan en paz en ningún sitio. Todo el mundo me mete prisa —pensaba.

Pero Elisa no sabía qué hacer para cambiar la situación, aunque no le gustaba nada que le metieran prisa.

Cuando en clase les dijeron que pronto irían de excursión a un sitio muy bonito, todos se pusieron muy contentos y preguntaron adónde iban a ir.

—Es un sitio muy especial, como un parque de atracciones donde aprenderemos muchas cosas nuevas e interesantes —les dijo el profesor.

Por fin llegó el día esperado y su madre la despertó:

—¡Venga Elisa, date prisa! Hoy es el día de la excursión y el autocar tiene una hora de salida; si lo pierdes te quedarás sin ir, tú verás.

Elisa se vistió un poco más rápido que de costumbre, desayunó un poco más rápido que de costumbre y justo llegó al colegio cuando el autocar estaba a punto de arrancar.

—Por poco te quedas sin venir —le dijo el profesor moviendo la cabeza—. Tú, como siempre, la última, Elisa.

Cuando llegaron al lugar elegido, vieron un gran cartel de bienvenida que en letras de colores ponía: “Tierra del Tiempo Encantado”. Parecía un parque, pero no había atracciones, tampoco había mucha gente y el profesor les dijo que cada uno podía ir donde quisiera, siempre que no salieran del recinto.

Elisa se dirigió hacia una cueva de la que salía una curiosa luz y pensó que allí habría otras personas. Nada más comenzar a andar se dio cuenta de que las paredes estaban cubiertas de cristales de colores y al final del estrecho pasillo se encontró con un extraño personaje en un espacio más amplio e iluminado.

—¡Hola Elisa! Te estaba esperando —le dijo.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó Elisa.

—Yo soy un mago y lo conozco todo, sé quién eres y cuál es tu problema.

Elisa no comprendía nada. Ese personaje, efectivamente parecía un mago pero, ¿cómo es que la estaba esperando? Bueno, a lo mejor era un mago de alguna atracción, pensó.

El mago se acercó a Elisa y le dijo:

—Ven conmigo, quiero enseñarte algo.

Y Elisa le siguió a través de un largo corredor en el interior de la cueva hasta que llegaron a una puerta.

—Aquí está el Salón del Tiempo. ¿Quieres pasar, por favor?

Elisa entró en aquel lugar y se encontró relojes, muchísimos relojes de todas las formas y tamaños. De mesa, de pulsera, de cuco, relojes de arena, de pared, digitales... Unos enormes, otros minúsculos, pero todos marcando la misma hora: las doce.

—En este salón se mide el tiempo. Por cierto, ¿cuál es la frase que más te repiten?

—¡Venga Elisa, date prisa! —contestó ella sin dudarlo.

—Pues bien —continuó el Mago—, el reloj marca las horas, y las horas pasan muy deprisa, pero el tiempo no es quien nos mete prisa, es algo más...

—Yo estoy muy enfadada, porque me obligan a ir de prisa a todos lados y porque tengo que hacer las cosas a toda velocidad —le dijo quejosa Elisa.

—Ya, ya sé el problema que tienes, por eso hoy quiero enseñarte a usar el tiempo de otra manera. A ver, ¿y por qué crees que haces todo tan lentamente?

—A lo mejor porque soy un poco despistada...

—Mira Elisa, yo creo que no estás “presente”. Me explicaré mejor —dijo el mago

—: eres despistada porque te pones a pensar en mil cosas cuando estás haciendo algo y entonces se te pasa el tiempo volando.

—Sí —contestó ella—, creo que es eso. Cuando me estoy vistiendo pienso en lo que vamos a hacer en clase, y cuando estoy en clase me acuerdo de un sueño que tuve por la noche o de una película que he visto... Sí, creo que es eso, pero ¿qué puedo hacer?

—Estar “presente” —contestó el mago—. Estar atenta a cada cosa que haces. Si te estás vistiendo, atiende sólo a tu ropa; si estás dibujando, presta atención al dibujo, y si estás comiendo, date cuenta de lo que comes. ¡Sólo eso!

Elisa comprendió bien las explicaciones del mago, pero le parecía muy difícil hacerlo.

—No creas que es tan difícil, sólo tienes que practicar y cada día te resultará más fácil y, además, no volverás a oír esa frase que tanto te molesta. ¿No crees que vale la pena intentarlo?

—Bueno..., lo intentaré —contestó.

—Ahora sígueme, voy a enseñarte otra cosa —le dijo el mago.

Salieron del Salón del tiempo y Elisa siguió al mago por la cueva hasta que llegaron a otra puerta.

—Este es el Salón del Ahora. ¿Quieres entrar?

Elisa entró en aquel salón y lo encontró vacío, pero se dio cuenta de algo muy extraño: todas las paredes eran espejos.

—¿Ves? Este salón está vacío, no hay relojes, no hay pasado ni hay futuro, sólo se ve lo que haces en cada momento, que es lo que reflejan los espejos. Lo que haces ahora es lo único que ves. ¿Te das cuenta? Sólo se nos ve a ti y a mí hablando, que es lo que estamos haciendo ahora. Aquí no hay prisas, ni tampoco te puedes despistar por pensar en cosas que te han pasado o en las cosas que harás después.

Elisa estaba encantada, empezaba a comprender que si vivía el presente, si ponía atención en cada cosa, no sería necesario que nadie le metiera prisa, le daría tiempo a todo...

—¡Gracias, Mago!, me parece que ahora entiendo lo que me quieres decir —contestó Elisa muy contenta.

—Bueno, por hoy se acaba la visita a la Tierra del Tiempo Encantado. Podrás volver aquí cuando quieras. Te estaré esperando.

El mago y Elisa se despidieron.

El camino de salida de la cueva le pareció más corto y pronto encontró el autobús que les había llevado hasta allí.

De repente sintió que alguien le decía:

—¡Elisa, despierta, que ya hemos llegado ! —era la voz de su profesor.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado? —preguntó ella sorprendida.

—Te has dormido nada más arrancar el autobús. ¿Acaso has dormido poco esta noche? —le dijo.

Elisa abrió los ojos de par en par. No podía creer que todo hubiera sido un sueño: el mago, la cueva de cristales, el Salón del Tiempo, el Salón del Ahora...

Pero cuando llegó la hora de almorzar y abrió su mochila para sacar el bocadillo...

¡Oh sorpresa! Se encontró una pequeña piedra que tenía escrita una palabra en letras mayúscula: AHORA.

Reflexiones:

- ¿Por qué todo el mundo mete prisa a Elisa?
- ¿A ti también te han dicho esto alguna vez? ¿Cuándo?
- ¿Cómo te sentirías si estuvieras en el lugar de Elisa?
- Si fueras Elisa ¿qué habrías hecho para hacer las cosas con más rapidez?
- Recuerda los dos salones que le enseñó el mago. ¿Cuál de los dos te gusta más?
¿Por qué?
- ¿Crees que el encuentro con el Mago fue solo un sueño de Elisa?
- ¿Te gustaría cambiar alguna parte del cuento? ¿Cuál? Puedes escribir lo que tú quieras o continuar el cuento.
- También puedes pintar alguna escena del cuento, o a Elisa tal y como te la imaginas, o al Mago, o el Salón del Tiempo, o el Salón del Ahora.



Cuentos para vivir...

EMOCIONES



El Miedo

Begoña Ibarrola

MIEDO: Es una emoción que se produce cuando percibimos peligro o daño - físico o psicológico- que representa una amenaza para nuestro bienestar físico o psicológico.

Se puede sentir miedo:

- *A la oscuridad, las pesadillas, los monstruos, etc.*
- *Ante lo desconocido, sean personas o lugares.*
- *Porque otros lo utilizan para controlarnos.*
- *Al fracaso, en el trabajo, en la relación, en el colegio, etc.*
- *Al abandono, a quedarnos solos.*
- *Por no saber cómo actuar o qué decir.*
- *Ante la violencia de los demás.*
- *Ante un examen.*
- *Ante los cambios.*
- *Cuando hay que hablar en público.*
- *Etc...*

La hormiga viajera

La hormiguita estaba asustada, se había perdido del resto de sus compañeras y se sentía muy sola.

—¡Qué mala suerte tengo! Me han abandonado —decía llorando, sin dejar de buscar por un lado y por otro.

Pasó por allí una lagartija y le preguntó:

—¿Por qué lloras?

—Estoy perdida, el resto de mi grupo se ha ido y no las encuentro, tengo mucho miedo porque no sé volver a casa yo sola.

—No te preocupes, les encontraremos, ¡ven conmigo! —le dijo la lagartija.

La hormiguita, como era tan pequeña, se subió encima de la lagartija.

—Vamos a dar una vuelta por el campo a ver si alguien las ha visto pasar.

Llegaron a un arroyo y una rana les preguntó:

—¿Dónde va una hormiga encima de una lagartija?

La lagartija le contó que la hormiguita estaba muy asustada porque no encontraba a sus compañeras y ella quería ayudarla.

—Yo también quiero ayudar, subíos las dos encima de mí, vamos a ir por la orilla del río a ver si alguien las ha visto pasar, pero no llores más, ya verás cómo entre la lagartija y yo las encontramos.

La hormiguita, subida encima de la lagartija, estaba entusiasmada del paisaje que veía, pero ahora que la lagartija se había subido encima de la rana, no os podéis imaginar cómo se sentía.

—¡Cuántas cosas veo desde aquí! ¡Qué grande es todo! —decía abriendo los ojos de par en par, asombrada. Ya no lloraba y su miedo iba desapareciendo al darse cuenta de que todos los animales con los que se encontraba querían ayudarle. Eso la hacía sentirse mejor.

—¿Adónde va una hormiga subida encima de una lagartija y las dos sobre una rana? —preguntó la tortuga.

Y le contaron la historia.

—Yo también quiero ayudar, subíos las tres encima de mi caparazón que yo sé dónde pueden estar las hormigas.

—Pero tú eres muy lenta —le dijo la lagartija.

—Pero también soy muy vieja y por lo tanto muy sabia. Yo sé las costumbres de cada uno de los animales que se encuentran por los alrededores, por eso creo que puedo ayudarte a encontrar a sus compañeras.

La hormiguita estaba fascinada, no podía ni hablar de la emoción. Nunca había visto tantas cosas como las que veía desde un lugar tan alto: el río, los campos llenos de flores, las montañas, las casas a lo lejos... No podía imaginar que el mundo fuera tan grande.

“Si mis compañeras vieran esto”, pensó sintiendo un poco de pena, pero ya nada de miedo porque todos los animales con los que se encontraba querían ayudarle.

Pensó también lo divertido que era ir encima de una lagartija que iba encima de una rana que iba encima de una tortuga. “Si me vieran aquí subida, se partirían de risa...”

Al pasar por el camino encontraron una hilera de hormigas y la tortuga les preguntó:

—¿Acaso estáis buscando a una de vuestras compañeras?

—Sí, sí —contestaron llorosas—, se nos ha perdido hace un rato y no queremos volver a casa sin ella, la pobre estará muy asustada y... ¿Por qué llevas encima de tu caparazón a una rana? ¿Y por qué esta rana lleva encima una lagartija? ¿Y por qué esta lagartija lleva encima una... ¡compañera!?

No se podían creer lo que estaban viendo.

—¡Compañeras, por fin os encontré! Ha sido gracias a estas amigas, y además he conocido lo grande que es el mundo. Al principio sentía miedo, estaba muy asustada porque estaba sola, pero después la lagartija me ayudó, y la rana y la tortuga que, como es muy sabia y tiene muy buena memoria, sabía dónde podíais estar.

Primero la rana se bajó de la tortuga, luego la lagartija se bajó de la rana y, por último, la hormiguita se bajó de la lagartija.

Las hormigas le explicaron lo importante que era no separarse del grupo para no perderse y dieron las gracias a los animales que le habían ayudado.

Desde ese día la hormiguita camina cerca de sus compañeras y procura no despistarse para no perderse pero, de vez en cuando, mira a su alrededor por si ve a alguna de sus amigas y la llevan a dar un paseo.

Reflexiones:

- ¿Cómo se sentía la hormiga cuando se perdió de sus compañeras?
- Muchos amigos se ofrecen a buscar a sus compañeras ¿Tienes tú amigos que te ayudan cuando tienes un problema?
- Cuando a la hormiga se le pasa el miedo empieza a divertirse al ver tantas cosas desde tan alto. ¿Alguna vez, a pesar de sentir miedo, te lo has pasado muy bien? ¿Cuándo?
- ¿Cómo se sintió la hormiga cuando encontró a sus compañeras?
- Si tú estuvieras en el lugar de la hormiga, ¿qué habrías hecho?
- Puedes cambiar el final del cuento o añadir algo más que se te ocurra.
- Puedes dibujar a la hormiga o a todos los animales que le ayudan a encontrar a sus compañeras.

Al final del pasillo

José estaba avergonzado porque había mojado la cama otra vez y mamá volvería a enfadarse con él. Se daba cuenta de cuándo llegaba el momento en el que no podía aguantar más, pero ir hasta el cuarto de baño por la noche era muy peligroso.

No sabía por qué preocuparse más, si por hacerse pis en la cama o por el miedo que le daba ir a oscuras y solo hasta el final de aquel pasillo tan largo. Si por lo menos mamá le dejara tener el orinal debajo de la cama... Pero ella pensaba que José ya era mayor y podía ir al baño solo.

Una noche José lo intentó y fue horrible: con cada paso crujía el suelo, oía su corazón latir tan fuerte que se asustaba, veía sombras amenazadoras a su lado y echaba a correr muerto de miedo y temblando.

¿Y si se le cerraba la puerta? ¿Y si había algún fantasma escondido? ¿Y si por la taza del váter salía un monstruo y le cogía?

En fin, con cada pregunta que se hacía, más miedo tenía y al final volvía a mojar la cama... Al día siguiente otra regañina, y a esperar otra noche de miedo.

En la escuela a la que iba José les habían contado que existían duendes amigos a los que se podía pedir ayuda ante un problema, así que decidió probar. Antes de dormir llamó a un duende:

—¡Duendecillo, por favor, ven a ayudarme... tengo un problema!

Lo repitió varias veces hasta que vio cómo aparecía una bolita dorada y brillante por detrás de las cortinas de su habitación.

José se sentó en la cama con cara de asombro y pensó: “¡Esto funciona!”

—Hola, ¿me has llamado? Me llamo Duendelinsinmiedo.

—Hola, yo me llamo José, gracias por venir. ¿Podrías ayudarme? Tengo dos problemas...

—Veamos, ¿dos problemas? No sé, no sé... cuéntame.

José le contó al duende lo que le pasaba.

—Bueno, me parece que te puedo ayudar, pero realmente sólo tienes un problema: tienes miedo a ir al cuarto de baño por las noches. Si el miedo desaparece seguramente dejarás de mojar la cama, ¿no crees?

Pues era verdad; sólo tenía un problema. José se sintió un poco mejor.

—Esta noche te acompañaré; si vas conmigo no aparecerá ningún fantasma, ningún monstruo se atreverá a salir y dejaremos la puerta abierta para que estés más tranquilo.

Al llegar la noche Duendelinsinmiedo acompañó a José y nada malo le ocurrió. La cama amaneció seca y el premio fue un gran abrazo de mamá, que le dijo:

—¿Ves José como ya eres mayor y no necesitas orinal?

Aunque su madre creía que José no había necesitado hacer pis, él sabía la verdad.

A la noche siguiente Duendelinsinmiedo le dijo:

—Tú ve delante que yo te sigo; me voy a quedar en el pasillo de guardia para que no te pase nada.

José estaba contento consigo mismo y agradecido al duende por su ayuda, y antes de que José se durmiera el Duendelinsinmiedo le dijo:

—Mañana no bebas agua después de la cena y a lo mejor no necesitas levantarte por la noche.

Al día siguiente José se acordó de hacer lo que le había dicho el duende, cenó y no bebió nada después, y se acostó como todos los días.

—¡Venga, José, levanta! ¡Es hora de ir al colegio!

—¿Y mi duende?

—¿De qué duende hablas?

—Nada mamá...

José se dio cuenta de que era mejor callarse y cuando mamá salió de la habitación, buscó por todas partes y le encontró durmiendo entre sus calcetines.

—¡Duendelinsinmiedo despierta! ¿Por qué no me has venido a buscar esta noche?

—Huy, estaba muy cansado y me puse a dormir, además tú no te has despertado en toda la noche, ¿verdad?

Era cierto, José había dormido de un tirón.

—Verás José, creo que ya no me necesitas, pero voy a estar contigo una noche más. Esta noche yo te voy a despertar y, aunque no tengas ganas de hacer pis, quiero que vayas al cuarto de baño tú solo, te mires en el espejo y digas: “ José, eres un valiente”. Luego vuelves a la cama; quiero comprobar si has aprendido algo en estos días.

A media noche el duende llamo a José y le animó a que hiciera lo que le había

pedido.

El niño se levantó y fue hasta el cuarto de baño medio dormido. El pasillo se le hizo más corto, en verdad el baño no estaba tan lejos, y su corazón no latía tan fuerte. José hizo lo que le pidió el duende y regresó tranquilo a su habitación.

—Tenías razón Duendelinsinmiedo, ya soy valiente y además no me hago pis, pero si una noche necesito levantarme ya sé que puedo ir al baño como los mayores ¡Gracias duende!

La bolita dorada se ocultó detrás de las cortinas y salió por una rendija de la ventana mientras el duende agitaba la mano despidiéndose de José.

En la escuela tenían razón: cuando tienes un problema puedes llamar a un duende para que te ayude y, ya sabes, si tienes miedo llama a Duendelinsinmiedo, él te ayudará.

Reflexiones:

- ¿Cómo crees que se sentía José al mojar la cama?
- ¿Te ha pasado a ti algo parecido?
- José cree que tiene dos problemas pero realmente tiene uno. ¿Recuerdas cuál era su principal problema?
- ¿Alguna vez has sentido miedo por la noche?
- José pide ayuda al duende. ¿A quién pides tú ayuda?
- Si el duende no le hubiera ayudado, ¿qué crees que hubiera pasado?
- Puedes dibujar alguna escena del cuento o alguno de los protagonistas.

Un jarrón de la china

En la humilde choza en la que Huan-zu vivía con su mujer y sus tres hijos, llamaba la atención la presencia de un jarrón, casi siempre lleno de flores del campo. Sus bonitos colores y el perfume de las flores hacían de la choza un lugar bello y acogedor.

Era un jarrón precioso de porcelana china que Huan-zu había heredado de su padre, y este del suyo, y este del suyo, un noble guerrero que lo recibió de manos de un antiguo emperador.

El jarrón se sentía muy orgulloso de estar tan cuidado y ocupar un lugar importante en la casa, pero un día Huan-zu reunió a toda su familia y les dijo:

—Hemos tenido un año muy malo, sin lluvias, y la cosecha es muy escasa. Si vendo el jarrón podremos comprar comida y semillas. Según me han dicho, es muy valioso y pueden darme mucho dinero por él. No puedo consentir que paséis hambre mientras tenemos este valioso jarrón que solo sirve para adornar la casa.

El jarrón se puso a temblar mientras se hacía una pregunta tras otra:

“¿Dónde me llevarán? ¿Qué harán conmigo? ¿Qué será de mí?”

Las quejas y súplicas de su familia no sirvieron para nada y al día siguiente Huan-zu cogió el jarrón, lo envolvió en paja y en una manta y lo cargó en el mulo que le llevaría a la ciudad.

El mercado se animaba, y a medida que pasaban las horas, iba llegando gente y más gente de todos los pueblos de alrededor. Alguno miraba, preguntaba el precio y se iba, pero un elegante caballero, que no era de la zona, se quedó y empezó a mirarlo por arriba, luego por abajo, luego al trasluz, y al final, después de negociar el precio con Huan-zu, lo compró.

Huan-zu quedó muy complacido por la importante suma de dinero que había conseguido, pero el jarrón lloraba al ver marchar a su antiguo dueño y temblaba al mirar al nuevo.

Lo guardaron en una caja de madera en la bodega de un barco y partió rumbo a un lugar desconocido. Estaba muerto de miedo, todo era nuevo para él, aquella oscuridad, aquél movimiento, aquel ruido. Y de repente algo pasó. Oyó un fuerte golpe y la bodega del barco empezó a llenarse de agua.

El barco había chocado contra unas rocas y se estaba hundiendo y todo el contenido de la bodega empezó a ir de un lado para otro. La caja donde estaba el jarrón al caer al fondo del mar, se rompió y este pensó que era el final.

Al oír tanto alboroto, las sirenas se acercaron a ver qué pasaba y encontraron al jarrón junto a otras cosas que habían salido de la bodega por un agujero enorme en el casco del barco. ¡

—¡Qué jarrón tan bonito! Podríamos regalárselo a la reina.

Apenas les oía porque del golpe estaba como atontado.

—Primero lo arreglamos. Mirad, se ha roto por varios sitios. ¡Menudo susto se habrá llevado el pobre!

El jarrón al oírlas volvió en sí y les dijo:

—No os podéis ni imaginar de donde vengo...

Y cuando se quedó más tranquilo, les contó su historia.

Las sirenas le escuchaban asombradas...

—¡Cuántos cambios has tenido en tu vida! Primero estuviste con un emperador, luego un noble guerrero, una familia de campesinos, un comerciante y ahora estás en el fondo del mar; pero no te preocupes, nosotras cuidaremos de ti.

La reina de los mares se puso muy contenta al recibir el regalo y el jarrón aceptó, orgulloso, estar cerca de la reina, adornando su palacio de perlas y corales.

Poco a poco se acostumbró a vivir en el fondo del mar y perdió el miedo pero, con el paso del tiempo, perdió también la memoria.

Las algas lo adornaron y sus bonitos colores empezaron a ocultarse, aunque no le importaba: aquél lugar se había convertido en su nueva casa.

Pasó mucho, mucho tiempo, y un día, unos hombres que exploraban el fondo del mar se acercaron a él; el jarrón se quedó con la boca abierta: ¿quiénes serían aquellos monstruos? El no sabía que eran buzos porque nunca había visto a personas vestidas con estos trajes.

—¡Vaya! Parece que hoy es nuestro día de suerte —dijeron—. Aquí hay algo interesante, vamos a subirlo al barco para comprobar si merece la pena.

El jarrón sintió miedo otra vez, mucho miedo, y se puso a temblar mientras pensaba:

“¿Dónde me llevarán? ¿Qué harán conmigo? ¿Qué será de mí?”

En el barco lo limpiaron y sus bonitos colores volvieron a aparecer.

—¡Menudo hallazgo, es un jarrón de una antigua dinastía china! Mirad el sello...

Cuando “los monstruos” se quitaron el traje de buzo y recobraron su aspecto de hombres, el jarrón recordó de pronto a Huan-zu y a su familia. Recordó cuál era su origen, recordó el choque del barco contra las rocas y recordó su vida en el fondo del mar, a las sirenas y a la reina de los mares...

El jarrón estaba metido en sus recuerdos cuando oyó que el hijo de uno de los buzos decía asombrado:

—¡Que jarrón tan bonito! Papá, por favor, ¿me puedo quedar con él?

—Mira Domingo, es un jarrón muy valioso y muy antiguo, ya no se hacen jarrones así. Cuídalo mucho hasta que lleguemos a casa, entonces veremos lo que hacemos con él, seguramente lo venderemos a un museo.

A Domingo le gustaba mucho salir con su padre en el barco y estaba deseando bajar a explorar el fondo del mar. Conocía los tesoros que podían ocultarse bajo sus aguas y a menudo soñaba con descubrirlos cuando fuera mayor.

Mientras contemplaba el jarrón y lo llevaba con cuidado a un lugar seguro, se dio cuenta del miedo que sentía el jarrón y le dijo:

—No tengas miedo, ya sé que estas un poco confundido. Según mi padre has vivido en la China mucho tiempo, luego en el fondo del mar y ahora has llegado a este barco. Es normal que te sientas así, pero tú eres un jarrón especial y te vamos a cuidar muy bien.

—Gracias pequeño —le dijo el jarrón, encantado de tener alguien con quien hablar—. La verdad es que casi había olvidado mi origen y vosotros me lo habéis recordado. Siento que soy importante y que me vais a cuidar bien. ¡Ya no tengo miedo!

Hoy el jarrón descansa por fin en un lugar especial dentro de un museo. Y a sus pies tiene un letrero que dice: “Jarrón de cerámica china de una antigua dinastía”. Así no olvidará nunca quién es.

Desde entonces muchas personas se acercan a mirarlo y siempre le dicen bonitas palabras. Por eso ahora está contento, aunque nadie puede imaginar las aventuras por las que pasó hasta llegar allí.

Reflexiones:

- ¿Qué sentía el jarrón cuando estaba con Huan-zu en su casa?
- ¿Qué sintió cuando supo que lo iban a vender?
- ¿Qué sintió cuando le metieron en la bodega del barco?
- ¿Te has sentido tú así alguna vez?
- A lo largo de su vida el jarrón vive en distintos sitios y está con distintos personajes. ¿Conoces a alguien que haya cambiado de país o de casa o que haya cambiado de colegio varias veces?
- ¿Crees que los cambios dan miedo? ¿Por qué?
- ¿Cómo se sintió el jarrón cuando lo regalaron a la reina de los mares?
- Si tú fueras Domingo, ¿qué habrías hecho con el jarrón?
- Puedes continuar el cuento o cambiar la parte que quieras.
- Puedes pintar el jarrón tal y como te lo imaginas o alguna escena del cuento, la que más te guste.

La flor aventurera

Con el otoño llegó el viento, llegó el frío y la amapola se durmió. Las golondrinas se fueron a pasar el invierno a lugares más cálidos. Los días eran más cortos, las noches eran más largas y todo el campo se preparaba para el reposo.

Las mariquitas también se preparaban para el gran sueño buscando un lugar donde esconderse. Incluso el caracol se metía en su concha para no salir en bastante tiempo.

Pero la margarita era muy curiosa y quería saber cómo era la nieve, así que decidió hacerse la dormida cuando el hada del sueño la tocó con su varita mientras decía:

*¡Dormid, dormid florecillas,
margaritas, amapolas, gitanillas,
dormid, dormid, dormid!*

Dulcemente se acurrucaban entre la hierba, que también se desmayaba por la fuerza del viento.

La margarita, como no estaba acostumbrada al frío, empezó a temblar mientras pensaba:

“¡Ay, Ay que frío, que viento! ¿Qué haré para abrigarme?”

Buscó con la mirada a unas hojas de castaño y les pidió que la taparan, pero ellas le dijeron:

—No podemos servirte de abrigo, debemos ir donde el viento nos lleve, pero puedes pedirle al helecho que te tape un poco para que no te dé el viento, y al musgo le puedes pedir que te haga un lecho verde alrededor del tallo.

Las hojas de castaño la miraban asombradas y le preguntaron:

—Pero... ¿por qué no te has dormido como las otras flores cuando pasó el hada?

La margarita les contestó:

—Siempre he querido conocer la nieve y he decidido quedarme hasta que la vea.

—Muy bien, tú sabrás lo que haces, pero es muy peligroso.

La margarita temblaba, un poco por el frío y otro poco por el miedo, pero había tomado una decisión y no quería volverse atrás.

Mientras la nieve se acercaba conoció cosas que nunca había visto antes, como las setas. Descubrió un tiempo donde el sol se acostaba temprano, un tiempo que se le hacía eterno, pues sus amigas dormían desde que pasó el hada con su varita y no tenía con quien hablar.

El jardín y el huerto estaban casi dormidos, pero no del todo. Tampoco había silencio porque las urracas no paraban de meter ruido. Los gorriones, los herrerillos, los petirrojos y los mirlos hacían compañía a la margarita.

Un día, los pájaros del jardín se reunieron a comentar el caso de la margarita. La veían triste y temblorosa, en parte por el frío que estaba pasando y en parte por el miedo de no saber lo que le esperaba, y decidieron hablar con ella.

—¡Hola margarita! Queremos saber por qué no te has ido del jardín a dormir con las otras flores.

—¡Hola amigos! Desde hace días os escucho y me acompañáis. Yo sé que vosotros conocéis bien el invierno, pero yo nunca he visto la nieve y he decidido esperar a que llegue. Me han dicho que es preciosa...

—Sí, es muy bonita, pero para ti podría ser peligrosa. Si te cae mucha nieve encima tu tallo se puede romper. Además te tapará y no podrás ver el sol, y sin el sol morirás. ¿Verdad?

—Sí, creo que sí. Por eso tengo miedo. Por un lado estoy deseando verla y por otro lado no deseo que llegue...

Los pájaros sintieron lástima de la pobre margarita y se pusieron a pensar cómo podían ayudarla.

La pequeña margarita seguía tiritando de frío aunque menos que antes, porque el helecho la protegía del viento y el musgo rodeaba su pequeño tallo, como si fuera una alfombra.

De pronto, muy cerca de donde estaba, un montón de tierra salió volando por los aires y la margarita gritó de miedo.

—¿Quién anda ahí? —preguntó asustada.

Y justo delante de ella una pequeña nariz asomó desde un agujero.

—Soy el topo, y tú, ¿quién eres?

—Soy la margarita.

—¿Y tú qué haces por aquí? Tenías que estar dormida.

—¿Y tú? Menudo susto me has dado.

—Lo siento, pero cuando veas un montoncito de tierra sabrás que soy yo y no te volverás a asustar. ¿De acuerdo?

La margarita iba de sorpresa en sorpresa. ¡Cuántas cosas pasaban en el otoño!

Una tarde, el cielo se cubrió de un extraño color gris plomizo y enseguida empezaron a caer copos de nieve.

La margarita se quedó inmóvil contemplando las estrellitas blancas que caían del cielo.

El helecho gritó:

—¡Es la nieve! ¡Es la nieve!

Y en ese momento supo que su sueño se había cumplido.

Todos los pájaros del jardín, gorriones, herrerillos, petirrojos, mirlos, incluso las urracas, se acercaron a ella y le taparon con sus alas abiertas, dejándole un huequecito por donde la margarita pudo ver cómo se cubría de blanco todo el jardín.

—Ahora duerme, Margarita —le dijeron todos—. En la primavera, cuando despiertes, podrás contar a todas tus amigas cómo es la nieve, pero ahora duerme, duerme...

La margarita ya no sintió miedo, cerró los ojos llenos de imágenes blancas, se tumbó suavemente sobre el lecho que el musgo le había preparado y se quedó dormida.

Reflexiones:

- ¿Por qué la margarita no quiere dormirse como las demás flores?
- ¿Crees que no le daba miedo nada?
- Ella tenía un gran deseo y era capaz de pasar miedo con tal de conseguirlo. ¿Tú harías lo mismo?
- A veces sentimos miedo ante lo desconocido ¿Has sentido esto alguna vez?
- Los pájaros se compadecen de la flor y le protegen cuando llega la nieve ¿tú qué habrías hecho para ayudarle?
- Puedes dibujar a la margarita o una escena del cuento.
- Puedes continuar el cuento o cambiar el final.

¿Cuánto cuesta el valor?

Laura era una niña que tenía miedo a los gatos, a los perros y a otros animales. También tenía miedo al fuego y no se atrevía ni a encender una cerilla porque pensaba que se podía quemar. No podía soportar la oscuridad y dormía siempre con una pequeña luz encendida cerca de su mesilla.

Cuando sus padres se iban a cenar a casa de unos amigos, ella se quedaba llorando pensando que le podían secuestrar a pesar de que Ester, la canguro, cuidaba muy bien de ella.

Si veía una película donde aparecieran vampiros o monstruos no dormía imaginándose que esa noche vendrían a por ella, y a la mañana siguiente estaba muy cansada en el colegio.

Sus padres no sabían qué hacer con ella y le decían:

—Desde luego Laura, no tienes ni un gramo de valor. Si tuvieras más valor no serías tan miedosa...

Ella callaba, bajaba la cabeza y pensaba que no tenía la culpa. El mundo era un lugar lleno de peligros y amenazas en el que había demasiadas cosas a las que tener miedo.

Una tarde estaba viendo la televisión cuando le llamó la atención un anuncio que decía:

“Venga a vernos; nosotros solucionaremos todos sus problemas. Si necesita comprar algo, nosotros se lo proporcionamos al mejor precio”.

Y Laura pensó: “Bueno, a lo mejor me pueden ayudar también a mí.”

Cogió su mochila y se fue a buscar la dirección que aparecía en el anuncio. No fue fácil encontrarla y tuvo que preguntar a tres peatones y a un guardia porque la calle no era muy conocida. Por fin llegó al lugar indicado y le empezó a entrar miedo.

Parada delante del portal se preguntaba a sí misma:

“¿Y si me secuestran? ¿Y si es todo un engaño? ¿Y si no tienen lo que busco?”

El portero que le observaba desde el portal le dijo:

—Entre señorita, está usted en su casa. ¿Qué es lo que desea?

—¿Son ustedes los que se anuncian en televisión diciendo que solucionan todos los problemas?

—Sí, por supuesto, y no hay nadie que ofrezca lo que nosotros ofrecemos, y al mejor precio. No tenemos competencia. ¿Qué es lo que desea, señorita?

—Quiero comprar valor, más o menos un kilo de valor. Mis padres me dicen que no tengo ni un gramo y creo que voy a necesitar bastante porque tengo muchos miedos.

Laura contesto sin titubear. Ese era su principal problema y era mejor no andarse con rodeos: si expresaba con claridad el problema, le darían rápidamente la solución; eso pensaba.

El portero, sin inmutarse le contesto:

—Suba al primer piso, vaya hasta el final del pasillo y llame a la puerta número 11 que está al fondo a la izquierda. Allí la atenderán.

Laura subió con decisión las escaleras, pero cuando vio aquel pasillo tan largo y tan oscuro comenzó a temblar de arriba abajo. Sin embargo, estaba decidida a conseguir el valor costara lo que costara y eso fue lo que le ayudó a caminar hasta llegar a la puerta indicada. Llamó pero nadie contestó. Llamó más fuerte y entonces oyó una vocecita que le decía:

—Pase, pase, adelante.

Empujó la puerta y al entrar no pudo reprimir un grito: allí, en el fondo de la habitación, un extraño y monstruoso ser estaba sentado detrás de una gran mesa. A pesar del susto se acercó:

—¿Qué desea señorita?

—Quiero comprar mucho valor, un kilo más o menos, contestó Laura, con voz temblorosa.

—¿Y para qué necesita tanto valor? —preguntó el extraño ser.

—Para vencer mis miedos, que son muchos.

—Bien, ha venido al sitio adecuado, pero para comprar tanto valor tendrá que pagar un alto precio. ¿Tiene mucho dinero o está dispuesta a ganárselo?

—No tengo mucho dinero, señor, pero estoy dispuesta a ganármelo. Dígame lo que tengo que hacer para conseguir lo que he venido a buscar.

—Pues bien —dijo el extraño ser—, tendrá que ir al segundo piso y llamar a la puerta número 22. Allí le dirán lo que tiene que hacer.

Laura estaba contenta y satisfecha. Qué lista había sido al tomar la decisión de venir, y además iba a conseguir comprar mucho valor, porque era mejor que le

sobrara a que le faltara, por si aparecía algún miedo nuevo.

En eso pensaba mientras subía al segundo piso. Cuando encontró la puerta número 22 llamó.

—Pase, pase, adelante —le dijeron desde dentro.

Esta vez el que hablaba no era tan monstruoso, aunque le miraba de un modo muy extraño detrás de sus gafas. Laura le dijo:

—Me mandan del primer piso. ¿Qué tengo que hacer para comprar valor?

—¿Ve esa chimenea que hay en la pared? Aquí hace ya un poco de frío, me gustaría que encendiera el fuego. Ahí están las cerillas.

—¿Sólo eso? —preguntó Laura extrañada.

—De momento sí, pero quiero que se fije en la llama cada vez que encienda una y que me diga que colores tiene; tengo mal la vista y no puedo ver con claridad.

Laura cogió la caja de cerillas y, con cierto miedo, encendió una, pero se asustó tanto que la dejó caer y se apagó. Cogió otra, raspo sobre la caja y la sostuvo durante unos segundos antes de que se apagara. Todavía no había conseguido ver los colores de la llama. Encendió otra y ahora sí que fue capaz de observar los colores, pero no le dio tiempo a encender el fuego, así que no tuvo más remedio que volver a encender otra.

—La llama es de color rojo, naranja con un poco de azul y algo de amarillo —le dijo al señor.

—Bien, muy bien, ahora encienda la chimenea, por favor.

Laura tuvo que encender otras tres cerillas antes de observar cómo un hermoso fuego aparecía en la chimenea. El señor de la habitación 22 sonreía satisfecho.

—¿Me puede dar ahora el valor? —le preguntó Laura.

—No tan deprisa jovencita, todavía tiene que hacer algo más para comprar tanto valor: debe subir al piso tercero y llamar a la puerta número 33; allí le dirán lo que tiene que hacer.

Laura se despidió y subió con rapidez bastante animada. Ya se había acostumbrado a la oscuridad y a ese extraño lugar y además lo que le pedían hacer no era tan difícil. Cuando encontró la puerta número 33 llamó y alguien le dijo que pasara. Pero nada más abrir la puerta dio un fuerte grito y dijo con voz temblorosa:

—No puedo pasar... Hay animales sueltos por toda la habitación...

—De eso se trata, por eso le han mandado aquí. Yo no puedo moverme de esta

silla, ¿ve? Tengo problemas en las piernas. Estos animales estaban en sus jaulas porque aquí los dejaron sus dueños, pero no sé cómo se han escapado. Por eso le pido que coloque a cada animal en una jaula.

Desde la puerta Laura observó a un hombre mayor de cara bondadosa que estaba en una silla de ruedas. Quería hacer lo que le pedía pero le daba mucho miedo.

Entonces pensó en el valor que había venido a comprar y eso fue suficiente para que pasara dentro de la habitación.

Los animales comenzaron a acercarse a ella y, aunque Laura intentaba evitarlo, no sabía qué hacer. Lentamente se agachó y cogió en brazos a un pequeño cachorro. Era tan suave y tierno que parecía a su osito de peluche. El perrito se puso a lamerla y, sin darse cuenta, Laura comenzó a acariciarle. Poco a poco fue metiendo a los perros y a los gatos en sus jaulas y respiró tranquila.

—¡Por fin, he terminado! —dijo sonriente.

—Muy bien jovencita, muy bien. Y ahora dígame qué es lo que ha venido a buscar. Como está en el tercer piso supongo que ha pasado ya por el primero y el segundo, ¿no es así?

—Sí señor, en cada uno de los pisos hice lo que me pidieron porque quiero comprar un kilo de valor.

—¿Tanto valor necesita, señorita?

—Es que tengo muchos miedos... —contestó Laura bajando la cabeza.

El bondadoso anciano le pidió entonces que le acompañara a otra habitación y Laura pensó que allí le darían el valor que tanto le había costado conseguir, pero al entrar se quedó sorprendida porque estaba totalmente vacía. Solamente había un gran espejo colgado de una pared y el anciano le pidió que se colocara frente a él. Entonces le dijo:

—¿Qué ves en este espejo, pequeña?

—Me veo a mí misma, señor —contestó Laura un poco extrañada de la pregunta.

El anciano continuó:

—Fíjate bien porque esa que tú ves en el espejo tiene un montón de valor: ha venido ella sola hasta aquí, ha pasado por un largo y oscuro pasillo, se ha encontrado con un ser monstruoso, se ha enfrentado al fuego y ha sido capaz de recoger todos los animales que se habían escapado de sus jaulas. ¿Tú crees que le falta valor? Yo creo que tiene bastante...

Laura estaba perpleja, se miraba en el espejo y escuchaba al anciano, y se dio cuenta de que todo lo que decía era verdad...Ella sola había conseguido hacer todo eso. ¿Dónde se habían ido sus miedos? ¿Qué le había pasado?

—Toma jovencita, este es un pequeño recuerdo para que nunca olvides que el valor lo llevas dentro; solo es preciso que lo utilices.

Laura abrió con cuidado el pequeño cofre que el anciano le había dado y encontró dentro un papel en el que leyó:

“Llamó el Miedo a la puerta: le abrió el Valor y no encontró a nadie”

Reflexiones:

- ¿Cómo crees que se siente Laura al tener tantos miedos?
- ¿Conoces a alguien que tenga muchos miedos diferentes?
- ¿Estás de acuerdo con los padres de Laura cuando dicen que no tiene ni un gramo de valor?
- ¿Qué hubieras hecho tú para conseguir más valor?
- Si tú fueras Laura, ¿habrías hecho todo lo que le pidieron hacer a ella? ¿Qué te hubiera costado más hacer?
- ¿Cambiarías el final del cuento? ¿Qué pondrías?
- ¿Has entendido bien el significado de lo que ponía en el papel que Laura encontró dentro del cofre?
- Puedes dibujar alguna escena del cuento.
- Puedes escribir otro final o poner otras pruebas a Laura para ver si las supera.



Cuentos para vivir...

EMOCIONES



El Orgullo

Begoña Ibarrola

ORGULLO: *Es un sentimiento que se produce cuando creemos haber sido responsables, de forma directa o indirecta, de que se haya producido un resultado que se ajusta a un patrón normativo, o incluso, lo supera. También aparece cuando se recibe la aprobación de los demás por algo conseguido o por el esfuerzo realizado.*

Se puede sentir orgullo:

- *Al conseguir algo que nos ha costado mucho.*
- *Por sentirnos mejores que los demás en algo.*
- *De lo que sabemos o somos capaces de hacer.*
- *Por haber superado las dificultades.*
- *Al recibir aprobación y elogios de personas importantes para nosotros.*
- *Cuando ayudamos a alguien.*
- *Por haber contribuido al triunfo o al éxito de un equipo.*
- *Cuando se descubren las inteligencias y talentos que tenemos cada uno.*
- *Etc...*

La hojita presumida

La hojita Perifolia seguía en el árbol sin pensar que sus hermanas, las otras hojas, le estaban indicando el camino que pronto iba a seguir. No se daba cuenta de que el otoño había llegado y, la muy presumida, se despedía de las otras hojas pensando que ella, la hoja más bonita del árbol, seguiría en su rama para dar la bienvenida al invierno.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritaba Perifolia mientras caía del árbol empujada por un fresco viento de otoño.

—¡Socorro, me mueeeeroooooo!

Suavemente se posó en la tierra y, después de estar un rato atontada, empezó a sentir cosquillas.

—¡Bienvenida a la tierra! —escuchó.

—¿Quién eres? No veo nada.

—No te preocupes, poco a poco te acostumbrarás a la oscuridad... Soy el escarabajo, ¿quieres que te presente a otros amigos que hay por aquí?

—Creía que estaba muerta —dijo la hoja Perifolia—, no pensé que también yo me caería del árbol como las demás...

—Es otoño —le explico el escarabajo—, las hojas de algunos árboles se caen y nos sirven de manta durante el invierno, así que muchas gracias. Ahora te voy a presentar a tus compañeros del otoño y del invierno: la mariquita, la lombriz, el ciempiés, el narciso, el jacinto...

La hojita Perifolia estaba más preocupada de que todos supieran quién era ella que de saber el nombre de los demás, así que interrumpió las presentaciones del escarabajo:

—Hola a todos, soy una hoja del castaño de ahí arriba y me llamo Perifolia. He visto mucho mundo y sé muchas cosas, por eso no me podéis engañar: esos dos no son Narciso y Jacinto. Ellos son amigos míos y sus preciosas flores adornan el jardín, no se parecen en nada a esas feas cebolletas.

—¡Ah, querida Perifolia! —le dijo el ciempiés, que era muy sabio—. ¡Cuántas cosas tienes que aprender! Esas “cebolletas”, como tú las llamas, están ahora dormidas, pero cuando el sol comience a calentar, crecerán, saldrán al exterior y sus

maravillosas flores de colores serán la envidia de todo el jardín. No las desprecies por su apariencia.

La hojita Perifolia se quedó callada, no sabía qué pensar, quizás debajo de la tierra fuera todo diferente.

Terminó el otoño, llegó el invierno con frío y nieve, y la hojita ya se había adaptado a ese nuevo lugar, oscuro y húmedo, y se lo pasaba muy bien con sus nuevos amigos.

Un buen día le empezó a entrar sueño, mucho sueño, y según se iba durmiendo oyó dos vocecitas, que le decían:

—¡Adiós, Perifolia, nos veremos pronto en el país del sol!

Llegó la primavera y la hojita empezó a desperezarse...

—¿Dónde estoy? Uy, ¡cuánta luz! ¡Y qué brisa más suave...! ¡Qué bien me siento!...pero... ¡Si estoy en mi castaño otra vez!

Sus hermanas le dieron la bienvenida, muy contentas de estar juntas de nuevo en su hermoso castaño que estrenaba pequeñas hojas verdes y brillantes.

A medida que iba creciendo, Perifolia se sentía más bonita y miraba el horizonte, satisfecha de poder ver tantas cosas desde lo alto del árbol, pero de vez en cuando, oía unas voces que le llamaban desde abajo:

—¡Perifolia, hojita Perifolia, somos nosotros!

Y aunque a ella le gustaba mirar al sol, un día por curiosidad, decidió mirar hacia abajo, y entonces vio a Jacinto y a Narciso. ¡Estaban preciosos!

—Mira nuestros colores, mira que guapos somos. ¿Recuerdas cuando estábamos bajo la tierra y parecíamos cebolletas? Queremos darte las gracias por servirnos de mantita en el invierno.

La hojita Perifolia se puso colorada de vergüenza, y entonces se dio cuenta de muchas cosas a la vez.

A partir de ese día Perifolia aprendió a ser una hoja de castaño como las demás, sin sentirse superior a sus hermanas.

Ahora tiene muchos amigos: unos, en el país del sol durante la primavera y el verano. Y cuando llega el otoño, se deja llevar por el viento hasta el suelo para encontrarse de nuevo con sus amigos de la tierra.

Reflexiones:

- ¿Por qué Perifolia se siente deferente a las otras hojas?
- ¿Conoces a alguien que se sienta diferente a los demás?
- Si tú fueras una hoja ¿qué te gustaría más: estar en el árbol en primavera y verano, o estar en el suelo en el otoño y en el invierno?
- Perifolia no reconoce a sus amigos Narciso y Jacinto cuando son bulbos. ¿Cómo crees que se sentirán al llamarles “cebolletas”?
- ¿Cuándo siente vergüenza Perifolia y por qué?
- Puedes escribir o decirle a alguien que escriba por ti un nuevo final para este cuento. También puedes cambiar alguna parte del cuento.
- Puedes dibujar a la hojita presumida o a sus amigos del otoño o de la primavera.

El vendedor ambulante

Juanjo estaba muy contento porque había llegado el verano y, al no haber escuela, podía ir con su padre de pueblo en pueblo, vendiendo mil cosas.

En la furgoneta en la que los dos viajaban había esta vez quesos de vaca, de oveja y de cabra, chorizos, jamones, latas de conserva, botellas de vino, piezas de tela, hilos, botones, y un montón de cosas más que, seguramente, necesitarían por aquellos pueblos.

Por supuesto, la furgoneta llevaba un altavoz que anunciaba su llegada:

—¡Ya está aquí su tienda ambulante! ¡Tengo de todo lo que necesitan y se admiten encargos! —gritaba una y otra vez.

Lo que más le gustaba a Juanjo era hablar por el altavoz y, a veces, su padre le dejaba.

El primer pueblo en el que pararon no era muy grande pero siempre vendían mucho porque, como estaba muy alejado de otros pueblos donde había tiendas, solían necesitar de todo.

Juanjo también se ocupaba de anotar los encargos y contar bien el dinero de cada venta antes de apuntarlo en un cuaderno.

—Para el próximo mes me trae unas tijeras grandes de cortar tela, porque este invierno me haré un poco de ropa —le decía una vecina.

—No se le olvide la caja de botellas de vino para la boda —le decía otro.

—Quiero encargar otro queso como el que compré el mes pasado, que salió muy bueno —le pedía una joven.

Juanjo se sentía muy orgulloso de poder ayudar a su padre, y su padre, Agustín, se sentía muy orgulloso de Juanjo porque sumaba estupendamente, daba muy bien las vueltas y apuntaba los encargos de forma muy ordenada, cada uno con el nombre de la persona que hacía el pedido.

Cuando volvían de nuevo a la carretera, Juanjo era el encargado de nombrar los pueblos por los que iban pasando de modo que, al final del verano, se sabía el recorrido casi de memoria.

Un día su padre le preguntó:

—Juanjo ¿qué te gustaría ser de mayor?

Y Juanjo contesto sin vacilar:

—Vendedor ambulante como tú, papá.

A su padre le extrañó su respuesta y le volvió a preguntar:

—¿Estás seguro que no quieres ser algo más en la vida? Yo me dedico a esto porque no pude estudiar. En casa éramos muchos y mis padres no podían permitírselo. Tuve que empezar a trabajar muy joven y solo fui a la escuela para aprender a leer, escribir y hacer cuentas. Ahora ya ves que las cuentas te salen mejor a ti que a mí. Pero tú vas al colegio y según Don Marcelino eres buen estudiante, aprendes rápido y con facilidad. ¿No te gustaría aprender algún oficio?

Juanjo no entendía por qué su padre no le había escuchado y seguía preguntando lo mismo, así que repitió con voz más fuerte:

—Papa, quiero ser vendedor ambulante, no quiero estudiar ningún oficio.

—Pero hijo, si tu madre viviera estaría orgullosa de verte aprender un oficio y sacar un título.

Los dos callaron, como siempre que se mencionaba a su madre porque se sentían muy tristes al recordarla. Había muerto en un accidente hacía ya dos años pero seguían hablando de ella a menudo

Después de un rato, Juanjo rompió el silencio:

—Papá, recuerdo que un día mamá me dijo que lo más importante en la vida no era tener un título sino estar siempre aprendiendo. También me dijo que debía trabajar en algo que me hiciera feliz. Y yo me siento feliz ahora, ayudándote a vender, y además aprendo mucho en cada viaje...

—Juanjo —contestó su padre—, cuando tengas unos años más, te cansarás de la furgoneta, de la carretera, incluso de mí, estoy seguro. Ya verás...

La conversación se interrumpió porque llegaban a otro pequeño pueblo y Juanjo tenía que hablar por el altavoz.

—¡Ya está aquí su tienda ambulante! ¡Tenemos todo lo que necesitan...!

Esta vez vendieron menos que en el pueblo anterior pero hicieron más encargos, así que, cuando se pusieron de nuevo en marcha, los dos estaban muy contentos.

Juanjo se había quedado con una duda y preguntó a su padre:

—Papá, ¿no te sientes orgulloso de lo que haces?

Agustín tardó en contestar porque no se esperaba esa pregunta.

—Mira hijo, yo no me siento avergonzado de ser vendedor, porque soy honrado,

ayudo a la gente trayendo lo que necesitan y vivo de mi trabajo, pero tanto como sentirme orgulloso...creo que no. No me siento orgulloso de ser solo un vendedor ambulante.

—Pues yo me siento orgulloso de ti y también de poder ayudarte en el trabajo — contestó Juanjo.

Su padre sonrió y le pellizcó en el cuello. Se alegraba de saber lo que su hijo sentía; quizás, pensó, ser vendedor ambulante no estaba mal del todo.

Su mujer tenía razón: lo importante era ser feliz y él se sentía feliz así, yendo de pueblo en pueblo, libre de horarios y siendo su propio jefe.

Y, sonriendo a su hijo, le dijo:

—Pensándolo mejor, creo que tu madre tenía razón. Cuando seas mayor dedícate a lo que tú quieras, estudia realmente lo que te gusta y esfuérzate en ello, pero si quieres dedicarte a lo mismo que yo ¡estupendo! Yo te ayudaré en lo que pueda, menos en las cuentas, claro...

Los dos rieron juntos y la furgoneta se convirtió de nuevo en su hogar por unas horas.

Reflexiones:

- ¿Cómo se sentía Juanjo ayudando a su padre a vender?
- ¿Cómo se sentía el padre de Juanjo?
- ¿Alguna vez te ha dicho alguien que se siente orgulloso de ti? ¿Cuándo? ¿Por qué?
- ¿Te sientes orgulloso por algo?
- Si fueras Juanjo, ¿a ti también te gustaría ayudar a tu padre o a tu madre?
- ¿Por qué crees que Agustín no se siente orgulloso de su trabajo?
- Puedes cambiar alguna parte del cuento o continuarlo.
- Puedes también dibujar alguna escena del cuento o a sus protagonistas.

Algo pasa en las Pléyades

Si por la noche miras al cielo verás un montón de estrellas. Algunas forman familias y se llaman constelaciones.

Esta es una historia que tiene por protagonista a la constelación de las Pléyades, formada por muchas estrellas entre las que destacan siete.

Electra era una de esas estrellas a la que no le gustaba brillar lo mismo que las demás. Quería ser especial, destacar de alguna manera, y estaba un poco enfadada con su situación.

Sus otras seis hermanas le decían:

—Electra, debes de sentirte orgullosa de pertenecer a las Pléyades. Nosotras formamos parte de una constelación muy importante en el universo. Todas las demás estrellas nos conocen y respetan, incluso los planetas y el mismísimo sol.

Pero la estrella Electra quería brillar tanto como la estrella más brillante del universo y, además, quería salir la primera. No estaba de acuerdo para nada con el papel que le habían adjudicado.

Hartas ya de escuchar sus quejas, sus hermanas le dijeron que presentara una reclamación en la Oficina de Organización Estelar.

Electra no se lo pensó dos veces y se presentó en la Oficina.

—¿Quién es el jefe aquí?

—Soy yo —contestó un personaje muy luminoso que estaba detrás de un mostrador—. ¿Qué deseas?

—Quiero presentar una reclamación: no quiero seguir con mis compañeras de las Pléyades. Quiero estar yo sola en el firmamento, brillar más y que se me vea bien desde cualquier lugar del universo.

El Organizador Estelar movió la cabeza de un lado a otro y le dijo:

—Eso no es posible, Electra. En el universo hay un orden y cada estrella ocupa el lugar que le corresponde. Cada planeta, cada sol, cada galaxia, todos tienen su sitio y cada uno cumple una función. Si tú te vas, las Pléyades no serían lo mismo.

Pero Electra era muy tozuda y contestó:

—Está bien, seguiré en las Pléyades, pero quiero brillar más que las demás.

—Pues eso sí te lo puedo conceder, pero aumentar tu brillo dependerá de ti, no de

mí.

—¿Qué tengo que hacer? —le preguntó Electra impaciente.

—Solo tienes que ser más útil a tus compañeras de las Pléyades.

—¿Y qué tengo que hacer para ser más útil?

—No te puedo contestar yo. Pregúntaselo a tus hermanas y ellas te lo dirán —le contestó el Organizador Estelar.

Electra se fue un poco más contenta porque, aunque se quedara en su constelación, podría brillar más que las demás y ese era su objetivo.

Se dirigió a sus hermanas y les preguntó:

—¿Cómo puedo ser de más utilidad para vosotras?

Sus hermanas se miraron extrañadas. ¿Le pasará algo? —pensaron—. ¿Estará enferma? No era una pregunta muy normal viniendo de ella...

—¿Por qué nos lo preguntas?

—El Organizador Estelar me ha dicho que si consigo ser de más utilidad para vosotras, podré brillar mucho más —contestó Electra.

Las estrellas se miraron entre sí. ¡Con que era eso lo que pasaba...!

—Está bien —le dijeron—; si quieres ser de más utilidad para nosotras puedes empezar aprendiendo cómo funciona el universo, cuál es la misión de los soles, de los planetas y de las estrellas. Estudia a fondo la historia de las Pléyades y, cuando sepas todo esto, seguiremos hablando.

Electra comenzó con ilusión a estudiar todo lo que le habían dicho sus hermanas. Visitó galaxias, soles, planetas, estrellas...

Y a medida que aprendía cómo funcionaba todo, entendió cómo nacían las estrellas y cómo morían, y también se dio cuenta de que, cuanto más sabia era una estrella, más brillaba para alumbrar a las demás.

Comprendió también la función que tenía cada uno de los astros y se sintió orgullosa de pertenecer a las Pléyades, sobre todo cuando se enteró que eran observadas con atención desde numerosos puntos del universo.

Después de comentar con sus hermanas sus descubrimientos les hizo una pregunta:

—¿Cómo puede ser que todo lo que aprenda sea de utilidad para vosotras? Creo más bien que lo que voy aprendiendo sólo es útil para mí, pues me doy cuenta de muchas cosas que antes no entendía.

Sus seis hermanas formaron un círculo a su alrededor y cada una le dio su opinión:

—Lo primero que puedes hacer para ayudarnos es querer seguir con nosotras. Como sabes, somos un equipo y sin ti no podemos cumplir nuestra tarea —así habló su hermana, la estrella Astérope.

—Lo segundo que puedes hacer para ser más útil, es estar contenta con lo que haces, estar feliz, pues así nos ayudas a nosotras a estar contentas —le dijo su hermana, la estrella Maya.

—En tercer lugar, valorar lo que cada una de nosotras aporta. Sabes que somos diferentes, tenemos diferentes habilidades y no debemos compararnos. Eso me ayudaría mucho —comentó la estrella Taygeta.

—Pues a mí me encantaría que me contaras todo lo que has visto y oído en tu viaje. Yo no he podido viajar y conocer tanto como tú, y estaría encantada de escucharte —le dijo la estrella Celeno.

—Además puedes ser de mucha utilidad si aportas tus ideas para mejorar nuestra función en el Cosmos. Seguro que se te ocurren cosas interesantes —dijo Mérope, su otra hermana.

—A mí me toca hablar la última —dijo su hermana Alción—. Y, ¿sabes cuál es mi opinión? Creo que puedes ser útil aportando tu brillo especial, que no es ni mayor ni menor que el de otras estrellas. Tú ya tenías un precioso brillo pero no lo sabías porque estabas más preocupada en compararte con las demás. Tu orgullo no te dejaba ver con claridad. Ahora ya puedes verlo.

Desde la Tierra, un grupo de pastores que cuidaban sus rebaños, levantaron los ojos al cielo asombrados al contemplar un espectacular brillo en la constelación de las Pléyades.

No sabían que la estrella Electra había crecido. Se había convertido en una estrella más sabia y humilde y, como consecuencia, las siete cabritillas, como ellos las llamaban, brillaban de aquella forma tan especial.

Reflexiones:

- ¿Por qué quería Electra brillar más que las demás?
- ¿Cómo se sentirían sus otras hermanas de las Pléyades?
- Si tú fueras una estrella, ¿te gustaría estar sola o acompañada? ¿Por qué?
- ¿Te parece bien lo que le dijo el Organizador Estelar?
- Cuando Electra aprendió todo lo que le dijeron sus hermanas, cambio su actitud y no quiso separarse de ellas. ¿Sabes por qué?
- ¿Te has dado cuenta de que Electra brilló más cuando dejó de compararse y descubrió que su brillo era único y especial?
- Puedes cambiar una parte del cuento, imaginando qué hubiera pasado si se separa de sus hermanas.
- También puedes ilustrar este cuento con tus dibujos.

Pirindicuela

Pirindicuela estaba muy orgullosa de ser la libélula más bonita de todo el río pues había conseguido el título de Miss Libélula en el concurso anual.

Volaba y volaba por encima del río mostrando a todos sus preciosas alas de color azul plateado con manchitas verdes que habían admirado los miembros del jurado.

Cuando se cansó de volar, se posó sobre una hoja de nenúfar y entonces vio que el castor Serafín se acercaba nadando.

Sacó la cabeza del agua y le dijo:

—No sé qué tienes tú que no tengan las otras libélulas.

—Mírame bien —y Pirindicuela hizo unas cuantas piruetas a su alrededor para que le admirara.

—Pues yo te veo igual que las otras.

—No es verdad. Mis alas son más brillantes y su color azul metalizado con esas motitas verdes es muy original; mis antenas son finas y estilizadas; mi cuerpo está bien proporcionado y mi cara es preciosa. Según dijo el jurado: “No hay en el río libélula más bonita que yo”.

El castor Serafín se tumbo boca arriba y pensó: “¡Qué se habrá creído esta minúscula libélula! ¡Pensar que es la más hermosa!”

Después de un breve descanso, Pirindicuela comenzó de nuevo su vuelo de exhibición y la rana Catalina le preguntó, llena de curiosidad:

—Oye, Pirindicuela, he oído que has ganado un concurso de belleza. ¿Para qué sirven los concursos? Entre las ranas no existen.

—Sirven para demostrar a las otras libélulas que yo soy la más guapa.

—¿Y por qué necesitas demostrarlo?

—Para que todo el mundo lo sepa, por si no se habían dado cuenta antes —contestó con arrogancia.

—Pues a mí las libélulas me parecéis unas criaturas preciosas y delicadas, ágiles y elegantes, pero no veo mucha diferencia entre tú y tus compañeras.

—Porque no eres buena observadora —le respondió ofendida Pirindicuela.

—Puede ser, pero entre las ranas no necesitamos compararnos o sentir que somos

unas más guapas que otras. Sabemos que todas somos distintas, cantamos de forma diferente, tenemos un nombre diferente y nos gustan cosas diferentes.

—Qué raras sois las ranas y los castores; ellos, por lo visto, tampoco necesitan concursos...

Mientras hablaba con la rana se dio cuenta de que alguien escuchaba la conversación y voló en dirección a la orilla para descubrir quién era.

Y entonces vio a un pequeño gnomo que, sentado sobre una piedra, la miraba con atención.

—Pirindicuela, te estaba escuchando y quiero hacerte unas preguntas.

—Muy bien, pero dime, ¿te parezco hermosa? —y voló a su alrededor para que la viera.

El gnomo no le contestó, le parecía que no era el momento adecuado para darle la razón ni para llevarle la contraria.

—Pirindicuela, ¿quién crees que es el animal más inteligente del río?

—El castor Serafín, sin duda, construye su casa con palitos y ramas; no sé cómo lo hace, pero le queda maravillosa.

—Pirindicuela, ¿quién crees que es el animal que mejor canta del río?

—La rana Catalina, sin duda; al atardecer me gusta escuchar sus canciones, tiene un repertorio de lo más variado y su voz es preciosa.

—Pirindicuela, ¿quién es el animal que nada más rápido?

—Los pequeños peces plateados, por supuesto; los estás mirando y, de repente, desaparecen de tu vista en un abrir y cerrar de ojos.

—Pirindicuela, y de todos los animales que hay en el río, ¿quién te parece más hermoso?

—Me gusta mucho el martín pescador, sus colores son preciosos y vuela con mucha gracia.

—¿Y el animal más útil?

Pirindicuela se quedó callada; no encontraba una respuesta pues nunca se había preguntado qué utilidad tenía cada uno de los animales que vivían en el río.

—Piensa, Pirindicuela, cada uno de los animales del río cumple una función; si alguno desaparece el río ya no será el mismo, todos sirven para algo diferente. Ninguno se compara con otro, cada uno sabe qué es lo que tiene que hacer y lo hace, sabiendo que todas las tareas son importantes. Cada uno tiene su belleza y cada uno

tiene su nombre. Por cierto, el tuyo, Pirindicuela, es muy original y suena muy bien. Tú eres única. Entonces, ¿por qué necesitas ser la más guapa? A mí me pareces una criatura preciosa, pero no veo la necesidad de presentarte a un concurso donde otras libélulas se quedarán tristes, si tú ya lo sabes.

Pirindicuela se quedó pensando, nadie le había dicho esas cosas, nadie le había hecho esas preguntas...

—¿De veras te gusto?

—Sí; de ti me gustan unas cosas, de la rana Catalina me gustan otras, del castor Serafín, otras, y del Martín pescador, otras. Bueno, ahora me voy a dar un paseo, adiós.

—Adiós gnomo. Por cierto, ¿cuál es tu nombre? Tú también me pareces muy guapo, ¿sabes?

—Me llaman Diminuto —respondió mientras se alejaba.

A Pirindicuela le pareció un nombre adecuado para él porque el gnomo era muy pequeño. “Pequeño en estatura pero grande en sabiduría”, pensó.

La libélula Pirindicuela levantó el vuelo para darse un paseo a lo largo y ancho del río, pero ya no buscaba despertar admiración; ahora sólo quería visitar a sus amigos y vecinos, observar al castor, escuchar a las ranas y volar junto al precioso martín pescador.

Reflexiones:

- ¿Tú sabes por qué Pirindicuela se presentó a un concurso de belleza?
- Ella se comparaba con las demás. ¿Tú te comparas con los demás?
- Cada uno de los animales del río hace mejor una cosa. ¿Te acuerdas de qué cosa hacía mejor cada uno?
- Si tú fueras el gnomo, ¿qué le hubieras dicho?
- ¿Qué le hubiera pasado a Pirindicuela si el gnomo no le ayuda a pensar? ¿Crees que hubiera tenido amigos en el río? ¿Por qué?
- Puedes pintar a Pirindicuela o a alguno de los personajes del cuento.
- También puedes terminar el cuento de otra manera. Busca otro final o inventa otra historia cuya protagonista sea Pirindicuela.

Lago de montaña

Alrededor de una hoguera, los miembros de una tribu de los indios Pueblo, danzaban contentos por haber conseguido caza suficiente como para alimentarse durante todo el invierno. La carne de los búfalos sería su comida y con las pieles podían hacer ropas que les darían el calor necesario cuando llegara el frío.

Pero no todos estaban alegres. Nube Azul no bailaba y, sentado en una piedra, miraba hacia el infinito haciéndose preguntas:

—¿Por qué tienen que morir los búfalos para que nosotros podamos vivir?

No comprendía las razones que le habían dado sus mayores cuando les había hecho esta pregunta. Pero su mente seguía inquieta.

—¿Por qué vivimos como si fuéramos mendigos? ¿Por qué se ríen de nuestra religión y nuestras danzas?

Hacía tiempo que el hombre blanco decidía lo que era mejor para ellos, pero las historias de su tribu hablaban de otro tiempo en el que pertenecer a la tribu de los indios Pueblo, era motivo de orgullo.

Su padre, Lago de Montaña, al verle solo y pensativo, se acercó a él y le preguntó:

—¿Qué te pasa Nube Azul? ¿Por qué no danzas con los demás?

—No estoy contento y no tengo ganas de bailar.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó su padre un poco preocupado.

—Hay muchas cosas que no entiendo. Me gustaría saber por qué estamos en una reserva; parecemos esclavos y no lo somos. A veces me avergüenzo de ser indio. ¿Has visto, padre, cómo nos miran los blancos cuando vienen de visita?

—Nube Azul, creo que debes sentirte orgulloso de pertenecer a esta tribu. Nosotros somos un pueblo que vive en el techo del mundo, somos hijos del sol y le ayudamos diariamente a nacer y a recorrer el cielo. No lo hacemos solo por nosotros sino para todo el mundo. ¿No lo entiendes? Tenemos una gran misión y debemos sentirnos orgullosos.

—Pero padre, eso no es cierto. Los blancos se ríen de nosotros cuando les cuentas esta historia.

—Estas equivocado, hijo. No todos los blancos se ríen, no todos son iguales. Yo

tengo un gran amigo que se llama Carl. Nos conocimos hace unos años y seguimos en contacto a través de cartas. Él nos respeta y admira.

—¿Y tú crees que debo sentirme orgulloso de pertenecer a nuestra tribu solo porque ayudamos a nacer al sol? —preguntó Nube Azul a su padre.

—¿Te parece que no es suficientemente importante? Piensa que nada puede existir sin el sol. Pero por si esto te parece poco, te diré que nosotros vivimos en armonía con nuestra madre la Tierra, cogemos de ella sólo lo que necesitamos, le damos diariamente las gracias y la cuidamos, por eso debes sentirte orgulloso.

Nube Azul no estaba del todo convencido, y continuó preguntando a su padre:

—Pero padre, nosotros no tenemos nada, solo nuestras casas de adobe, ni siquiera la tierra donde estamos es nuestra...

Su padre se levantó y para terminar la conversación, le dijo:

—Hijo, piensa con el corazón, no con la cabeza, como hacen los blancos.

Lago de Montaña se alejó, dejando a Nube Azul intranquilo. Le parecía que las palabras no debían ser demasiadas cuando en la mente del joven había tanta confusión.

Nube Azul pasó un tiempo repitiendo las últimas palabras de su padre, intentando descubrir su significado.

Esa noche no lo entendió pero al día siguiente se levantó temprano y observó lo que hacían los miembros de la tribu al amanecer.

Allí, en la colina más alta, todos cantaban mientras dirigían sus brazos al frente en dirección al este. De repente la gran bola dorada apareció en el horizonte y todas las personas del grupo fueron levantando los brazos mientras el sol se elevaba lentamente: estaban ayudando a nacer al sol.

Su pueblo, solo su pueblo tenía esta sagrada misión, y se sintió orgulloso de pertenecer a su tribu.

Siguió observando, a las mujeres, a los hombres, cómo sembraban, cómo cazaban, cómo hablaban con la madre Tierra, con qué respeto la trataban, y se sintió orgulloso de pertenecer a su tribu.

Día a día Nube Azul fue comprendiendo lo que su padre le había dicho aquella noche y empezó a darse cuenta de sus sentimientos y comenzó a observar sus pensamientos. Y por fin un día entendió lo que significaba “pensar con el corazón”.

A menudo veía a su padre, Lago de Montaña, escribiendo a su amigo Carl Gustav y

a veces le dejaba leer las cartas. En esta última le decía:

“Carl, el hombre blanco está loco porque piensa con la cabeza. Nosotros pensamos con el corazón. Yo creo, sin embargo, que tú piensas como un indio”.

Afectuosamente,

Lago de Montaña

Reflexiones:

- ¿Cómo se siente Nube Azul?
- Casi todo el mundo canta y baila, pero él no quiere divertirse. ¿Te ha pasado eso a ti en alguna ocasión?
- ¿Qué cosas le preocupaban a Nube Azul?
- ¿Por qué no se sentía orgulloso de pertenecer a su tribu?
- Nube Azul, después de observar cómo se comporta su tribu y lo que hace, se siente también orgulloso. ¿Por qué?
- Su padre le da algunos motivos para sentirse orgulloso. ¿Qué te parece lo que le dice?
- ¿Qué significa para ti “pensar con el corazón”?
- Si tú fueras un indio, ¿te sentirías orgulloso de ello?
- ¿Qué diferencias hay entre tú y Nube Azul?
- Puedes ahora cambiar alguna parte del cuento o el final, añadiendo lo que tú te imagines.
- Puedes también dibujar a Nube Azul o a su padre Lago de Montaña.



Cuentos para vivir...

EMOCIONES



La Envidia y los Celos

Begoña Ibarrola

ENVIDIA-CELOS: *Es una emoción que surge al desear conseguir o tener lo que otra persona tiene o ha conseguido. Sentir celos es una emoción compleja, caracterizada por el miedo a perder o ver reducido el afecto de un ser querido, por la aparición de otra persona. Suele ir acompañada de envidia y/o resentimiento hacia esa persona.*

Se puede sentir envidia o celos:

- *Del hermano que acaba de nacer.*
- *Por no tener algo que una persona valora y otro sí tiene.*
- *De alguien que triunfa.*
- *De lo que saben hacer otras personas.*
- *De la apariencia física de otros.*
- *Al sentir que otros reciben más cariño y atenciones.*
- *Cuando alguien consigue metas que yo no consigo.*
- *Etc...*

Las dos coronas

Ya me ha despertado otra vez!
Alicia estaba harta de no poder dormir de un tirón toda la noche desde el día en que mamá volvió del hospital con Tulio.

“¿Por qué mis padres me han traído un hermanito? Mis amigas no tienen este problema: Carolina es la pequeña de tres hermanos, Sandra es hija única, como era yo hasta que llegó este renacuajo...”, pensaba Alicia mientras intentaba volverse a dormir.

Sus amigas la veían en la escuela de mal humor y le preguntaban el motivo, pero no podían entenderla, sólo ella tenía un hermanito nuevo y, ¿cómo les iba a explicar todo lo que sentía si ni siquiera ella misma lo sabía?

—No me pasa nada —les decía—, es que no he dormido bien porque el renacuajo se ha puesto a llorar como un desesperado.

—¿Quieres que juguemos a las mamás?

—¡Noooooo! —contestaba enfadada, y se iba a un rincón del patio.

Pasaban los días y Alicia cada vez tenía más manía a Tulio, pero su madre estaba tan ocupada con el bebé, que no se daba cuenta de su mal humor. Sin embargo su padre sintió que algo le pasaba y una noche fue a su cuarto, como de costumbre, a leerle un cuento.

—¿Quieres que te cuenta un cuento muy bonito? Es de una mamá...

—¡Noooo! —respondió Alicia gritando.

—Huy, huy huy... creo que estas muy enfadada —le dijo su padre dándole un beso. ¿Quieres contarme qué te pasa? Venga... mi reina...

Aquellas palabras le gustaron mucho y Alicia se animó a hablar.

—¿De verdad sigo siendo tu reina? —le preguntó.

—Pues claro que sí; ¿por qué ibas a dejar de serlo? Mira tu corona, la que te hice por tu cumpleaños... —le contestó señalando una preciosa corona dorada que colgaba de la pared.

—¿Y Tulio...? ¿No es Tulio el rey de la casa? Mamá se lo dijo el otro día...

—Bueno, Tulio es muy pequeño y no puede ser un rey, ahora sólo es un príncipe y, por supuesto, no puede llevar corona.

—Papá no me gusta que esté Tulio en casa, mamá se pasa todo el tiempo cuidándole y casi no puedo hablar con ella —le dijo Alicia lloriqueando.

—Si te parece podemos hablar con mamá, pero piensa que tu hermanito acaba de nacer y necesita mucha atención, no puede hacer nada sólo y se tiene que acostumbrar a vivir con nosotros.

Alicia se sentía mejor al poder contar lo que sentía y, sobre todo, porque papá le escuchaba y eso era muy importante para ella.

—¿Sabes lo que me pasó a mí cuando mamá vino del hospital contigo? —le preguntó su padre—. Los primeros días fueron terribles, no podía dormir, te despertabas a cada rato porque eras muy tragona. Y yo estaba de mal humor porque tenía mucho sueño y me levantaba temprano cada mañana para ir al trabajo.

—Eso me pasa a mí, por eso estoy enfadada.

—Ya lo sé mi vida, pero ten paciencia, dentro de unos días volverás a dormir bien. mamá y yo nos encargaremos de que Tulio duerma mejor y llores menos, ya verás.

—Papá, entonces, ¿no te alegraste cuando yo nací? —Alicia se había quedado preocupada.

—Claro que me alegré, hija, me hizo mucha ilusión que tú nacieras porque estaba deseando ver tu cara y tenerte entre mis brazos... pero estuve un poco raro durante unos días, eso nos pasa a todos los papás. Piensa que es un cambio muy grande. Antes vivíamos mamá y yo solos y, de repente, apareciste tú, pero pronto me acostumbré y me alegré muchísimo de tenerte junto a mí.

—Papá, ¿y si Tulio quiere mi corona?

—Yo te prometo que tú siempre, siempre, serás mi reina y esta corona será sólo, sólo tuya. Ahora procura dormir Ali, ya nos ocuparemos de que Tulio no te despierte.

Me quedé dormida con mi corona puesta pensando en lo que me había dicho papá... yo era su reina... Tulio sólo un príncipe...Ahora estaba más tranquila.

Pasaron unos días y resultó ser verdad lo que papá me prometió aquella noche, porque Tulio ya dormía más y además empezaba a sonreírme cuando me asomaba a su cuna. Yo le decía:

—¡Hola, pequeño príncipe!

Y él me miraba con los ojos muy abiertos y hacía sonidos muy graciosos como si intentara contestar.

Mamá me pidió que le ayudara y me sentí orgullosa de poder hacerlo.

—Ali, bonita, ¿me traes la toalla, por favor?

—Ali, ¿quieres ayudarme a bañar a Tulio?

Y desde entonces, cuando mis amigas Carolina y Sandra me preguntaban:

—¿Quieres jugar a las mamás?

Yo contestaba:

—¡Siiiiiiiiii! —y era la que mejor lo hacía de las tres porque sólo yo tenía un hermanito.

Un día, estábamos en clase haciendo trabajos manuales y el profesor nos preguntó:

—¿Qué preferís hacer? Podéis elegir entre sombreros, gorras o coronas.

Yo no lo dudé ni un momento.

—¡Yo corona, profe...!

Y le hice una para Tulio, para que así nunca me quitara la mía.

Reflexiones:

- ¿Cómo crees que se siente Alicia desde que tiene un nuevo hermanito?
- ¿Por qué sus amigas no la pueden comprender?
- ¿Qué le dice su padre para ayudarla?
- Alicia se siente mucho mejor al contar lo que le pasa. Cuando tú tienes un problema, ¿se lo cuentas a alguien? ¿A quién?
- Si tienes algún hermano más pequeño, ¿cómo te sentiste cuando nació?
- Si Alicia fuera tu amiga, ¿qué cosas le dirías para ayudarla?
- Si pudieras, ¿te gustaría ser más pequeño? ¿De cuántos años? ¿Por qué?
- Puedes dibujar alguna escena del cuento o a la protagonista o al bebé.
- También puedes cambiar alguna parte del cuento o añadir algo que se te ocurra.

La leyenda de Arturus

Érase una vez un anillo de oro que tenía en el centro una piedra preciosa donde estaba tallada un águila azul.

El anillo estaba en el dedo índice de una mano y los otros dedos le tenían envidia por llevar el anillo. Si uno se acercaba mucho, se les oía discutir todo el día.

La mano formaba parte de un brazo delgado pero fuerte que pertenecía al cuerpo de un muchacho que se llamaba Darío. Su padre le había regalado este anillo, que perteneció a su abuelo, en su último cumpleaños.

Darío envidiaba a otros jóvenes de su edad con fuertes músculos y mucho más altos que él. Le hubiera gustado tener tiempo para ir a un gimnasio, pero entre los estudios y los ensayos no le quedaba tiempo libre.

A Darío le gustaba mucho la música y tocaba la batería en un grupo que habían formado unos cuantos amigos. A menudo les llamaban para tocar en las fiestas de los pueblos. Sus compañeros de grupo musical envidiaban a Darío por la forma tan rápida que tenía de aprender las nuevas canciones del repertorio y le decían:

—¿Qué pasa, Darío, has nacido con la batería debajo del brazo?

Él no contestaba y sonreía, pero sentía envidia de cómo Álvaro, uno del grupo, tocaba la guitarra eléctrica. Él había intentado aprender pero no se le daba bien.

Vivía con sus padres en un piso de una urbanización a las afueras de una gran ciudad, donde su padre trabajaba. A él le hubiera gustado vivir en un chalet, para tener un espacio propio donde ensayar sin molestar a nadie, y pensaba:

“Algún día, cuando tenga dinero, me compraré un gran chalet y montaré un estudio de música en el garaje, bien equipado, para grabar mis propias composiciones, y compraré la batería más cara del mercado”.

Cuando iba a casa de su amigo Roberto, le envidiaba por vivir en un chalet de dos plantas con piscina.

La ciudad estaba rodeada de urbanizaciones y pueblos que crecían cada día más y más porque cada vez menos gente aguantaba vivir en el centro por la contaminación y el ruido.

Pero la ciudad añoraba el tiempo pasado, cuando sólo era un pueblo dónde los niños jugaban en la calle y los ancianos podían pasear tranquilamente. Envidiaba a

los pueblos de alrededor, con su plaza, sus farolas, sus bancos, su parque, su ayuntamiento y su iglesia. Con sus casas alrededor de la plaza y una fuente, donde todos podían beber porque el agua llegaba directamente del manantial.

Y decía:

—¡Ya no aguanto más!, como sigan entrando coches y más coches, un día enfermo, no podré respirar y todos mis habitantes enfermarán conmigo. ¿Por qué no se irá la gente a otro sitio? Con la de espacios vacíos que tiene que haber en unos kilómetros...

Lo que no sabía era que muchos pueblos le envidiaban a ella por ser una ciudad tan importante.

La ciudad pertenecía a un país muy grande, que tenía muchas ciudades, muchos pueblos, mucho campo, muchos ríos, muchas montañas, incluso lagos y mares.

Y ese país envidiaba el de al lado porque, según él, tenía montañas más altas y las personas que querían escalar se iban allí a practicar su deporte favorito. Además, el país de al lado, tenía muchos bosques donde crecían frutas silvestres, moras, frambuesas, arándanos... y con ellos hacían una mermelada tan rica que muchas personas pasaban la frontera sólo para comprarla.

El país de las montañas y mermeladas envidiaba a su vecino, porque tenía mucho sol y grandes playas donde sus habitantes se bañaban durante el verano. Mucha gente se iba de este país a pasar allí las vacaciones.

Estos dos países estaban rodeados de otros muchos países y de grandes mares, y todos juntos pertenecían a un planeta.

Pero este planeta estaba cansado del trato que le daban sus habitantes, de cómo usaban sus recursos, creyendo que estos eran de su propiedad, y se estaba poniendo enfermo porque sus aguas cada vez estaban más contaminadas, el aire más irrespirable y el suelo más empobrecido.

El planeta formaba parte de un sistema solar donde vivían otros planetas, y cuando alguno de ellos pasaba cerca le decía lo que le envidiaba por estar poco poblado o por tener habitantes que le cuidaban y le trataban con cariño y respeto.

El planeta giraba alrededor de un sol que le envidiaba por no tener tantas obligaciones como él. Como era un sol, tenía que ocuparse de todos los planetas que se encontraban en su órbita.

Todos juntos formaban parte de una galaxia que a su vez se relacionaba con otras

galaxias y que tenían envidia unas de otras. Unas se envidiaban por el número de estrellas y planetas que contenían, otras envidiaban el lugar que ocupaban en el universo y casi ninguna estaba contenta con sus soles y planetas.

Pero, ¿sabéis por qué había tanta envidia en las galaxias, en los soles, en los planetas, en los países, en las ciudades, en los pueblos, en los amigos de Darío, en Darío y en los dedos de su mano?

Porque un malvado mago llamado Molok había esparcido por todo el universo unas semillas que provocaban el miedo, el rencor y la envidia. Por su culpa nadie estaba contento ocupando su lugar, y la luz brillaba cada día menos, incluso en algunos lugares reinaba la oscuridad.

Pero, como ocurre casi siempre, un día apareció por el horizonte otro mago llamado Arturus y, entristecido por lo que pasaba, lanzó al universo otras semillas cargadas de gozo, amor y reconocimiento. Y al contacto con ellas todo el universo se llenó de alegría, luz y paz.

Cuando estas semillas llegaron a las galaxias, a los soles, a los planetas, a los países, a las ciudades, a los pueblos, a los amigos de Darío, a Darío y a los dedos de su mano, cada uno se sintió feliz de ser quien era, cada uno reconoció cuál era su propósito, cuál era la tarea que debía cumplir y jamás volvieron a sentir envidia unos de otros.

Cuenta la leyenda que desde ese día Arturus, en premio por su noble acción y por haber traído la paz a todo el Universo, se convirtió en una estrella muy brillante que aún se puede ver de noche cuando llega la primavera.

Reflexiones:

- ¿Qué siente Darío y por qué?
- ¿Alguna vez has sentido envidia de alguien? ¿Por qué?
- ¿Por qué quería Darío ser mayor y tener dinero?
- ¿Alguien te ha dicho alguna vez que tenía envidia de ti? ¿Por qué?
- ¿Cuál es la parte del cuento que más te ha sorprendido?
- Si pudieras hablar con tu planeta la Tierra, ¿qué le dirías?
- ¿Qué te parece lo que hizo el mago Molok?
- ¿Qué te parece lo que hizo el mago Arturus?
- Puedes pintar alguna escena del cuento o a los protagonistas.
- También puedes cambiar el cuento añadiendo lo que tú quieras, lo que tú te imagines.

Encuentro en las pirámides

Sentado encima de un muro no muy alto, Abdul observaba un nuevo grupo de turistas que bajaban del autocar para contemplar de cerca las pirámides.

Cada vez que aparecía un nuevo autocar se preguntaba por qué venía tanta gente de tantos sitios diferentes a ver estas montañas de piedra. No entendía muy bien qué atractivo tenían, aunque se lo habían explicado mil veces sus padres.

Entre los turistas pudo distinguir a una niña vestida de exploradora que se quedó emocionada y con la boca abierta ante esta magnífica visión.

—¡Qué bonitas, papá ! ¡Son más grandes de lo que me imaginaba!

Carla había esperado con ilusión que se hiciera realidad el regalo de su padre en su noveno cumpleaños: un viaje a Egipto. Desde pequeña le había fascinado el mundo de los faraones, las momias, las pirámides, y ahora las tenía justo enfrente. ¡Era fantástico!

Abdul se acercó a la niña y le dijo:

—¿Quieres comprarme algún recuerdo? Son auténticos amuletos antiguos...

—No gracias, ahora no, acabamos de llegar y nos queda mucho que andar todavía. ¿Vives aquí? —le preguntó ella.

—Sí, vivo en esa casa de ahí, mis padres tienen una tienda de recuerdos para turistas.

—¡Qué envidia! Puedes contemplar todos los días las pirámides. ¡Menuda suerte!

—¿Suerte? —le contestó Abdul un poco enfadado. A mí me gustaría viajar por ahí como tú y ver otras cosas.

No podía comprenderlo. Ella, desde bien pequeña, soñaba con ver las pirámides y este niño, que había crecido entre ellas, no les daba ninguna importancia.

—Bueno, lo siento, tengo que marcharme, el guía va a empezar la explicación y no quiero perderme nada. Adiós —le dijo la niña.

—Hasta pronto, espero volver a verte. Me llamo Abdul.

—Adiós Abdul, yo me llamo Carla y vengo de Italia, me voy corriendo que mi padre me llama.

Abdul se subió de nuevo al muro pensativo: qué envidia, seguro que tiene una casa grande, muchos juguetes y mucha ropa. Si yo pudiera vivir en Italia...

—¡Abdul! Baja de ahí.

La voz de su madre interrumpió sus pensamientos y el chico bajó con la agilidad que le daba el haber crecido entre aquellas piedras.

Carla escuchaba maravillada lo que estaba contando el guía. De vez en cuando hacía preguntas a su padre y se quedaba muy pensativa al escuchar sus respuestas.

Aquéel día Carla lo pasó estupendamente aunque se cansó bastante porque hacía mucho calor y ella no estaba acostumbrada a andar tanto.

A menudo se acordaba de su madre y envidiaba a Abdul, que vivía con su padre y con su madre. Ella no tenía tanta suerte, su madre había muerto cuando era muy pequeña y, a pesar del tiempo, la echaba de menos. ¡Cuántas cosas le gustaría contarle!

Ahora se cumplía uno de sus sueños, pero sabía que otros nunca llegarían a cumplirse; por eso a veces estaba contenta y otras veces, triste.

“Si yo fuera Abdul sería feliz, viviendo aquí, cerca de las pirámides, buscando tesoros después de ir a la escuela y enseñándoselos a mi madre. Seguro que conoce gente de todas las partes del mundo.” Esos fueron sus últimos pensamientos antes de caer rendida de cansancio y dormirse en su bonita cama del hotel.

A esa misma hora, en una casa humilde junto a las pirámides, Abdul pensaba con envidia en Carla: ¿Cómo sería Italia?, ¿cómo sería su casa?, ¿por qué había viajado sola con su padre?... no llegaron las respuestas pero sí llegó el sueño, que terminó con todas sus preguntas.

Reflexiones:

- ¿Por qué Carla envidia a Abdul?
- Si pudieras elegir, ¿quién te gustaría ser, Carla o Abdul?
- ¿Cómo te sientes cuando alguien te envidia por algo que tienes?
- ¿Tus amigos tienen algo que a ti te gustaría tener?
- ¿Qué le dirías a Abdul si pudieras hablar con él?
- ¿Qué cosas le dirías a Carla?
- ¿Estas contento en el lugar donde vives y con las personas que vives?
- ¿Te imaginas cómo se sienten las personas cuando tienen que abandonar el país en el que vivían a gusto?
- Puedes cambiar el final del cuento o alguna parte del mismo
- Puedes también dibujar alguna escena del cuento; por ejemplo a Carla y las pirámides de Egipto, a Abdul, a Carla con su padre, etc.

Yo soy el mayor

Genaro era un sapo que vivía junto a sus padres y hermanos pequeños en una bonita charca cerca de un pueblo. Le gustaba mucho saltar entre los juncos y lanzarse al agua desde cualquier piedra. Cada día que pasaba podía dar saltos más grandes y miraba, con una sonrisa burlona, cómo sus hermanos intentaban imitarle sin conseguirlo, por supuesto.

Genaro pertenecía a una familia de sapos muy especiales porque su especie se estaba extinguiendo y quedaban ya muy pocos. Por eso, los niños del pueblo les respetaban y no se les ocurría hacerles ninguna barbaridad, de modo que su vida era bastante tranquila.

Sin embargo Genaro no estaba contento. Pensaba que sus padres hacían más caso a sus dos hermanos pequeños. Además, cuando venía la familia de visita, casi siempre traían regalos para ellos y a él le decían:

—Como tú ya eres mayor, no necesitas juguetes ni chucherías.

“Yo no tengo la culpa de haber nacido el primero”, se decía a sí mismo mientras miraba el agua pensativo.

Genaro comprendía que sus padres tuvieran que dedicar más tiempo a cuidar de sus hermanos porque eran muy revoltosos y no sabían hacer nada solos, pero no le parecía justo que le hicieran tan poco caso. Se sentía abandonado y empezó a desear ser más pequeño.

Pero él no sabía que alguien escuchaba sus pensamientos.

—Hola Genaro —le dijo una voz desde los juncos—, soy el mago Sapiondo; ¿te han hablado tus padres de mí?

Genaro se asustó al oír su nombre y al no reconocer aquella voz, pero enseguida vio cómo salía de los juncos un gran sapo muy diferente a ellos, que llevaba entre sus patas un bastón brillante, como si fuera de oro, y un extraño gorro en su cabeza.

—No sé quién eres, nunca me han hablado de ti —respondió Genaro sorprendido.

—Soy el mago Sapiondo y cuido de vosotros desde hace mucho, mucho tiempo. He conocido a tus antepasados y he de decirte que sois de un linaje muy especial, por desgracia, a punto de extinguirse. Como soy un mago, puedo oír tus pensamientos y quiero hablar contigo.

—¿Y para qué quieres hablar conmigo? —le preguntó Genaro.

—Tus pensamientos me dicen que tienes un poco de envidia de tus hermanos pequeños. ¿Me equivoco?

—Tienes razón, me gustaría ser más pequeño para que mis padres me presten más atención. Ser el mayor no es nada bueno, te lo aseguro.

—Pues yo puedo hacer que se cumplan tus deseos: si te toco en la cabeza con esta varita mágica, podrás volver a ser pequeño; ¿esto es lo que realmente quieres?

—Sí, eso es lo que quiero —contestó Genaro entusiasmado.

—Está bien, cierra los ojos y repite tres veces: quiero ser pequeño, quiero ser pequeño, quiero ser pequeño...

Cuando Genaro abrió los ojos se quedó con la boca abierta. El mago había desaparecido, los juncos que le rodeaban eran altísimos, la charca era enorme y, como no vio a sus padres por allí, comenzó a sentir miedo.

—¡Papá, mamá!, ¿dónde estáis? —gritó muy asustado.

Pero nadie le contestó.

Entonces decidió salir de entre los juncos para meterse en la charca a nadar. Sólo llevaba unos minutos en el agua, cuando una garza se abalanzó sobre él con su enorme pico abierto y estuvo a punto de comérselo.

Genaro se asustó muchísimo y buscó un sitio donde esconderse, sin darse cuenta de que una nutria nadaba hacia él a toda velocidad. Menos mal que sabía saltar muy bien... y volvió a salvarse.

Todo el cuerpo le temblaba, su miedo iba en aumento, pero decidió nadar y nadar hasta que llegó, por fin, a un lugar de la charca que conocía bien.

Genaro vio entonces a lo lejos a sus padres y hermanos que tomaban el sol en unas piedras y se tranquilizó. Se acercó muy contento a ellos y les dijo:

—Hola, menos mal que os encuentro, por fin estoy a salvo.

Pero ellos no le hicieron ni caso.

—¡Soy Genaro! —gritó—. ¿Es que no me reconocéis?

—Tú no eres Genaro, a mí no me engañas —contestó su madre—. Genaro es mi hijo mayor, es grande y fuerte, y tú eres un sapo minúsculo. ¿Por qué quieres hacerte pasar por él?

—Mamá, soy yo. Ahora soy pequeño porque el mago Sapiondo me ha hecho pequeño, muy pequeño, como yo quería —contestó Genaro a punto de llorar.

Su padre se acercó a mirarlo de cerca y después de dar una vuelta a su alrededor, le dijo:

—Realmente te pareces a Genaro, pero no eres como él. Él es mi hijo mayor, y es muy valiente y tú, ¡mírate, estás temblando de miedo! No, tú no eres mi Genaro. Además, ¿por qué iba a querer ser más pequeño?

—Papá, quería ser más pequeño para que me hicierais más caso... dijo entre suspiros.

Genaro comenzó a llorar al darse cuenta de que no le reconocían, mientras sus padres y hermanos le dieron la espalda y se alejaron sin entender nada. ¿Qué podía hacer?

Triste y cabizbajo comenzó a andar sin rumbo fijo, mirando de vez en cuando hacia atrás por ver si venían a buscarle, pero llegó la noche y se encontró sólo, completamente sólo. Recordaba a su familia, quería estar con ellos, quería ser otra vez mayor...

—Hola Genaro —el mago Sapiondo apareció de repente—, he oído tus pensamientos y vengo a hablar contigo.

Él le dijo:

—Por favor, mago Sapiondo, haz que vuelva a ser mayor. Mis padres no me reconocen al verme tan pequeño y he pasado momentos muy peligrosos. Tengo mucho miedo...

—Está bien Genaro, pero piensa que si vuelves a ser mayor, todo volverá a ser como antes. Si te toco en la cabeza con esta varita mágica volverás a ser mayor. ¿Esto es lo que realmente quieres?

—Sí, eso es lo que quiero.

—Está bien, cierra los ojos y repite: quiero volver a ser mayor, quiero volver a ser mayor, quiero volver a ser mayor...

Cuando Genaro abrió los ojos, oyó las voces de sus padres y hermanos que le llamaban.

—¡ Genaro! ¡Genaro! ¿Dónde estáááás?

—¡Estoy aquííííííííí! —gritó con todas sus fuerzas— y se dirigió dando saltos hacía ellos.

Sus padres y hermanos le abrazaron muy fuerte y todos lloraron emocionados por volver a encontrarse.

—Hijo mío, ¿dónde has estado? Cuando llegó la noche y vimos que no volvías a casa, empezamos a buscarte por todas partes. Estábamos muy preocupados por ti. ¿Dónde estabas? ¿Qué te ha pasado?

Genaro les contó la historia desde el principio hasta el final y entonces su padre le dijo:

—Hijo, ten cuidado con lo que desees. Ya sabes que el mago Sapiendo puede hacer realidad tus deseos. Yo te quiero como eres. ¡Piensa en todos los años que han tenido que pasar hasta hacerte mayor! Ser mayor tiene también sus ventajas, ¿no crees?

Su padre se rio pero su madre, muy seria, le miró a los ojos y le dijo:

—Hijo mío, tu padre y yo te queremos muchísimo, no debes pensar que queremos más a tus hermanos porque estamos más tiempo con ellos. Cuando tú eras muy pequeñito, toda nuestra atención era para ti, pero ahora ellos son los pequeños y por eso nos necesitan tanto. Sin embargo, sólo tú eres el mayor y estamos orgullosos de ti.

Genaro abrazó a sus padres y volvieron todos juntos a su charca para seguir disfrutando de su tranquila vida.

Reflexiones:

- ¿Cómo se siente Genaro al principio del cuento?
- ¿Cómo se siente Genaro al final del cuento?
- ¿Qué deseos le concede el mago Sapiondo?
- ¿Por qué crees que Genaro quiere ser más pequeño?
- ¿Por qué luego quiere volver a ser mayor?
- Ponte en el lugar de Genaro y piensa en todos los años que han pasado desde que naciste. ¿Estas contento de tener estos años?
- Si tú pudieras ahora mismo pedir un deseo al mago Sapiondo, ¿qué le pedirías?
- Puedes dibujar lo que tú quieras en este espacio o escribir un final diferente o añadir algo que se te ocurra.

Itziar quiere ser un abeto

Era Navidad y en el salón de casa llamaba la atención un gran abeto, decorado con bolas de colores, espumillón, angelitos colgando de sus ramas y otros objetos navideños con los que solíamos decorar el árbol.

Sólo faltaban unos días para celebrar una cena a la que solía asistir gran parte de mi familia y yo estaba deseando que me dieran las vacaciones en el colegio.

Justo el día antes de Navidad nevó durante bastante tiempo y las calles se pusieron blancas y peligrosas; si no andabas con cuidado te podías resbalar y caer. A mí eso no me importaba pero a mamá sí, de modo que ese día sólo me dejó salir un rato para tirar bolas de nieve a mis amigos.

Cuando entraba en el salón veía aquel árbol y me preguntaba:

—¿Qué sentirá estando en el centro de la casa y viendo cómo le miran todos?
¡Menuda suerte tiene!

Cada vez que lo miraba, tan enorme y majestuoso, vestido de fiesta y rodeado de admiraciones y halagos, pensaba lo mismo.

Todas las visitas decían:

—¡Qué abeto tan precioso!

A mí no me parecía justo que le dedicaran tanta atención. Al fin y al cabo solo era un árbol, estaría en el salón más o menos un mes y luego papá lo donaría a un vivero para que lo trasplantaran al monte, su verdadera hogar.

Un día estaba cerca del abeto leyendo un cuento, cuando de pronto, una rama me hizo cosquillas en la oreja. Di un respingo y me separé un poco del árbol.

Pero, cuando estaba más concentrada en la lectura, volví a sentir que alguien me hacía cosquillas. Esta vez mire hacia arriba y, para mi sorpresa, vi que en el abeto aparecían ojos, boca, brazos, incluso nariz...

Me quede petrificada, sin saber si era real o estaba soñando, pero entonces oí que me decía:

—Itziar, sé lo que piensas. Tú crees que yo recibo más atención que tú y que soy más importante porque estoy en medio del salón y todos se fijan en mí, ¿verdad?

Continué sin decir nada y miré a mi alrededor por si alguien más estaba oyendo lo mismo que yo. Pero no había nadie en ese momento, estaba yo sola, y él siguió

hablando:

—Itziar, ¿quieres decirme qué te pasa?

Como nadie me veía, decidí hablar con él. Pensé que a lo mejor era un árbol mágico que me podía conceder deseos... como en el cuento que estaba leyendo, y decidí contestarle.

—Me parece injusto que te presten tanta atención. Sólo eres un árbol y estarás con nosotros muy poco tiempo, pero yo vivo aquí, ¿sabes? Soy de esta familia, no me han comprado, como a ti, y esta es mi casa.

—Por eso me prestan atención —contestó el árbol—; porque no estoy siempre. ¿Has visto como ya nadie mira el reloj de pared que compraron tus padres el año pasado? Se ha convertido en algo familiar, pero si un día alguien lo robara, si desapareciera... ¿no crees que lo echaríais en falta?

El ejemplo que había puesto era muy bueno porque, en efecto, nadie de la familia hacía caso ya del reloj. En cambio el año pasado, cuando lo compraron, cada vez que íbamos al salón, lo mirábamos con admiración. Por eso le contesté:

—Sí, claro que sí, pero yo no soy un objeto; soy una persona. En esta casa todos tienen muchas cosas que hacer, todos entran y salen muy deprisa y parece que nadie se fije en mí.

—Te propongo un juego —me dijo el árbol—. Si quieres, durante un día te dejo mi lugar. Yo te puedo convertir en abeto y tú me dejas ser una niña, estoy deseando saber lo que haces en el colegio; ¿qué te parece?

Me pareció una idea genial, sobre todo porque ese día había un examen y no me apetecía ir.

—¡De acuerdo! —le respondí entusiasmada.

Y en un abrir y cerrar de ojos me encontré convertida en árbol. ¡Qué emocionante!

Durante un tiempo estuve sola pero, poco a poco, empezaron a llegar mis padres y hermanos. Todos me decían:

—¡Que preciosidad! —yo me sentía muy orgullosa.

—Estoy deseando verlo iluminado —dijo mi hermano pequeño; y mamá, por darle gusto, encendió las bombillas.

Nadie sabe el calor que pasé y el mareo que me entró porque eran lucecitas intermitentes, aunque me gustaba que dijeran piropos como el de la vecina:

—Este es el árbol de Navidad más bonito que he visto en mi vida. ¿Puedo hacerle

una foto?

Y me dieron ganas de estornudar para asustarla. ¡Qué divertido!

Pero pronto empecé a cansarme de estar tan quieta. No me podía mover, ni jugar ni correr, ni podía hablar por teléfono con mis amigas y contarles lo que me estaba pasando. ¿Cuánto tiempo quedaría para terminar el día?

Mamá pensaba que yo estaba en el colegio así que no me echó en falta.

Después de comer llamó a una amiga y le dijo lo siguiente:

—¡Hola Mari!, quiero preguntarte algo: ¿tú crees que Itziar tiene algún problema? La veo últimamente más seria y quizás es que no le presto suficiente atención, ya sabes, a lo mejor tiene celos de su hermano, como es tan pequeño me exige mucho tiempo, y encima con los preparativos de Navidad apenas tengo tiempo para hablar con ella.

No sé lo que le contestó pero mamá le dio las gracias por el consejo y terminó diciendo:

—Si supiera lo que le queremos, no tendría envidia de su hermano ni de nadie. Haré lo que me dices; adiós Mari. Y colgó el teléfono.

En ese momento me hubiera gustado ser Itziar, echarme en sus brazos y decirle que yo también la quería, pero era un abeto y no podía hacer ni decir nada.

Se me hizo eterna la tarde y estaba deseando que llegara el momento de volver a ser yo.

Por fin llegó el abeto convertido en mí. Venía con cara de cansancio y mamá le dijo:

—¿Estás bien, Itziar?

—Sí mamá, voy a descansar un rato, ha sido un día terrible...

En cuanto mamá se fue, el abeto me dijo:

—No puedo más, estoy agotado, todo el día haciendo cosas, todo el día con gente a mi alrededor. Tus amigas no paran de hablar aunque son encantadoras. Encima he tenido que hacer un examen y no sé cómo me habrá salido...

Yo le dije que también estaba cansada de estar allí de pie todo el día, sin poder moverme ni decir nada, pero él me preguntó:

—¿Has recibido muchos piropos? ¿Se han fijado en ti?

—Pues sí, y me he sentido importante, pero estoy cansada de ser un árbol de Navidad; la verdad es que prefiero ser Itziar.

—Yo también prefiero ser un abeto —contestó él—. Y con su magia me devolvió de nuevo a mi ser.

Salí corriendo para encontrar a mamá y me lancé a sus brazos diciéndole:

—Te quiero mamá, pero me gustaría hablar más contigo o hacer algo juntas. No me gusta ser invisible.

—¿Qué te pasa, Itziar? ¿Por qué me dices esto? Sabes que yo te quiero mucho —me respondió abrazándome—. Por cierto, tengo una sorpresa para ti: he pensado que te gustaría ir conmigo a comprar ropa, para ti y para mí. ¿Qué te parece? Tú y yo solas...

Me guiñó un ojo y yo me puse muy contenta. Era la primera vez que íbamos juntas a comprarme ropa, pues solía hacerlo ella sin tener en cuenta mis gustos.

Cuando pasé por el salón le guiñé un ojo al abeto; realmente era un árbol mágico porque había hecho realidad uno de mis mayores deseos.

Reflexiones:

- ¿Hay alguna parte del cuento que te haya gustado más? ¿Cuál?
- ¿Por qué Itziar quiere dejar de ser niña?
- ¿Te ha pasado a ti algo parecido alguna vez?
- A veces, en casa o en el colegio hacen caso a unos más que a otros. ¿Lo has notado tú?
- ¿Sientes en algún momento que eres invisible?
- ¿Hubieras hecho tú el intercambio que hizo Itziar?
- Ser persona en lugar de abeto tiene sus ventajas. ¿Cuáles son?
- ¿Qué hace la mamá de Itziar para que se ponga contenta y se dé cuenta de que la quiere?
- Puedes cambiar alguna parte del cuento y pintar alguna escena.



Cuentos para vivir...

EMOCIONES



La Confianza en uno mismo

Begoña Ibarrola

CONFIANZA EN UNO MISMO: *Sentimiento del propio valor y la capacidad. Supone creer en lo que uno hace, sabiendo identificar tanto las fortalezas como las debilidades pero centrando la atención en lo que uno es capaz de hacer.*

- *Se puede sentir confianza en uno mismo:*
- *Después de haber superado obstáculos o dificultades.*
- *Al escuchar las valoraciones positivas de los demás.*
- *Cuando nos salen bien las cosas que hacemos.*
- *Cuando los demás nos demuestran su confianza.*
- *Al sentir que somos importantes para las personas que nos quieren.*
- *Después de cometer un error o equivocación y salir airoso.*
- *Cuando tenemos una adecuada autoestima.*
- *Etc...*

El príncipe que perdió la memoria

Se cuenta que había una vez un reino en un lugar de la Tierra que muy pocos conocían y al que era muy difícil llegar al encontrarse en la cima de una montaña muy alta, la más alta de todas las montañas.

Cierto día, el rey llamó a uno de sus hijos y le dijo:

—Hijo, siguiendo la tradición de nuestro reino, tienes que emprender una misión muy importante. Es una prueba de valor que todos los príncipes deben llevar a cabo al cumplir tu edad, con el fin de prepararte para ocupar algún día mi trono.

El príncipe escuchó con atención a su padre:

—Debes rescatar una maravillosa perla que está oculta en una cueva y protegida por una peligrosa serpiente en un país muy lejano. Allí tendrás que pasar desapercibido para que nadie se entere de tu misión. Para ello, cambiarás tus ropas, te adaptarás a sus costumbres y aprenderás su lengua, pero por favor, hijo mío, nunca olvides tu misión.

Prepararon al príncipe para el viaje y le facilitaron unos guías que lo acompañaron hasta los límites del lejano y desconocido país. Una vez allí, lo dejaron solo.

El príncipe, ya sin sus vestiduras de palacio, comenzó a caminar por un sendero que parecía conducir a un pueblo, y en el camino se encontró con otras personas que, tomándole por un viajero más, le dieron conversación y compartieron su comida.

La gente del pueblo les acogió generosamente, les ofreció trabajo y vivienda y, poco a poco, el príncipe se olvidó de cuál era la misión que hasta aquél país le había llevado. Pronto se acostumbró al lugar, aprendió su lengua, se adaptó a sus costumbres y acabó pareciendo un habitante más del pueblo.

Pero su padre, preocupado al no tener noticias de su hijo, envió en secreto a unos mensajeros que, a su vuelta, le informaron de su triste situación: estaba tan adaptado a las costumbres de aquel pueblo y se sentía tan a gusto, que había olvidado quien era y cuál era el objetivo de su viaje.

Después de consultar con los sabios del lugar, el rey decidió enviar a un ave mensajera para que susurrara al oído del joven príncipe unas palabras que le ayudaran a recordar.

Estaba durmiendo el príncipe cuando, sobresaltado, se despertó al oír las

siguientes palabras:

—¡Despierta, despierta, joven príncipe! Recuerda quien eres y cuál es la misión que te fue encomendada por tu padre, el rey.

El príncipe abrió los ojos pero sólo vio a un ave que alzaba el vuelo; sin embargo, al instante recobró la memoria y se dio cuenta de que estaba allí para cumplir una misión: rescatar una perla maravillosa custodiada por una temible serpiente.

Pronto averiguó donde estaba la cueva que buscaba, pero al encontrarse cara a cara con la enorme serpiente, dudó de su valor para enfrentarse a ella.

Entonces algo mágico ocurrió en su interior: sintió el poder que le otorgaba ser hijo de un rey y, a partir de ese momento, se sintió fuerte y seguro. También recordó que en su reino le habían enseñado unos encantamientos y sonidos con los cuales durmió a la gran serpiente y así pudo rescatar la maravillosa perla.

Ahora el príncipe ya había cumplido su misión y por lo tanto era ya el momento de regresar a su país. Se despojó de las vestiduras propias de aquél lugar y quiso ponerse las ropas de príncipe que había escondido en un sitio secreto, pero estas le quedaban pequeñas porque había crecido mucho desde que salió de su palacio.

Aun así decidió emprender el viaje de regreso a su país, contento por haber cumplido la misión que le había encomendado su padre, al que estaba deseando abrazar y ofrecerle la perla.

Su padre y la corte salieron a recibirle con gran alegría en las fronteras del reino y le pusieron unas nuevas vestiduras propias de un príncipe y acordes con su estatura, pues a la vista de todos estaba lo que había crecido durante su viaje a las tierras lejanas.

En la corte recibió la felicitación por haber rescatado la maravillosa perla y haber superado la prueba, y sintieron que el príncipe que regresaba era muy diferente al que había partido, no sólo por su aspecto externo sino también en su interior.

Y, según cuenta la historia, cuando llegó el momento de ocupar el trono y gobernar, lo hizo con gran sabiduría y nobleza.

Reflexiones:

- ¿Hay alguna parte del cuento que te haya gustado más? ¿Cuál?
- El rey pone a su hijo a prueba. ¿Qué hubieras hecho tú si te piden que rescates la perla?
- ¿Alguna vez te has olvidado de algo o tienes muy buena memoria?
- ¿Qué hace el príncipe cuando recobra la memoria?
- Cuando se enfrenta con la serpiente duda de su valor hasta que se da cuenta de quién es. ¿Te ha pasado a ti algo parecido alguna vez?
- ¿Cómo te has sentido después de haber solucionado un problema que te preocupaba?
- ¿Qué hubieras hecho tú para recordar al príncipe quien era y cuál era su misión?
- Puedes continuar el cuento o cambiar alguna parte del mismo. Piensa que puedes imaginar otras pruebas o buscar otros medios para ayudar al príncipe a cumplir su misión.
- También puedes dibujar al príncipe o la serpiente custodiando la perla o alguna escena que te guste.

Mi colección de piropos

Aunque recordaba la escuela del año pasado, estaba contento en mi nuevo colegio: era más grande, tenía un patio enorme donde se podía jugar a muchas cosas diferentes, además había canastas y porterías y a mí me gustaba mucho jugar al fútbol.

Mi profesor se llamaba Agustín y en la clase de 1ºB éramos veinticinco alumnos, algunos conocidos, pues habían estado en la misma escuela que yo, y otros no. Por eso, en el recreo me juntaba con Dani, María y Carlos y hablábamos mientras comíamos el bocadillo:

—Llevamos más de cuatro meses y todavía no nos han preguntado si nos gusta este colegio —comentó Carlos.

—¿Y a quién le va a importar eso?

Dani pensaba que ahora éramos alumnos de primero y a nadie le interesaba nuestra opinión.

—Ya somos mayores, nos tiene que gustar a la fuerza —comentó María.

Xabier no estaba de acuerdo, no le parecía bien que el profesor se dedicara todo el tiempo a enseñarles cosas sin hablar nunca de ellos. Recordaba que en la otra escuela todos los días hablaban de lo que les pasaba en la asamblea.

—Yo creo que don Agustín debería dedicar un rato cada día a preguntarnos cosas de nosotros y en el que nosotros también podamos hablarle a él de nuestras cosas; ¿os acordáis en la escuela lo bien que lo pasábamos en la asamblea?

—Vaya que si me acuerdo, era lo mejor del día, aunque luego venía la hora del cuento y tampoco estaba mal...—dijo María.

Acordaron proponerle la idea de tener un tiempo de asamblea.

Don Agustín les escuchó atentamente y pareció comprender lo que les pasaba a sus jóvenes alumnos.

—Está bien, yo buscaré un momento y hablaremos con toda la clase a ver qué les parece a los demás. ¿Estáis de acuerdo?

Nos sentimos muy importantes cuando la idea fue acogida con entusiasmo por todos menos por Alejandro y Darío -ellos decían que eso eran tonterías de pequeños-, pero no tuvieron más remedio que aceptarla porque la mayoría de la

clase estaba de acuerdo.

Don Agustín propuso que cada día podíamos hacer una entrevista a un alumno y así conocer más cosas de nosotros.

Al principio nadie quería salir, por eso que me ofrecí voluntario; después de todo el revuelo que había organizado, era casi mi obligación.

—Soy Xabier, podéis preguntarme lo que queráis saber de mí.

Don Agustín fue el primero en preguntar:

—A ver, Xabier, dinos cosas buenas de ti.

De repente me quedé mudo...

—Venga, hombre, cuéntanos qué cosas se te dan bien, qué cualidades tienes...

—Bueno, soy alto, tengo los ojos marrones...

Don Agustín me interrumpió:

—No, no, todos sabemos eso de ti, te estamos viendo; lo que queremos que nos digas son esas cosas que no se ven, cosas buenas de ti pero que sólo las saben las personas que te conocen bien.

—Ah, bueno, se me da muy bien el fútbol, montar en bicicleta, soy bueno con el ordenador y me gustan las matemáticas.

Todos me escuchaban y a mí me latía el corazón con fuerza.

Estaba un poco nervioso. ¿Sería eso lo que me preguntaba don Agustín? Enseguida me di cuenta de que buscaba otra cosa.

—Mirad, se me está ocurriendo una idea: os voy a dar a cada uno un trozo de papel y todos vais a poner alguna cosa que os guste de Xabier, alguna cosa positiva de él.

Repartió los papelitos y todos se pusieron a escribir; unos se lo pensaban más, en cambio otros empezaron a escribir al momento. Yo estaba en el centro de la clase y todos me miraban serios, de vez en cuando alguna risita de María me ponía todavía más nervioso.

—¿Ya habéis acabado todos? Bien, ahora podéis meterlos en esta bolsa y le vamos a pedir a Xabier que los lea, a lo mejor descubre cualidades que no sabe que tiene pero que sus compañeros valoran.

En ese momento me hubiera gustado desaparecer porque me daba vergüenza, pero no tenía más remedio que seguir adelante y empecé a leer:

—Lo que me gusta es tu sonrisa.

—Eres muy valiente.

—Me pareces muy guapo.

—Imitas muy bien al profe.

—Me gusta como ayudas a Oscar.

A medida que leía me iba poniendo cada vez más rojo, aunque también estaba emocionado, no sabía que los compañeros se fijaran en esas cosas.

—Eres muy divertido.

—Juegas muy bien al fútbol y eres el mejor portero del colegio.

—Tienes unos ojos preciosos.

—Me gustan tus pecas.

—Eres un buen amigo y sabes guardar secretos.

—Te gusta adornar lo que escribes con dibujos muy bonitos.

Y así uno tras otro, hasta que leí los veinticinco papelitos, porque don Agustín también había escrito el suyo.

Ese fue un día inolvidable para mí porque me sentí querido y apreciado por los compañeros y por el profesor, aunque yo también sabía que tenía cosas menos buenas y que a veces no era tan agradable, sobre todo cuando me enfadaba en casa.

Desde ese día empecé a fijarme en las cosas buenas de mis compañeros, pues no sabíamos quién sería el siguiente en salir al centro. Me di cuenta de lo importante que era conocernos por dentro, no solo por fuera, y me sentí orgulloso de mi colección de piropos.

Reflexiones:

- ¿En tu clase dedicáis un rato a hablar de las cosas que os preocupan?
- ¿Cómo te sentirías si nadie se interesara por ti?
- Si alguien te pide que digas cosas buenas de ti, ¿qué dirías?
- Las personas que tienes alrededor, ¿suelen decir cosas buenas de ti? ¿Te elogian o suelen decirte generalmente lo que haces mal?
- ¿Cómo te sientes cuando los demás te alaban o te dicen algo bueno de ti?
- ¿Cómo te sientes cuando los demás se fijan sólo en lo que haces mal?
- Todos tenemos cualidades diferentes. ¿Podrías decir alguna cualidad de tus padres, hermanos o amigos?
- Si te parece puedes cambiar alguna parte del cuento y escribirla en un papel.
- También puedes dibujar alguna escena que te guste.

Pequeño oso blanco

Todas las mañanas Pequeño Oso Blanco se hacía la misma pregunta al ver su cara reflejada en el lago mientras se lavaba:

—¿Por qué soy diferente a los demás?

Los otros niños se reían de él y le llamaban “anciano rostro pálido” porque sus cejas y cabellos eran blancos como los de sus abuelos, y por el color pálido de su cara que llamaba tanto la atención en una tribu de indios mapaches.

Desde pequeño sus padres notaron estas diferencias y consultaron al hechicero de la tribu, el cual les dijo que tenía una rara enfermedad que él no podía curar.

Una noche tuvo un sueño muy extraño: se encontraba en un grupo con personas diferentes todas ellas entre sí; unas tenían el pelo negro, otras rojo o blanco como el suyo; los ojos de unos eran azules, otros tenían los ojos negros, otros verdes, otros marrones; su piel también era diferente. No se parecían casi en nada, sin embargo hablaban, jugaban y se divertían juntos.

Pequeño Oso Blanco no había salido de la tribu y decidió preguntar al Gran Jefe por el significado de su sueño y si había personas distintas a ellos en otras partes de la Tierra

El gran jefe le dijo:

—Pequeño Oso Blanco, el mundo es un lugar muy grande y hay muchos tipos de animales, muchos más de los que tú conoces, muchos árboles y plantas diferentes y también muchos tipos de seres humanos, cada uno diferente a los demás pero todos con el mismo corazón. En tu sueño los veías juntos y yo espero que algún día tu sueño se haga realidad. Ese será el día en que se fijen más en lo que tenemos en común que en nuestras diferencias.

No le habló ni le explicó nada de su sueño, pero estas palabras le ayudaron a sentirse un poco más tranquilo.

Pasó muchas horas de su niñez contemplando y observando. Aprendió a jugar con los animales y aprendió a hablar con los árboles, ya que los niños no querían jugar ni hablar con él porque le tenían miedo.

Cuando cumplió los once años pidió permiso a sus padres para subir a la montaña sagrada. Era una aventura peligrosa pero sus mayores consideraron que ya estaba

preparado. En su tribu existía la costumbre de retirarse a la montaña cuando era necesario encontrar respuestas a preguntas importantes y eso era lo que Pequeño Oso Blanco buscaba.

El viaje no fue cómodo ni fácil pues la montaña era más alta de lo que podía imaginar pero, gracias a su empeño y fuerza de voluntad, consiguió llegar a la cima después de superar muchos peligros y grandes temores.

Sus antepasados solían subir allí en momentos especiales de su vida en los que necesitaban consejo y casi siempre el Gran Espíritu les había ayudado, por eso se sentó a esperar su llegada, aunque presintió que la noche en vela se le haría larga.

De pronto, vio que se acercaba volando un águila y se posó frente a él. Pequeño Oso Blanco se puso en pie de un salto.

—He venido a tu llamada —le dijo—. ¿Qué deseas de mí?

—Gran Espíritu, tú que lo sabes todo, quiero preguntarte una cosa: ¿qué puedo hacer para parecerme a los demás niños de la tribu?

—¿Y por qué quieres ser igual que ellos, Pequeño Oso Blanco?

—Me miran de una forma extraña, se ríen de mí y no me dejan jugar con ellos. Ya casi me estoy acostumbrando pero siento que todo me iría mejor si me parezco a ellos.

—Lo que pasa es que a ellos les dan miedo las personas diferentes. Es tu responsabilidad hacerles comprender que están equivocados con su actitud.

—No sé cómo hacerlo, Gran Espíritu... —le contestó Pequeño Oso Blanco.

—Sólo tienes que ser tú mismo, aunque puede parecer complicado porque no te conoces lo suficiente.

—¿Y cómo puedo conocerme mejor?

—Piensa en las cosas que te gustan y en las que no, cuenta lo que sientes y di lo que piensas, busca la manera de aportar al grupo lo que tú sabes hacer aunque también es bueno que reconozcas lo que no se te da bien. Conoce a los otros niños y piensa en qué cosas puedes compartir con ellos. Descubre cómo son y muéstrate como tú eres, seguramente os parecéis en algunas cosas; ellos lo deben saber para que vayan perdiendo el miedo y quieran conocerte. Busca ratos para estar solo y pensar, pero busca otros momentos para divertirte y aprender con los demás.

Pequeño Oso Blanco intento guardar dentro de su memoria todas las palabras que escuchó aquella noche y, dando las gracias al Gran Espíritu, descendió de la

montaña dispuesto a poner en práctica lo que le había dicho.

Todos notaron a partir de ese día qué algo había cambiado en él.

Pequeño Oso Blanco empezó a observar mejor a los otros niños, a hablar con más seguridad, y a dar su opinión sin vergüenza mientras aprendía los juegos de sus compañeros. Sentía más confianza en el mismo y eso se veía desde fuera, provocando que los demás le aceptaran mejor.

Al cabo de unos meses las cosas empezaron a cambiar: los niños le pidieron que les enseñara a hablar con los árboles y que llamara a los animales para jugar con ellos. Los niños de la tribu aprendían cosas de él y él aprendía cosas de sus compañeros.

Y poco a poco, Pequeño Oso Blanco fue convirtiéndose en el Gran Oso Blanco que llevaba en su interior, tal y como le había dicho el Gran Espíritu.

Reflexiones:

- ¿Qué sentía Pequeño Oso Blanco al ver que era diferente a los otros niños?
- ¿Crees que por tener un aspecto diferente sus compañeros no querían jugar con él?
- Una noche tuvo un sueño. ¿Tú recuerdas alguno de tus sueños?
- ¿Se han reído de ti alguna vez? ¿Recuerdas cómo te sentiste?
- Si tú hubieras sido Pequeño Oso Blanco, ¿hubieras subido a la montaña?
- ¿Crees que los consejos que le da el Gran Espíritu le van a ayudar? ¿Por qué?
- Pequeño Oso Blanco quiere parecerse a los otros niños. ¿A ti te gustaría ser igual que los demás?
- Cuando Pequeño Oso Blanco regresa de la montaña se siente más seguro de sí mismo y los demás comienzan a tratarle de otra manera. ¿Por qué crees que ya se acercan a él?
- Puedes dibujar alguna escena del cuento o añadir otro final. Tú decides.

Nadie quiere a Isabel

A mí nadie me quiere, nadie me hace caso, no sirvo para nada.”

Así pensaba yo, Isabel, una niña menuda y delgada, no muy guapa, según escuché un día a mi madre, cuando no sabía que la oía. Yo soy la tercera de cinco hermanos y esta es mi historia.

Mis padres trabajan en el campo y voy a la escuela del pueblo con mis hermanos mayores. Mi trabajo consiste en estudiar, lo primero, luego ayudar en la casa y cuidar de mi hermano pequeño que apenas tiene un año. Cuando es necesario, también voy al campo con mis padres y hermanos, a cuidar la huerta.

Como no soy la mayor, no tengo los mismos privilegios que mis hermanos: no puedo ver determinadas películas en la televisión, ni puedo ir a las fiestas de los pueblos, aunque, como tengo pocas amigas, esto no me importa demasiado.

Como no soy muy pequeña, mis padres no se ocupan tanto de mí, porque ya sé hacer muchas cosas sola.

Intento hacer las cosas bien para recibir su atención pero, por lo visto, nunca lo hago tan bien como ellos quieren.

Pero un día sucedió algo que cambio mucho mi situación.

Mi padre estaba regando una huerta muy grande en el campo, cuando el motor de sacar agua se estropeó. Los que manejaban la máquina desmontaron el motor para encontrar la avería pero, en un descuido, un tornillo se les cayó debajo del motor. Intentaron cogerlo pero no podían porque su mano era muy grande y no cabía por el agujero.

Todos los que allí estaban lo intentaron, pero el tiempo pasaba y mi padre estaba enfadado porque no podían continuar con su trabajo por culpa de la dichosa pieza.

Me acerqué y dije:

—¿Os puedo ayudar?

—Largo de aquí, mocosa —me dijeron unos.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté a mi madre.

—Isabel, no molestes, que no está el horno para bollos.

Aquella frase la solía decir mamá cuando las cosas no iban bien y mi padre se enfadaba. Cuando oía esas palabras sabía que tenía que estar lo más callada posible

o incluso desaparecer.

Sin saber por qué, mi padre me llamó:

—¡Isabel, ven aquí!

—¡Ya voy ! —le grité desde lejos.

Cuando llegué, todos se quedaron mirándome y, aunque yo no sabía para qué me había llamado mi padre, no tardé en averiguarlo:

—Isabel, ven, mira por este agujero. ¿Ves ese tornillo que está dentro? Es una pieza muy importante del motor de la bomba de agua. Ninguno de nosotros la puede coger porque nuestras manos son muy grandes. Intenta cogerla tú, a ver si puedes.

Yo miré por el agujero y vi el tornillo. Metí mi mano y la saqué sin dificultad, y os podéis imaginar lo que pasó a continuación. Fue emocionante. Todos aplaudieron y gritaron: ¡Viva Isabel! Y papá me puso encima de sus hombros y me paseó como si fuera una heroína.

—Gracias a ti podemos continuar con nuestro trabajo —dijeron unos muy contentos.

—Menos mal que lo has conseguido, si no habríamos perdido un día de trabajo —dijeron otros.

—¡Hija, estoy orgulloso de ti ! —dijo mi padre.

Nunca había oído esta frase, así que se me quedó grabada en mi memoria para toda la vida.

Todos habían admirado mi hazaña, incluso mi madre me había dado un abrazo enorme.

Ese día fue el primer día especial porque ya no pensé nunca más que era una inútil. Pero luego hubo otros, como si aquel tornillo me hubiera dado suerte.

Fue entonces, cuando sentí que me había hecho visible e importante para las personas que me rodeaban. Ahora tenía que estar atenta para hacer las cosas lo mejor posible y yo me sentía más segura porque todos esperaban algo bueno de mí.

Esta es la primera parte de mi historia, la que cuenta cómo me hice visible y cómo empecé a tener confianza en mí. A partir de ese momento ya no dije más aquellas frases: “Nadie me quiere, nadie me hace caso, no sirvo para nada”.

Reflexiones:

- ¿Qué le pasaba a Isabel? ¿Cómo crees que se sentía?
- ¿Te has sentido tú así alguna vez?
- Ella tiene hermanos mayores y pequeños, está en el medio. ¿Conoces a alguien que le pase lo mismo?
- ¿Qué hubiera sucedido si Isabel se niega a colaborar?
- Si tú fueras Isabel, ¿qué habrías hecho?
- Ella cree que es invisible para los demás, pero no es así. ¿Alguna vez te has sentido como si fueras invisible y nadie te hiciera caso?
- Gracias a ella todos pueden continuar con su trabajo. ¿Recuerdas si todo el mundo te ha aplaudido en algún momento por haber hecho algo extraordinario?
- Puedes continuar el cuento tú mismo o cambiar alguna parte por otra que tú imagines.
- También puedes dibujar alguna escena del cuento o a su protagonista.

Crisol y su estrella

Cuenta una leyenda que una vez, en un lugar llamado Tierra Cristal, vivía un pueblo que hablaba con las estrellas. Los ancianos enseñaban a los niños desde muy pequeños a comunicarse con ellas; y no era a través de las palabras, sino con el pensamiento.

A los habitantes de las estrellas no les podías hablar aunque gritaras porque estaban lejos, muy lejos, pero los pensamientos sí les llegaban, porque los pensamientos llegan lejos, muy lejos.

Cuando los niños de Tierra Cristal cumplían siete años, se hacía una gran fiesta y, entonces, pedían al niño que escogiera una estrella: esa sería su estrella, y a partir de ese día debía localizarla en el cielo, y al llegar la noche empezar a enviar mensajes a sus habitantes. Eso sí, debía hacerlo todas las noches, pues de esta manera los habitantes de aquellas estrella reconocerían el “sonido” de sus pensamientos, igual que en la Tierra Cristal reconocían a una persona por el sonido de su voz.

Crisol estaba un poco nervioso, pues esa noche le harían una gran fiesta y debería elegir su estrella y, a partir de ese momento, tenía que demostrar que ya dominaba aquello que los ancianos le habían enseñado.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó su maestro Crisferón.

—Un poco nervioso, no sé si podré hacerlo bien —contestó Crisol—. Además, no se me ocurre qué les voy a decir.

—Tienes tiempo para pensarlo, pero creo que para ser el primer día deberías presentarte, decirles tu nombre y contarles cómo eres. Te recomiendo que no te comuniques durante mucho rato. Ellos deben familiarizarse poco a poco contigo.

—Maestro, tú me has enseñado a transmitir mis pensamientos hacia las estrellas, pero no me has enseñado a recibir los suyos. ¿Cómo sabré que me han escuchado?

—Buena pregunta Crisol —contestó su maestro—. Cuando tu mensaje les llegue, enviarán una señal luminosa, como un resplandor intermitente y tu estrella brillará con una preciosa luz azulada.

—¿Y si no responden?

—Si no llega el resplandor, significará que tu mensaje no les ha llegado.

Crisol se quedó pensativo: se imaginaba a todo el pueblo reunido mirando hacia el

cielo esperando el resplandor azulado y que éste no llegaba... y no llegaba...

Su maestro Crisferón, que escuchaba sus pensamientos, sonrió y le dijo:

—Crisol, ten confianza en ti mismo. Si dudas de ti, la duda provocará una gran debilidad en tu mente y, entonces, tus pensamientos serán tan flojos que no llegarán a tu estrella. En cambio, si tienes confianza en ti mismo y no dudas de tu capacidad, tus pensamientos serán potentes, como la luz de un gran foco, y llegarán sin problemas hasta tu estrella.

Crisol comprendió que esa noche tan especial demostraría si realmente confiaba en sí mismo.

Cuando el sol se ocultó y la primera estrella apareció en el cielo, los habitantes de Tierra Cristal salieron de sus casas y se dirigieron a un lugar especial donde se celebraba la fiesta.

Crisol se había vestido con unas ropas también especiales para la ocasión. Llevaba una túnica de lino blanco que le llegaba hasta las rodillas, una cinta de color amarillo con un dibujo bordado ceñida alrededor de su frente, y, en la mano derecha, una pequeña vara de cristal de cuarzo.

A la hora indicada, su maestro, colocándose junto a él, le dijo:

—Crisol, ha llegado la hora, has cumplido siete años y te hemos preparado para este momento. Esta noche podrás elegir tu estrella y deberás enviar a sus habitantes tu primer mensaje. Sabes que las palabras no llegan hasta allí, pero sí tus pensamientos si son lo suficientemente potentes. Dinos, ¿has elegido ya cuál será tu estrella?

—Sí maestro —contestó Crisol—. Es esa —y señaló con la vara de cristal de cuarzo la estrella que había elegido.

—Muy bien Crisol, debes saber que esa estrella pertenece al sistema de Arturus. Cuando quieras puedes enviar tu mensaje.

Crisol cerró los ojos, se concentró profundamente y envió sus pensamientos hacia la estrella, repitiendo mentalmente con fuerza cada una de las palabras.

Todo el pueblo miraba hacia la estrella elegida esperando el resplandor azulado, pero la señal no llegaba. Pasó el tiempo y la señal seguía sin llegar. La gente estaba impaciente y cuchicheaba en voz baja.

Crisferón se acercó al niño y le susurró al oído:

—Tranquilo Crisol, imagínate que allí se encuentra tu mejor amigo y sabes que no

le puedes enviar una carta ni hablar con él. Piensa con todo tu corazón en él, cuéntale lo que quieras, pero desde tu corazón.

Entonces Crisol cerró los ojos y empezó a sentir calor en el centro de su pecho, mientras mandaba su mensaje a la estrella cargado de cariño, como si hablara con un amigo.

De repente, escuchó una gran exclamación entre la gente que miraba al cielo. Abrió los ojos y contempló fascinado cómo su estrella irradiaba una preciosa luz azulada, y escuchó dentro de su cabeza:

—Somos tus amigos de Arturus y nos alegramos mucho de conocerte. A partir de hoy te enseñaremos lo que nosotros hemos aprendido, para que cuando llegue el momento tú se lo enseñes a los habitantes de Tierra Cristal.

Todos aplaudieron y vitorearon a Crisol, pero él permanecía callado escuchando a sus nuevos amigos de las estrellas.

Reflexiones:

- ¿Te gustaría ser Crisol y vivir en la Tierra Cristal? ¿Por qué?
- ¿Has sentido alguna vez lo mismo que Crisol cuando no conseguía comunicarse con la estrella y todos estaban pendientes de él?
- Su maestro le advierte que si no confía en él y se pone nervioso las cosas le saldrán peor. ¿Estás de acuerdo o no? ¿Por qué?
- ¿Te gustaría poder elegir tu estrella y comunicarte con ella?
- ¿Alguna vez has pensado en un amigo y ese amigo te ha llamado?
- Si pudieras hablar con Crisol esa noche tan especial, ¿qué le dirías?
- ¿Cómo se siente cuando escucha a sus nuevos amigos de Arturus?
- Puedes cambiar lo que quieras del cuento y dibujar si te apetece alguna escena del cuento que sirva como ilustración.



Cuentos para vivir...

EMOCIONES



La Vergüenza

Begoña Ibarrola

VERGÜENZA: *Emoción secundaria y moral que aparece en forma de incomodidad extrema cuando alguien siente que no ha actuado de acuerdo con las expectativas de otras personas y/o en base a unos códigos culturales. Se siente al transgredir normas socio-convencionales que no afectan al bienestar o a los derechos de los demás.*

Se puede sentir vergüenza:

- *Por la conducta de otras personas.*
- *Al hablar delante de mucha gente.*
- *Cuando se nos da mal algo que a los demás se les da bien.*
- *Al conocer gente nueva.*
- *Si hacemos algo que está mal sin darnos cuenta.*
- *Cuando somos forzados a demostrar en público nuestras habilidades.*
- *Cuando alguien nos pone en ridículo.*
- *Etc...*

Caruso no quiere cantar

Al canario Caruso le gustaba cantar, pero sin que nadie le oyera. Sus padres estaban muy preocupados por él y pensaron que a lo mejor estaba enfermo.

Pero pasaron los días y Caruso seguía sin cantar, así que decidieron llevarle a la consulta del prestigioso Doctor Canticorum, experto en pájaros cantores, para que le examinara a fondo y descubrir cuál era el problema.

El Doctor Canticorum le dijo a Caruso que abriera la boca y dijera AAAAAAA... luego que dijera OOOOOOOO... luego que dijera UUUUUUUU... luego que dijera EEEEEEE... y por último IIIIIII...

—Pues no veo nada raro en sus cuerdas vocales —dijo el doctor Canticorum a los padres de Caruso—. Están perfectas y sus pulmones también, sólo se me ocurre pensar que quizás le da vergüenza cantar —añadió.

—¿Vergüenza? ¿A un canario? No puede ser, doctor, nuestra familia tiene pájaros cantores desde hace muchísimas generaciones. Mi madre ganó un concurso internacional muy importante. Era la famosa “Gorgoritos de oro”, ¿no la recuerda?

—Pues solo se me ocurre pensar en esta posibilidad. ¿Por qué no van a la consulta de la Doctora Pensamiento? Ella es experta en problemas psicológicos de los pájaros. A lo mejor descubre la causa de que su hijo no cante.

Los padres de Caruso se marcharon preocupados, pero a la vez estaban contentos de que las cuerdas vocales y los pulmones de su hijo estuvieran bien: hubiera sido horrible y vergonzoso que un canario de su familia, descendiente de Gorgoritos de oro, no pudiera cantar. Una mancha en su linaje y un motivo de desprecio por parte de los demás canarios...

La Doctora Pensamiento les recibió enseguida en su consulta cuando le contaron lo preocupados que estaban por el problema de su hijo.

—No se agobien por ello, déjenme a solas con él, pues tenemos que hablar un ratito y averiguaré por qué su hijo no canta; quédense tranquilos.

Cuando se fueron sus padres, Caruso se quedó en la consulta con la Doctora Pensamiento.

—Bien, Caruso, espero que tú me digas lo que te pasa. Yo no estoy aquí para

descubrirlo sino para intentar ayudarte si tienes algún problema.

Caruso observó bien a la doctora y se sintió a gusto, le daba confianza. Además, parecía muy amable y sincera, así que decidió contarle toda la verdad.

—Verá..., yo sí puedo cantar y creo que no lo hago muy mal, pero es que me da vergüenza que me oigan, sobre todo mis padres... —le confesó.

—¿Y desde cuándo te da vergüenza cantar, Caruso? —preguntó la doctora.

—Un día en el colegio la maestra nos pidió que cantáramos uno por uno, porque tenía que escoger al que mejor lo hiciera para la función que íbamos a representar en la fiesta anual de los padres.

—¿Y qué pasó ese día?

—Yo me puse muy nervioso, me hacía mucha ilusión ser el mejor y cantar en la función, pero cuando pensé que me iban a escuchar todos los padres y que tenía que hacerlo perfecto, me salió mal la voz, hice un gallo y todos mis compañeros se echaron a reír y me dijeron: “¿Y tú eres el nieto de Gorgoritos de oro?”. Desde ese día en el colegio se ríen de mí y me llaman “gorgoritos de gallo” y en la clase de música procuro mover sólo la boca, no sea que me salga otro gallo y se burlen otra vez de mí.

—Muy bien Caruso, me alegro mucho que hayas tenido confianza en mí. Como ahora ya se lo que te pasa te puedo ayudar. Se me ocurre una idea: ¿por qué no me cantas un poquito aquí para mí sola? A mí no me importa si lo haces perfecto o no, tampoco me importa si te sale un gallo. ¿Qué te parece? ¿Te da vergüenza que yo te escuche?

Caruso se lo pensó dos veces y decidió que lo podía hacer con la seguridad de que la Doctora Pensamiento no le iba a juzgar, ni comparar, ni ridiculizar. Así que cogió aire, respiró hondo y comenzó a cantar haciendo unos trinos tan largos y bonitos que provocaron los aplausos de la Doctora, aún antes de acabar.

—¡Bravo, bravo! —gritaba la Doctora, encantada, me ha gustado mucho como cantas Caruso, es una pena que nadie te haya escuchado.

Pero sí que alguien le había escuchado. Su madre se había quedado fuera en la sala de espera de la consulta, junto a otros pacientes que esperaban su turno y, todos, habían aplaudido espontáneamente cuando Caruso terminó de cantar.

Su madre les había dicho emocionada y orgullosa: “Ese es mi hijo” y le habían dado la enhorabuena por tener un hijo tan buen cantor como él.

Dentro del despacho, la Doctora y Caruso siguieron hablando.

—Bien, Caruso, ahora quiero que me digas una cosa: ¿por qué crees que tienes que cantar siempre bien, o hacerlo perfecto?

—Porque mis padres me dicen que soy nieto de Gorgoritos de oro y no puedo dejar en mal lugar a mi familia.

—¿Y qué pasaría si alguna vez cantas mal porque estás cansado o nervioso o porque has cogido frío?

—Que mis padres se avergonzarían de mí.

—¿Tú crees? ¿Estás seguro?

—Sí; ellos me lo repiten todos los días: en el colegio tengo que sacar sobresalientes porque esa fue la media de mi padre; en la clase de canto tengo que ser el mejor, por lo que ya le he contado y, cuando juego al ajedrez, tengo que ganar siempre. Para eso me ha enseñado mi padre desde pequeño.

—Ya veo, ya veo, realmente tienes un problema, pero tengo que reconocer que tus padres también tienen un problema. Creo que les tendré que ayudar a ellos también...

Caruso puso cara de asombro, abrió unos enormes ojos y preguntó:

—¿Cree que mis padres tienen un problema?

—Sí, Caruso, si ellos quieren que lo hagas todo perfecto, es porque ellos también quieren hacerlo todo perfecto, y no podrán ser felices hasta que descubran que es normal cometer errores, que unas cosas se nos dan mejor y otras peor, es natural, porque todos tenemos diferentes talentos.

—¿Y yo les puedo ayudar?

—Claro que sí, Caruso, intenta ser sencillamente un canario feliz, canta como tú quieras, sin tener que ser siempre el mejor, hazles felices con tus cantos y no te preocupes si un día te sale un gallo o si no sacas en todo sobresaliente o si pierdes jugando al ajedrez.

La Doctora Pensamiento le hizo comprender que ningún canario era perfecto, ni las águilas, ni siquiera los seres humanos, aunque lo intentaran.

Caruso comprendió que no debía avergonzarse cuando cometiera algún error y decidió cantar porque era lo que más le gustaba hacer. Él ya sabía que unos días le saldría mejor y otros días peor.

Cuando salió de la consulta de la Doctora Pensamiento se encontró con el aplauso de su madre y de los otros pájaros que estaban en la sala de espera y se puso muy

colorado, pero ya no sintió vergüenza sino orgullo.

—¡Gracias Doctora! —le dijo su madre—, usted ha devuelto la voz a mi hijo.

—No, no es verdad, en realidad él nunca perdió su voz —contestó la Doctora—, solamente la escondió por miedo a no cantar lo suficientemente bien.

Caruso miraba a la Doctora y a su madre, ya mucho más tranquilo porque sabía lo que tenía que hacer, pero sus padres tendrían que pedir hora para otra consulta y, esta vez, sólo para ellos.

Reflexiones:

- ¿Por qué crees que Caruso no se atrevía a cantar delante de sus padres?
- ¿Te ha pasado a ti algo parecido? ¿No te has atrevido a hacer algo porque te daba vergüenza?
- ¿Alguna vez tu familia se ha avergonzado de ti por algo? ¿Por qué?
- ¿Cómo te has sentido? ¿Qué te han dicho?
- A Caruso le ayuda la Doctora Pensamiento. ¿Quién te ayuda a ti cuando tienes un problema?
- Los padres de Caruso quieren que lo haga todo perfecto. ¿Conoces algún niño al que sus padres exijan lo mismo? ¿Cómo crees que se siente?
- Puedes cambiar alguna parte del cuento o el final; deja volar tu imaginación.
- Puedes también dibujar alguna escena del cuento o a los protagonistas.

El hermano de Elena

Mamá, papá, Elena me ha salvado la vida! —dijo Paco muy excitado nada más entrar por la puerta de su casa.

Elena se quedó quieta y callada. Había llegado el momento de explicar a sus padres por qué se había convertido en la salvadora de su hermano, aunque, pensándolo bien, era mejor que no contara todos los detalles.

Pero, ¿quieres saber realmente todo lo que pasó? Yo te lo contaré desde el principio.

Era verano y hacía mucho calor. Elena había ido con su hermano Paco a la piscina del barrio porque a ella le gustaba mucho el agua y además estaba aprendiendo a nadar.

—¡Elena, ven con nosotras! —le dijeron sus amigas Laura y Rocío cuando la vieron a lo lejos.

Ella no sabía qué hacer. Había prometido a su madre cuidar de Paco, su hermano, que tenía una discapacidad, pero le daba vergüenza que sus amigas supieran lo que le pasaba, así que hizo como que no las oía.

—¡Elena! —gritaron mucho más fuerte—. ¿Por qué no vienes a bañarte con nosotras?

Sus amigas se habían acercado demasiado, así que no tuvo más remedio que contestarles:

—¡Ya voy! Tengo que coger mi toalla, ¡id vosotras delante, que yo os sigo!

Quería cuidar de su hermano pero también quería estar con sus amigas y le dijo a Paco:

—Por favor Paco, vas a quedarte aquí sin moverte hasta que vuelva, ¿de acuerdo? Y después nos bañamos juntos, ¿te parece bien?

—Muy bien Elena, aquí me quedo —le contestó.

Elena se fue tan contenta a bañarse con Laura y Rocío y, como se lo estaba pasando muy bien jugando con sus amigas en el agua, se olvidó de su hermano.

Paco estaba cansado de esperar que su hermana volviera y se le ocurrió ir a buscarla, pero no conocía bien el lugar y se perdió. Pasó un susto de muerte hasta que la vio a lo lejos y, muy nervioso, gritó:

—¡Elena, quiero bañarme ya!

Elena hizo como si no le oyera, pero Paco volvió a llamarla desde el otro lado de la piscina.

Sus amigas le dijeron:

—¿Quién es ese? Parece que te llama a ti.

—No, que va, seguro que me confunde con otra persona —contestó sin ni siquiera dirigirle la mirada.

Elena siguió jugando en el agua con sus amigas sin darse cuenta de que su hermano se acercaba demasiado al borde de la piscina y además en la zona más profunda.

Paco volvió a llamarla, pero Elena siguió sin hacerle ni caso; así que se acercó más para que la oyera mejor y se cayó al agua.

Cuando Elena oyó los gritos de su hermano pidiendo ayuda, le entró el pánico pues su hermano no sabía nadar y nadó con rapidez hacia él.

—¡No te preocupes que ya voy! —le dijo mientras se acercaba— y le ayudó a llegar hasta unas escalerillas para que saliera de la piscina.

—Paco, te dije que no te movieras de allí y que me esperaras —le dijo muy enfadada Elena.

—Tenía mucho calor y quería bañarme —contestó lloroso Paco, como si fuera un niño pequeño al que acaban de regañar.

Las amigas de Elena la miraban sin comprender qué estaba pasando, se acercaron a ella y le preguntaron:

—Elena, ¿quién es ese chico? ¿Le conoces?

—Sí, es mi hermano —contestó mirando al suelo avergonzada.

—¿Y por qué no nos lo has presentado antes?

Elena se sentía muy mal y no sabía muy bien qué decir, así que les dijo en voz baja para que Paco no le oyera:

—Es que mi hermano es un poco especial..., tiene retraso mental, es como un niño pequeño aunque es más mayor que yo, por eso a veces hace cosas raras...

—¿Te avergüenzas de tu hermano? —le preguntó Laura. Si yo tuviera un hermano con problemas me sentiría muy orgullosa de poder ayudarle y de ser importante para él.

—Bueno...yo te entiendo Elena, a mí me pasaría lo mismo que a ti —le contestó Rocío.

Laura les miraba a las dos indignada mientras Paco, ajeno a la conversación, terminaba de secarse.

—Y si vosotras tuvierais un problema parecido, ¿os gustaría que se avergonzaran de vosotras y os ocultaran de la gente? —preguntó Laura a sus amigas.

Las dos se quedaron pensativas sin saber muy bien qué contestar. Paco se levantó y dirigiéndose a su hermana le dijo:

—Elena, me has salvado la vida. Te quiero —y le dio un beso.

Elena se emocionó mucho, pero también se sintió un poco culpable por avergonzarse de él, con lo bueno y cariñoso que era siempre con ella.

Laura se acercó a Paco y le dijo:

—Hola Paco, me llamo Laura soy amiga de tu hermana —y le dio un beso.

Rocío dudó un poco, pero al final se presentó alargando su mano para saludarle.

—Yo soy Rocío, y también soy amiga de tu hermana.

Pero Paco se acercó y le dio un beso. Se sentía feliz y contento con tantos besos y les dijo sonriente:

—Yo soy Paco, y soy hermano de Elena, la mejor hermana del mundo.

Elena se puso colorada y las tres amigas se rieron a la vez.

—¿Por qué no nos bañamos todos juntos? —sugirió Laura—. Podemos ir a la zona donde no cubre para estar con Paco. ¿Qué os parece?

Los cuatro pasaron una mañana muy divertida y, sin darse apenas cuenta, llegó la hora de regresar a casa para comer.

Y ahora podemos comprender por qué Elena temía aquél momento, pues ahora tenía que explicar a sus padres cómo había salvado la vida a su hermano.

Elena no contó todo lo que había pasado aquella mañana en la piscina, sólo un pequeño resumen: que Paco se había caído a la piscina en la zona donde cubría más y ella le había ayudado a salir.

Sus padres le abrazaron muy contentos y le dijeron:

—Gracias, hija, por cuidar de tu hermano. Ya sabes que él necesita nuestra ayuda. Estamos muy orgullosos de ti.

Elena miró a Paco y por unos instantes se puso en su lugar. Entonces reconoció que su amiga Laura le había dado esa mañana una gran lección.

Reflexiones:

- ¿Por qué Elena se avergonzaba de su hermano?
- Si tuvieras un hermano con problemas, discapacidad o alguna minusvalía, ¿te daría vergüenza que tus amigos lo supieran? ¿Por qué?
- ¿Qué diferencias has visto entre las dos amigas de Elena, Laura y Rocío?
- ¿Cómo crees que se sintió Paco cuando se cayó al agua?
- ¿Quién crees que tuvo la culpa de que Paco se cayera?, ¿Paco o Elena?
- Si pudieras hablar con Elena, ¿qué te gustaría decirle?
- Puedes escribir otra historia con los mismos protagonistas o cambiar alguna parte del cuento.
- Puedes también dibujar a los protagonistas o alguna escena del cuento.

La araña Catafaina está muy rara

En el bosque, como sabéis, viven muchos animales, unos grandes, otros medianos y otros pequeños. Esta es la historia de un animal muy, muy pequeño: una araña.

La araña Catafaina vivía con su familia y con el resto de sus compañeras entre los árboles y pasaba el día aprendiendo a cazar mosquitos y otros bichos. Las arañas mayores y expertas en el arte de tejer le daban también lecciones sobre cómo construir una bonita tela de araña.

Catafaina era una alumna muy aplicada y cada día las hacía mejor, por eso sus profesoras estaban muy orgullosas de ella.

Pero Catafaina era un poco aventurera y un buen día se alejó del territorio conocido y se fue a explorar una zona del bosque más sombría. Allí se encontró animales y plantas diferentes y le llamó la atención una seta de bonitos colores que nunca había visto antes.

De tanto explorar por aquí y por allá, le entró mucha hambre y, como no había construido una tela para cazar, decidió probar un poquito de aquella seta.

Al rato sintió sueño, mucho sueño y se tumbó debajo de un árbol a dormir.

De repente, Catafaina se despertó muy nerviosa y se sintió cambiada, como si durante el sueño hubiera crecido, y gritó al bosque:

—¡Soy una superararaaaaañaaaaa!

Muy contenta al sentirse una súper araña, regresó a su casa con ganas de mostrar a las demás sus poderes y contarles lo bien que se sentía después de haber comido aquella seta. Tenía que decirles dónde se encontraba y seguro que todas las arañas le felicitarían por haber hecho este descubrimiento.

Nada más llegar les dijo:

—Miradme todas: ¿sabéis lo que me ha pasado? He probado una seta que encontré en el oscuro bosque y ahora soy la más fuerte y poderosa de todas, ya no me siento pequeña y débil.

Las arañas se miraron entre sí extrañadas, porque la voz de Catafaina no era la misma y su aspecto tampoco.

Sin que les diera tiempo a preguntarle nada observaron cómo Catafaina comenzaba

a tejer una tela de araña de una forma muy extraña. Sus profesoras estaban sorprendidas porque no hacía nada de lo que le habían enseñado y la forma no era armoniosa ni guardaba proporciones ni era bella... Un hilo por aquí, otro por allí, tejía sin orden ni concierto y aquello les preocupó mucho.

—Catafaina, ¿qué te pasa? —le preguntaron—. Te notamos muy extraña y además no tejes de la forma como te hemos enseñado.

Catafaina no las escuchaba, cantaba y cantaba, tejía y tejía a toda velocidad, pero su tela era caótica, no tenía el diseño adecuado y se le rompía cada poco porque los hilos no estaban bien sujetos.

—Soy la araña más rápida de todas, mirad, ¿quién me puede igualar? —cantaba a toda voz.

Pero sus compañeras y amigas no le contestaron, sólo la miraban perplejas, sin entender qué le pasaba.

De pronto, Catafaina saltó a la tela de otra araña y empezó a romperla mientras decía:

—¡Que birria de tela! Yo voy a construir otra mucho más bonita.

Todas las arañas se reunieron preocupadas: algo muy grave le debía pasar a Catafaina porque ella era una araña tranquila y agradable, nunca hacía daño a nadie y era respetuosa con todo el mundo, pero ahora se comportaba mal y parecía que no escuchaba a nadie. Deberían tomar alguna decisión, no se podía consentir que rompiera las telas de sus compañeras.

Fueron a buscar a la araña Sofía, la más sabia de todas, que vivía en lo alto de un árbol y le contaron lo que su compañera estaba haciendo.

—Creo que ya se lo que le pasa a Catafaina. Iré con vosotras y así os diré si puedo ayudarla o no.

Durante el camino de vuelta nadie habló. Todas las arañas pensaban en lo nuevo que era para ellas aquel problema y se preguntaban si aquella era una extraña enfermedad o sería culpa de la seta que comió, o quizás le hubiera pasado algo en el bosque...

Cuando llegaron, Catafaina seguía rompiendo telas de araña sin respetar a sus dueñas, y construyendo otras horribles; parecía incansable. Al verlas les dijo:

—¿Veis lo bien que estoy? Tengo una fuerza increíble. ¡Soy una superarañaaaaaaa!

—Catafaina, baja un momento, quiero hablar contigo —le dijo Sofía muy seria.

Pero Catafaina le contestó:

—¿Por qué tengo que hablar contigo? Y además, ¿por qué tengo yo que bajar? ¡Sube tú aquí si quieres...!

Esto era demasiado; Catafaina había sido siempre muy educada y trataba con respeto a todos y mucho más a las personas mayores. Además, sus padres y maestras le habían hablado de la sabia araña Sofía y ella tenía muchas ganas de conocerla. No, definitivamente esta no era la Catafaina de siempre...

La araña Sofía reunió a todas las arañas y les dio su opinión:

—Era lo que me temía: seguramente ha comido alguna seta venenosa del oscuro bosque y su veneno ha provocado estos comportamientos tan extraños. Ella se siente más fuerte, más poderosa, más ágil, pero dentro de poco tiempo caerá rendida de cansancio y dormirá durante horas. Al despertarse no se acordará de nada, pero nosotras debemos recordarle todo lo que ha hecho y dicho para que aprenda de esta experiencia.

Tal y como había dicho la sabia araña Sofía, Catafaina se quedó dormida y al despertar sólo sentía un terrible dolor de cabeza y un gran cansancio.

—¡Ay, ay, como me duele la cabeza! Estoy muy cansada, creo que estoy enferma —les dijo a su familia. Pero ellos no le hicieron caso porque ya sabían lo que le pasaba.

—Catafaina, hay alguien que quiere hablar contigo —le dijeron mientras le ayudaban a levantarse de la cama.

Ella salió fuera medio sonámbula, sin imaginar la sorpresa que le esperaba.

—Catafaina, soy la araña Sofía, me han dicho que tenías muchas ganas de conocerme.

—¡Qué sorpresa! Nadie me había dicho que usted vendría hoy, si lo hubiera sabido me habría levantado antes.

Catafaina se puso nerviosa y contenta a la vez, pero no comprendía por qué nadie le había anunciado con tiempo su visita; le hubiera gustado preparar algún detalle de bienvenida a la araña más sabia del bosque.

—Catafaina, ven conmigo. Quiero enseñarte algo.

Sofía le llevó a ver las telas que había tejido de forma tan caótica.

—No, no puede ser, esas telas no las he podido tejer yo, estoy dando clases y dicen mis profesoras que cada día las hago mejor. Yo no he podido tejer estas telas

tan horribles.

Catafaina estaba extrañada y no entendía nada de lo que estaba pasando, pero todavía le quedaba algo más por ver.

—Mira Catafaina, estas son las telas de tus compañeras que has destrozado.

—¿Yooooooo? Yo nunca haría eso —y se puso a llorar desconsoladamente—. ¿Por qué me acusáis a mí? Yo nunca haría daño a mis compañeras...

Catafaina lloró y lloró sentada en un rincón del suelo, mientras las demás la miraban con lástima.

Sofía se acercó a ella y se sentó a su lado.

—Catafaina, sabemos que tú no lo has hecho a propósito. ¿Recuerdas tu excursión al bosque oscuro? ¿Te acuerdas de la seta que probaste? Era una seta venenosa y su veneno hizo que te comportaras de este modo e hicieras cosas vergonzosas.

—Lo siento, lo siento mucho —contestó al recordarlo—. Me siento muy mal por haber roto vuestras telas, yo tengo la culpa...

Catafaina siguió llorando un buen rato, arrepentida por haber comido aquella seta venenosa.

—Catafaina, no debes sentirte culpable porque no lo hiciste intencionadamente. Sin embargo, está bien que sientas vergüenza de lo que has hecho, porque has causado daño a tus compañeras y no has sido respetuosa.

Gracias a los sabios consejos de Sofía pudo comprender lo que había pasado y decidió ayudar a sus compañeras a rehacer sus telas. Y, con tanta práctica, consiguió dominar el arte de tejer y sus telas llegaron a ser las más preciosas del bosque.

Catafaina nunca más volvió a comer aquella seta porque quería seguir siendo ella misma y recordaba con vergüenza todo lo que hizo el día que se convirtió en una súper araña.

Reflexiones:

- ¿Cómo se sentía Catafaina después de probar aquella seta?
- ¿Piensas que hizo bien en comer esa seta sin saber qué cambios tan terribles iba a experimentar?
- El veneno le hace actuar de una manera muy distinta a como ella es y por eso se avergüenza de lo que ha hecho. ¿Alguna vez has visto a alguien hacer algo que no estaba bien porque había tomado drogas o alcohol?
- Cuando sus compañeras comprenden lo que le pasa, ya no le juzgan sino que le comprenden. ¿Qué hubieras hecho tú si Catafaina destroza tu tela?
- ¿Cómo se sintió cuando le dijeron lo que había hecho y dicho?
- Como no fue consciente de lo que hizo, las demás se lo recuerdan. ¿Qué le hubieras dicho si Catafaina fuera tu amiga?
- Puedes cambiar alguna parte del cuento o inventar otra historia con Catafaina de protagonista.
- También puedes dibujar alguna escena del cuento que te guste más.

¡Visitas, vaya rollo!

Cada vez que venía una visita a su casa, Pablo se escondía en su habitación y no quería salir, aunque sus padres le llamaran para que saludara al recién llegado.

—Por lo menos sal y diles “hola”, les das un beso y luego te vas a tu habitación — le pedían ellos.

Pero Pablo no contestaba porque estaba harto de que a su casa viniera tanta gente y de tener que sonreír y dar besos cada vez que llegaban y se iban.

—Pablo, por favor, será solo un momento, me han preguntado por ti, sal para que te vean y luego sigues haciendo lo que estás haciendo —le intentaban convencer.

—Que no salgo, mamá, diles que no estoy, que me he ido a jugar a casa de Luis — decía Pablo.

—No Pablo, yo no voy a decir una mentira. Si no sales me enfado y luego no me pidas nada porque no te voy a hacer ni caso.

Pablo no sabía qué hacer; cuando, en otras ocasiones había salido a saludar se había puesto muy colorado y muy nerviosos, y encima había tenido que oír comentarios como...

“¡Que mayor estas, Pablo, como pasa el tiempo!” o “¿Qué tal las notas? Seguro que muy buenas, ¿verdad?” o “Mi hijo Germán tiene tu misma edad y está mucho más alto...” o “Pero si estás colorado como un tomate... que niño más vergonzoso...”

A veces se encontraba con amigos de sus padres que no eran tan pesados o que, sencillamente, no les interesaba él para nada y no le hacían caso. Entonces decía hola y adiós, sonreía, le sonreían y se acabó. Pero otras veces le hacían estar un rato con ellos con un interrogatorio eterno al que Pablo contestaba solamente con un sí o un no.

¿En qué grupo estarían estas personas que acababan de llegar? Si no salía sus padres se iban a enfadar y se quedaría sin algo que le gustaba, así que, pensándolo mejor, decidió salir sólo un minuto.

—Ya voy mamá, pero solo saludo y ya está. ¿Vale?

—De acuerdo, hijo, les das un beso y luego te vas a tu cuarto.

Pablo se dirigió al salón, rojo como un tomate y con el corazón latiendo como si

hubiera estado corriendo un buen rato.

—Hola, soy Pablo —dijo, mirando hacia el suelo.

—Hola, me llamo Janusz, y esta es mi hija Lula.

Pablo dio la mano a un señor joven que, por su acento, parecía extranjero, pero no saludó a la niña porque apenas la veía, oculta tras su padre.

—Lula, saluda a Pablo.

Pablo se quedó sin habla y con la boca abierta cuando Lula salió detrás de su padre y le tendió la mano. Era la niña más guapa que jamás había visto. Tenía unos enormes ojos azules y el pelo largo y rubio, y su cara... su cara estaba aún más colorada que la suya y llena de pecas. Su padre le dijo:

—Hijo, estos son nuestros nuevos vecinos, vienen de Polonia y no conocen nuestro país, por eso queremos ayudarles en lo que necesiten.

Pablo seguía sin decir nada mirando embozado a Lula hasta que ella le sonrió y él también, entonces se dio cuenta de que llevaba mucho tiempo en el salón, más que de costumbre.

—Pablo, si te parece, enséñale a Lula los juegos que tienes, a lo mejor podéis jugar juntos mientras nosotros hablamos un rato.

Para asombro de sus padres, Pablo dijo:

—Ven, sígueme, te voy a enseñar mi cuarto.

Ahora, el mismo Pablo se extrañaba de su comportamiento además de sus padres, que le miraban con cara de sorpresa.

—Tienen ustedes un hijo muy guapo y simpático —eso es lo último que escuchó Pablo.

Definitivamente sus vecinos le gustaban.

A Lula le encantó el cuarto de Pablo: del techo colgaban unos móviles con planetas y estrellas, en las paredes había posters de animales y de jugadores de su equipo favorito. También tenía una mesa para estudiar y estanterías llenas de libros.

—¡Qué suerte tienes ! —dijo Lula en un castellano bastante bueno para ser una niña polaca.

—¿Te gusta mi cuarto? Pues creo que tu piso es igual que el mío, así que tendrás también una habitación como esta para ti sola.

—Bueno, cuando vengán mis hermanos tendré que compartirla con ellos.

Lula contó a Pablo que había venido sola con su padre para buscar una casa y

poder empezar en septiembre el colegio, pero pronto llegaría su madre con sus dos hermanos gemelos de tres años. Su padre había encontrado trabajo y ahora podían estar tranquilos.

Pablo se dio cuenta de que Lula era muy simpática y lista, pues cuando pronunciaba algo mal, él la corregía y ella lo repetía perfectamente.

—¿Por qué te escondías detrás de tu padre? —le preguntó Pablo.

—Es que soy muy tímida y me da vergüenza conocer a gente nueva.

Pablo suspiró aliviado. Así que él no era un bicho raro, a otras personas les pasaba lo mismo...

—Te entiendo muy bien porque a mí me pasa lo mismo —contestó Pablo, y además me pongo colorado.

—Yo también me pongo colorada.

Los dos se echaron a reír; en el fondo sentían un gran consuelo y les hacía mucha gracia la coincidencia. Lula añadió:

—A mí me gusta conocer a la gente de una en una y cuando yo quiero, no cuando quieren mis padres. Cuando nacieron los gemelos fue horroroso, todo el mundo venía a verlos, la casa siempre estaba llena de gente y mamá quería que saludara a todos...

Al cabo de un rato la madre de Pablo le avisó de que Janusz y su hija se tenían que marchar.

Pablo estuvo a punto de protestar y decir: “¿se tiene que marchar Lula también?”, pero se calló porque sus padres iban a pensar que estaba enfermo.

—Toma Lula, te dejo este libro. Se titula “El principito”; seguro que te gusta.

—Gracias Pablo —y le dio un beso.

Pablo se puso colorado, pero ya no le importaba.

—Adiós Lula, hasta pronto —y le dio él también un beso.

Sus padres y el de Lula se miraron entre sí sonrientes y Pablo se fue corriendo a su cuarto para que sus padres no le preguntaran nada.

Se sentó en la mesa y pensó qué hubiera pasado si no hubiera salido a saludar a sus nuevos vecinos: no hubiera conocido a Lula, sus padres se habrían enfadado y él estaría furioso consigo mismo por ser tan vergonzoso y no atreverse a salir.

“A lo mejor resultaba interesante eso de conocer gente nueva...”, pensó mientras abría un cuaderno para hacer sus deberes.

Reflexiones:

- ¿Por qué Pablo no quiere salir cuando llegan visitas a su casa?
- ¿A ti te gusta conocer a gente nueva y sales a saludar cuando tu familia recibe visitas? ¿Por qué?
- Algunas personas son más interesantes que otras. Entre las personas que has conocido últimamente, ¿hay alguna que te guste en especial? ¿Quién? ¿Por qué?
- ¿Cómo se siente Pablo cuando conoce a Lula?
- ¿Por qué crees que la familia de Lula se ha marchado de su país?
- ¿Cómo crees que se sentirá Lula al tener que abandonar su país?
- ¿Conoces a niños que sientan mucha vergüenza ante personas desconocidas?
- ¿Cómo se sentirá Lula cuando Pablo le deja el libro?
- Puedes escribir lo que se te ocurra, un nuevo encuentro entre Lula y Pablo, la llegada de la madre y hermanos de Lula, lo que tú quieras.
- Puedes dibujar alguna escena del cuento o a los protagonistas.

La historia de Dracolino

Dracolino era un dragón descendiente de la única familia de dragones que quedaba en todo el territorio conocido. Vivía en una cueva oculta a los habitantes del país de Ortas, alejado de sus casas y campos, al pie de una gran montaña.

Era pequeño, pero ya asustaba a todo el pueblo cuando volaba un poco bajo. Sus padres le estaban enseñando a volar por encima de los tejados de las casas, pero todavía no le habían enseñado el arte de echar fuego por la boca.

Por eso, Dracolino quiso probar él solo e intentó asustar a un grupo de niños que jugaban en un prado pero, en lugar de soltar una llamarada, salió de su garganta una especie de largo silbido.

Los niños comenzaron a reírse de él:

—¡Menudo dragón ! ¿Habéis visto cómo silba? Parece una sirena.

Dracolino se puso rojo de vergüenza: esos niños se estaban riendo de él en lugar de salir corriendo asustados. Eso no se podía consentir.

Volvió a su casa muy preocupado y preguntó:

—Papá, ¿por qué no me enseñas de una vez a lanzar llamas? Hoy intenté asustar a un grupo de niños y, en lugar de fuego, me salió un largo silbido y todos se rieron de mí.

Su padre, el dragón Flamarión, le contestó:

—Dracolino, hijo, aún eres pequeño para lanzar llamas. De momento ya es bastante con que aprendas a volar y planear por encima de los tejados. Eso es muy difícil para nosotros porque somos muy grandes y pesados. No quieras hacer cosas para las que todavía no estás preparado.

—Pero papá, yo quiero asustar a esos niños que se han reído de mí... Me ha dado mucha vergüenza lo que ha pasado.

Dracolino se dio cuenta de que su padre no estaba dispuesto a enseñarle, así que decidió volver a probar hasta conseguirlo.

Salió volando de la cueva y se dirigió a las montañas donde algunos de los habitantes de Ortas recogían plantas medicinales. Pasó rozando los árboles e intentó lanzar llamas, pero en lugar de fuego salió fue un precioso silbido, parecido a un

canto.

—¡Mirad ! —dijeron—. Un pequeño dragón que canta.

Y otros le gritaron:

—¿Quieres alguna de nuestras plantas para aclararte la garganta?

Y todos volvieron a reírse de él.

Dracolino se sintió de nuevo avergonzado. Triste y preocupado se fue a la montaña más alta del país de Ortas y allí se puso a pensar y a pensar... ¿Qué podría hacer? ¿Por qué no conseguía echar fuego por la boca como sus padres?

Se hizo de noche y allí se quedó Dracolino, sentado en la cima de la montaña y a solas con la Luna.

—Luna de Plata, dime, tú que tienes tanta experiencia, tú que has visto tantas cosas, ¿qué puedo hacer?

La Luna sintió pena por Dracolino y le contestó:

—A lo mejor lo que tienes que hacer en esta vida no es asustar ni echar fuego por la boca. Quizás seas un dragón diferente.

—Pero Luna de Plata, soy descendiente de la única familia de dragones que queda en todo el país de Ortas, es mi obligación hacer lo que han hecho siempre mis padres y todos mis antepasados.

—Y, ¿por qué? —le preguntó Luna— A lo mejor tú eres el primer dragón que no asusta y no lanza llamas por su boca. A ver, Dracolino, ¿a ti, realmente qué te gustaría hacer?

A Dracolino se le iluminó la cara y contestó a la luna:

—Me gustaría muchísimo cantar.

—¡ Pues canta! —le contestó ella.

—Pero entonces... ¡no me tendrán miedo! —dijo Dracolino preocupado.

—No, por supuesto, al contrario, estarán encantados de que les alegres con tus cantos y todos te querrán.

Dracolino se puso a pensar: ¿Qué pasará si me dedico a cantar? ¿Qué dirán mis padres si les digo que no quiero asustar a nadie y que prefiero alegrarles con mis cantos? ¿Qué dirán los habitantes del país de Ortas?

Tenía tantas preguntas sin respuesta que, cansado, se quedó dormido en la cima de la montaña mientras la Luna vigilaba sus sueños.

El sol comenzaba a salir por el horizonte cuando Dracolino decidió volver a su

cueva; sus padres estarían muy preocupados y les tenía que contar lo que quería hacer y observar su reacción.

Cuando le oyeron le dijeron horrorizados:

—Tú, Dracolino, nuestro hijo, ¿quieres dedicarte a cantar en lugar de asustar a las personas con tus llamaradas? ¡Qué vergüenza para nuestra familia !

Dracolino salió de la cueva cabizbajo y triste; ya sabía la opinión de sus padres. Ahora tendría que averiguar lo que dirían de él los habitantes del país de Ortas.

Comenzó a sobrevolar los tejados de las casas sacando de su garganta bonitos sonidos, canciones dulces y delicadas. Los habitantes de Ortas salieron de sus casas para averiguar de dónde salían esos cantos tan maravillosos y, al mirar al cielo, vieron a Dracolino volando.

—¡Un dragón que canta! ¡Es imposible! —decían los mayores—. Los dragones siempre se han dedicado a asustarnos y a lanzar llamas por su boca.

Pero ahora veían a Dracolino y no sentían miedo, al contrario, se sentían muy contentos al oírle cantar.

Dracolino voló por encima de las montañas y vio cómo la gente levantaba la cabeza con cara de asombro. Por unos momentos dejaban de recolectar las hierbas y le saludaban sonrientes.

Pronto se corrió la voz y gente de todo el país empezó a llegar hasta el pueblo para oírle cantar.

La fama de Dracolino llegó tan lejos que venían también gentes de otras partes del mundo para escucharle, y él cada vez se sentía más feliz.

Sus padres aceptaron al fin que la misión de su hijo era otra muy diferente de la suya y de la de todos sus antepasados. Y decían con orgullo:

—Nuestro hijo, Dracolino, es el primer dragón en toda la historia de los dragones que se dedica a cantar y a alegrar la vida de la gente.

Dracolino había encontrado por fin su camino, sabía lo que quería hacer y se sentía muy feliz.

Y por las noches, cuando salía la Luna de Plata, subía a la montaña y cantaba solo para ella en agradecimiento por haberle ayudado a pensar y a tomar una decisión tan importante.

Reflexiones:

- ¿Cómo crees que se siente Dracolino cuando se burlan de él?
- ¿Por qué sus padres querían que asustara y lanzara llamas como hacían todos los dragones?
- Cuando Dracolino habla con la luna, ella le ayuda a pensar. ¿Conoces alguna persona que te ayude a reflexionar?
- ¿Por qué Dracolino no se atreve a hacer lo que más le gusta, que es cantar?
- ¿Por qué a sus padres les da vergüenza que se dedique a cantar?
- Si tú ahora mismo pudieras elegir, ¿qué es lo que más te gustaría hacer?
- Ser diferente a veces resulta difícil. ¿Conoces a alguien que sea muy diferente a los demás? ¿En qué es diferente?
- Si te parece puedes continuar la historia de Dracolino o cambiar alguna parte del cuento.
- Puedes dibujar a Dracolino tal y como te lo imagines, o alguna escena del cuento, como por ejemplo cuando Dracolino habla con la luna.



Cuentos para vivir...

EMOCIONES



La Culpa

Begoña Ibarrola

CULPA: Emoción moral que aparece cuando no se consigue cumplir unas pautas internalizadas de comportamiento. Sentimiento que surge cuando cometemos algún error y no lo reparamos en el momento. Se siente al transgredir normas socio-morales que afectan al bienestar o a los derechos de los demás y va unida a la percepción de la responsabilidad personal.

Se puede sentir culpabilidad:

- *Por hacer daño a alguien.*
- *Sin necesariamente tener la culpa de lo que ha pasado.*
- *Cuando, por no decir la verdad, se perjudica a alguien.*
- *Si los demás no asumen su responsabilidad y nos echan la culpa de algo.*
- *Cuando se ha cometido una falta y la persona es descubierta.*
- *Al mirar para otro lado cuando nos piden ayuda.*
- *Por hacer trampas en un juego.*
- *Si no hacemos algo a lo que nos hemos comprometido y alguien sufre.*

El cumpleaños de Leire

Esa noche a Leire le costaba dormir. Sentía que había hecho algo mal, aunque solamente ella lo sabía. Daba vueltas y más vueltas en la cama imaginándose lo que iba a pasar cuando sus padres supieran que no había querido invitar a su cumpleaños a Olivia, una niña extranjera que era nueva en su clase.

Todo comenzó aquella mañana. La señorita Paula había recordado a todos los niños que cumplían años ese mes y entre ellos estaba Leire.

—Este año celebraré una gran fiesta en mi casa —comentó Leire— y os daré invitaciones dibujadas por mí.

Como le gustaba mucho dibujar había decidido hacer ella las invitaciones, con el nombre de cada uno de sus amigos y un dibujo de adorno.

En el recreo, Leire jugaba con sus amigas Lorena y Violeta y sus amigos Raúl y Quique. Olivia, la niña extranjera también jugaba con ellos porque se lo pasaban muy bien preguntándole cosas de su país y aprendiendo juegos nuevos que solo ella sabía.

—¿Cuándo es tu cumpleaños?, le preguntó Leire.

—Dentro de un mes —dijo Olivia.

—El mío es la próxima semana —comentó Leire—. ¿Y tú vas a invitarnos a tu casa a una fiesta?

Esta pregunta hizo que Olivia se pusiera seria y un poco colorada a la vez que agachaba la cabeza.

—No puedo invitaros —dijo con una vocecita que apenas se escuchaba.

—¿Por qué no puedes? —preguntaron todos a la vez llenos de curiosidad.

—Bueno, es que... en mi casa vivimos muchos y por eso no puedo llevar a nadie más.

—¿Es que tienes muchos hermanos? —le preguntaron sus amigos.

—No, solo somos tres, contándome a mí, pero viven otras dos familias más. Cada familia vive en una habitación, aunque la cocina y el baño los compartimos todos.

Esta respuesta les extrañó mucho, pues creían que en cada casa vivía solo una familia; a veces eran muchos hermanos o vivían también los abuelos, pero... ¿varias

familias juntas en un piso? Eso era una cosa muy rara. Tenían tanta curiosidad que siguieron preguntando:

—¿Y entonces, cuántas personas viven en tu casa?

—Pues a ver... mis padres y nosotros, somos cinco, la familia de Mijail son cuatro y la familia de Boris otros cuatro, así que si no me equivoco somos en total trece personas.

—¡Trece personas en un piso!

No pudieron seguir preguntando más cosas a Olivia porque en ese momento oyeron la señal que anunciaba el final del recreo.

El resto de la mañana Leire no prestó mucha atención, en su cabeza daba vueltas al tema: un piso de tres habitaciones y trece personas viviendo juntas... Empezó a pensar: “Seguro que no se pueden duchar todos los días, ni pueden dormir cada uno en una cama... y ¿comerán todos los días?”. En fin, que no le entraba en la cabeza lo que Olivia les había contado.

Por la tarde repartió las invitaciones al salir de clase, Olivia se acercó a ella y le dijo:

—Aunque no pueda invitaros a mi casa le pediré a mi madre que haga una tarta que se hace en mi país para celebrar el cumpleaños y, si la señorita Paula me deja, la traeré a clase para comerla entre todos, ¿qué te parece?

Leire no pareció muy contenta y le contestó mirándole con un cierto desprecio:

—A mí me gustan las fiestas: si tú no haces una fiesta yo tampoco te invito a la mía.

Olivia se puso triste, no dijo nada y se fue corriendo: no quería que nadie la viera llorar.

Antes de la cena, su madre preguntó a Leire si había entregado todas las invitaciones a sus amigos y ella contestó:

—Sí mamá, creo que vendrán todos. Bueno... a lo mejor alguno no puede venir.

No le contó nada de la conversación con Olivia, pero necesitaba preguntar algo a su madre:

—Mamá, ¿crees que en un piso pueden vivir trece personas?

—No, no lo creo, es mucha gente, a no ser que el piso sea muy grande y tenga muchas habitaciones, pero ¿por qué me lo preguntas?

—Es que una amiga mía que se llama Olivia, dice que en su casa viven tres

familias juntas, cada una en una habitación, y en total son trece personas.

Su madre no pudo disimular su asombro y dijo:

—¡Válgame Dios ! ¿Cómo se arreglarán? No podrán ir al cuarto de baño cuando quieran ni tener un sitio para cada uno... ¡Hay que ver cómo viven algunas personas! ¿Te das cuenta la suerte que tú tienes Leire? Tenemos un piso entero para papá, para ti y para mí, y un cuarto solamente para ti...

Leire pensó en Olivia: se la imaginó durmiendo sobre un colchón en el suelo, haciendo cola para ir al cuarto de baño, sin un sitio para jugar o guardar sus cosas... Se preguntó dónde haría los deberes con el barullo que seguramente habría en esa casa.

Entonces sintió pena por ella y, sobre todo, se sintió culpable por no haberla invitado a su fiesta de cumpleaños.

Como no podía dormir se levantó de la cama y añadió un precioso dibujo a la invitación de Olivia. A lo mejor se podrían arreglar las cosas, pensó.

Al día siguiente, antes de sentarse, corrió a la mesa de Olivia y le puso encima su bonita invitación: delante del nombre había escrito en letras bien grandes:

“PARA MI GRAN AMIGA OLIVIA”

Se sintió mucho mejor al ver la cara de Olivia cuando vio la invitación. Sus miradas se encontraron acompañadas de sonrisas y Leire preguntó a su profesora:

—Señorita Paula, ¿dejará a Olivia traer una tarta a la clase para celebrar todos sus cumpleaños?

—Por supuesto —contesto la señorita— pero creo que eso será el mes que viene. ¿No es así, Olivia?

—Sí, señorita —contestó muy contenta.

Todos aplaudieron a Olivia y eso fue para ella como un regalo anticipado de cumpleaños.

Reflexiones:

- ¿Cómo te gusta celebrar tu cumpleaños? ¿A quién sueles invitar?
- ¿Cómo te sientes cuando algún amigo no te invita al suyo?
- Olivia no puede celebrar una fiesta en su casa? ¿Por qué?
- ¿Qué has sentido cuando Olivia ha contado con quién vivía en su casa?
- ¿Conoces algún niño que comparta su casa con otras personas?
- ¿Cómo se siente Leire cuando se da cuenta de que ha tratado mal a Olivia?
- ¿Cómo se siente Olivia cuando Leire le dice que no le va a invitar a su fiesta de cumpleaños?
- Leire tiene una idea para solucionar el problema. ¿Qué se te hubiera ocurrido hacer a ti para que Olivia se sintiera mejor?
- Puedes continuar el cuento o cambiar alguna parte si te parece.
- Puedes también dibujar alguna escena del cuento o a sus protagonistas.

Un ángel impaciente

Un grupo de ángeles estaba reunido alrededor de una hoguera de luz, no de fuego, porque era de noche y lo que querían era iluminarse, no pasar calor.

Todos discutían acaloradamente sin darse cuenta de que el tiempo de reunión se estaba acabando y no habían solucionado nada.

Se trataba de un tema muy importante. Turiel, el ángel de la guarda de Sergio, estaba cansado de no hacer nada. El niño no le hacía caso por que no creía en su existencia y su tarea se limitaba a vigilar sus sueños para que las pesadillas no llegaran hasta él. Ni siquiera necesitaba protegerle porque Sergio era un niño muy tranquilo y procuraba no exponerse a situaciones peligrosas: no montaba en bicicleta, ni en monopatín, ni siquiera se subía a los árboles. No le gustaban las aventuras.

Por eso Turiel estaba dispuesto a todo para conseguir demostrar las cualidades que tenía y que no podía manifestar con Sergio. Había convocado una reunión con sus compañeros para pedirles consejo, incluso para proponerles un cambio de niño.

Pensaba que era un ángel muy cualificado para dedicarse a la tarea de proteger a cualquier niño que lo necesitara, por muy travieso que fuera: prefería trabajar mucho antes que estar en paro.

Sus compañeros le dijeron que no fuera impaciente, que a lo mejor al año próximo lo necesitaría y pediría su ayuda.

Cuando todos habían opinado a favor o en contra del cambio, Ramael propuso algo que a todos sorprendió:

—Turiel, ¿por qué no te alejas por un tiempo de Sergio y solo le observas a distancia? A lo mejor descubre que puedes hacer por él cosas distintas a las que te habías imaginado y ves para qué te necesita.

A todos les pareció muy buena idea, pues era muy raro cambiar de niño, sobre todo a esas edades, pero Turiel no parecía muy convencido.

—Tu idea me parece muy interesante pero yo seguiría sin hacer nada.

—¿Crees que observar es no hacer nada? ¿Piensas que descubrir qué es lo verdaderamente necesita es no hacer nada? Estás muy equivocado, ya lo

comprobarás —contestó Ramael.

Al final Turiel aceptó.

—Bueno, si os parece haré lo que dice Ramael pero solo por un tiempo. Si en siete días no consigo descubrir cómo puedo ayudarle, os volveré a llamar para buscar otra solución.

Turiel bajó a la Tierra y buscó a Sergio. El niño jugaba tranquilamente mientras sus padres estaban en el salón. Se mantuvo a distancia, como le habían dicho, y de pronto ocurrió algo. Los padres de Sergio estaban discutiendo, gritaban, y el niño simplemente dejó de jugar y se tapó los oídos.

Unas lágrimas aparecieron en sus ojos aunque intentaba que no resbalaran.

Turiel sintió la necesidad de acercarse y abrazarlo con sus alas, pero recordó que solo debía observar. Entonces se puso a escuchar los pensamientos del niño:

“Ya están otra vez discutiendo, seguro que es por mi culpa. Papá quiere que vaya al campamento y mamá no quiere porque piensa que allí puedo correr muchos peligros, que todavía soy pequeño, y papá opina que ya va siendo hora de salir de casa y conocer otros lugares, a otros niños y aprender cosas nuevas”.

Turiel comprendió entonces que Sergio se sentía culpable de que sus padres discutieran. Se tapaba los oídos para no oír nada aunque se enteraba de todo.

Un fuerte golpe provocó que tanto Sergio como Turiel dieran un brinco. El padre de Sergio se había ido de casa dando un portazo. Ahora él sabía lo que iba a pasar: mamá vendría a su habitación llorando y lo abrazaría. Y en efecto, así sucedió:

—¡Mi pequeño Sergio! —le dijo—. Menos mal que estoy aquí para protegerte. Tu padre solo quiere que crezcas y que aprendas cosas peligrosas, pero todavía eres pequeño...

Y Sergio le contestó:

—Mamá, ya no soy tan pequeño, tengo ocho años y me gustaría tener amigos y aprender cosas nuevas. Pero si vas a estar preocupada, no iré al campamento.

Esa escena se había repetido varias veces, y lo único que cambiaba era el momento del portazo. A veces Sergio contaba los segundos, 1, 2, 3, 4, 5... ¡Plas!, intentando acertar en qué segundo daba su padre el portazo.

Turiel se quedó pensativo. “¿Sería su misión ayudar a Sergio a no sentirse culpable? ¿Ayudarle quizás a sentirse fuerte para expresar sus deseos?”. Decidió esperar y seguir observando.

Al día siguiente, como siempre, Turiel le acompañó al colegio y allí, a distancia, se puso a observar. Sergio era el niño más formal de todos, intentaba hacer todo perfecto, pero no le veía disfrutar. Era demasiado serio para su edad y los otros niños se reían de él o le daban de lado porque no jugaba a sus juegos ni se reía con sus bromas.

La profesora, aquel día le llamó:

—Sergio, eres un buen alumno, uno de los mejores de la clase, pero me preocupa que no tengas amigos. Debes saber que puedes aprender y divertirte a la vez; creo que te vendría muy bien ir al campamento este verano. ¿Qué te parece?

—No puedo ir porque mi madre no quiere —contestó bajando la cabeza.

—Hablaré con tus padres —dijo la profesora.

Turiel sonreía mientras contemplaba la escena desde una esquina de la clase. Ahora sabía cómo ayudar. Por fin había encontrado algo muy importante que hacer.

Sergio se acostó esa noche muy preocupado. Quería hablar con su madre y decirle que sí, que él quería ir al campamento, que ya no era un bebé. Había tomado una decisión pero, ¿de qué forma se lo diría para no provocar más peleas?

Cuando se durmió, Turiel se acercó y le susurró al oído:

—Sergio, soy Turiel, tu guía y amigo. Sé cómo te sientes y quiero ayudarte. No te preocupes. Cuando hables con tu madre yo te prestaré mi fuerza, yo pondré en tu boca las palabras oportunas, tú quédate tranquilo.

Al día siguiente llegó el momento. Sergio, en cuanto vio a su madre, le dijo:

—Mamá, yo quiero ir al campamento. Quiero hacer amigos, aprender cosas nuevas y divertirme. Papá y tú habéis discutido por esto, pero a mí no me habéis preguntado.

Tanto su madre como él mismo se quedaron asombrados del tono de voz. Sergio había hablado con seriedad y fuerza; antes no solía hablar así. Además había mirado a su madre directamente a los ojos, sin agachar la cabeza como era su costumbre.

—Ya hemos hablado de eso, cariño —le respondió ella—. ¿Acaso tu padre te ha convencido?

—No mamá, nadie me ha convencido. Es que yo quiero ir.

—Eres muy pequeño todavía, quizás el próximo año...

—Mamá, no soy un bebé y a veces me tratas como si lo fuera. Además, tú me prometiste un regalo si sacaba buenas notas, ¿no es cierto? Pues bien, este es el regalo que te pido: que me dejes ir de campamento.

—Bueno, lo pensaré...

Su madre quiso cortar la conversación porque no estaba acostumbrada a dialogar y menos aún a escuchar a su hijo hablarle así.

Sergio se fue a su cuarto y en cuanto cerró la puerta se puso a saltar de contento. Turiel nunca lo había visto así antes.

—No te veo, ni te oigo. No sé si eres mi amigo invisible o mi ángel de la guarda pero he sentido tu fuerza y he escuchado las palabras que me has soplado... gracias... gracias... Ahora me siento mejor.

Entonces Turiel se acercó a él y lo abrazó tiernamente con sus alas.

Los padres de Sergio hablaron con la señorita y decidieron apuntarle al campamento. Sergio empezó a tener amigos y a sentir de vez en cuando la ayuda de Turiel.

Turiel, como es habitual, acompañó a Sergio al campamento ese verano y tuvo realmente mucho trabajo por que participaba en todas las aventuras que podía. Le ayudó de muchas formas y le susurró al oído buenos consejos.

Desde entonces Turiel tiene tanto trabajo que puede demostrar todas sus habilidades y, por supuesto, ya no quiere cambiar de niño.

Reflexiones:

- ¿Por qué Turiel no quería seguir con Sergio?
- ¿Qué crees que le pasaba a Sergio?
- ¿Por qué Sergio quería ir al campamento ese verano?
- Su madre pensaba que era más pequeño de lo que realmente era y por eso lo protegía en exceso. ¿Qué te parece? ¿Crees que a Sergio le gustaba eso?
- ¿Cuál era el problema que tenía Sergio?
- Si tú pudieras ayudarlo, ¿qué harías? ¿Por qué?
- Sergio se siente culpable de las discusiones de sus padres. ¿Te ha pasado algo parecido en alguna ocasión? ¿Te has sentido culpable sin tener tú la culpa?
- ¿Qué paso para que su madre le dejara ir al campamento?
- ¿Qué hubiera pasado si Sergio no hubiera hablado con fuerza y seriedad, ayudado por Turiel?
- Puedes continuar tú este cuento o cambiar alguna parte por otra que te inventes.
- Puedes dibujar alguna escena del cuento.

Marta se siente culpable

Marta era la mayor de tres hermanos y acababa de cumplir siete años. Tenía una hermana de cuatro años que se llamaba María, y un hermano de un año, que todavía no andaba ni hablaba aunque era un experto en gatear y en decir cosas que nadie entendía.

Sus padres se dedicaban a recoger cartón y chatarra, por eso a menudo le encargaban que cuidara de sus hermanos mientras ellos salían por la noche a hacer su trabajo.

A Marta le gustaba que confiaran en ella porque le hacía sentirse mayor.

Pero no siempre era divertido, pues, sobre todo Marcos, no le hacía mucho caso y, cuando se ponía a llorar, no sabía muy bien qué podía hacer.

Aquella noche sus padres salieron, como de costumbre, a recoger cartones y chatarra, y dejaron a Marcos y María acostados. Marta podía leer o jugar hasta que llegaran porque era viernes y el sábado no había colegio.

“¡Estupendo! ¡Cuánto rato para mi solita, para hacer lo que quiera!”.

Le gustaba mucho leer y se sentó en la mesa de la cocina debajo de la luz. Allí podía leer tranquila sin molestar a sus hermanos.

De pronto escuchó llorar a Marcos desconsoladamente. Fue al cuarto, encendió la luz y se encontró a su hermano en el suelo. Se había caído de la cuna y tenía una herida en la frente que sangraba.

Marta se puso nerviosa.

“¿Qué voy a hacer ahora? No sé dónde están papá y mamá”, decía mientras intentaba calmar a Marcos cogiéndole en brazos.

María, se despertó también al oír llorar y dijo con cara de asustada:

—Marta, mira, Marcos está sangrando.

—Ya lo veo, pero yo no sé qué hacer...

—¿Y si se pone malo? ¿Y si tardan mucho papá y mamá?

Marta tuvo una idea: llamaría a los vecinos. Ellos sabrían qué hacer.

Cuando los vecinos entraron en el piso y vieron a Marcos dijeron:

—Es una brecha muy profunda, a lo mejor necesita puntos. Hay que llevarle al hospital. Tú quédate con María y cuando vuelvan tus padres les dices dónde

estamos.

Los vecinos eran muy amables y se llevaron a Marcos al hospital, pero Marta se quedó en casa preocupada, sintiéndose culpable de lo que había pasado.

“Si hubiera estado en el cuarto a lo mejor no se habría caído...”, se decía.

No pudo continuar leyendo pues en su cabeza aparecían montones de preguntas:

“¿Y si es grave la herida? Yo tengo la culpa de todo. Papá y mamá han confiado en mí. Y si no confían nunca más, no me dejarán cuidar a mis hermanos. Y si yo no me quedo con ellos, ¿cómo podrán irse a trabajar? Si no pueden recoger chatarra y cartones no podrán pagar el alquiler, y si no lo pagan nos echarán a la calle...”

Marta se sentía mal, muy mal, y se puso a llorar.

Cuando sus padres volvieron, les contó lo que había pasado y se fueron corriendo al hospital.

Allí una enfermera les dijo:

—No se preocupen, ahora le estamos dado unos puntos en la brecha, si quiere puede uno de ustedes pasar.

Su madre se fue con la enfermera y Marta se quedó con su padre, sus hermanos y los vecinos, en la sala de espera. Ellos se fueron a casa después de decirle a su padre:

—Puede estar usted contento de su hija. Nos avisó enseguida y pudimos traerlo con rapidez al hospital.

—Gracias de nuevo —respondió su padre—, son ustedes muy amables. Si algún día necesitan algo, no dejen de llamarnos. Ya saben dónde nos tienen.

—Papá —le dijo Marta en cuanto se fueron los vecinos—, lo siento, ha sido culpa mía. Yo me quedé leyendo en la cocina y...

Su padre la interrumpió:

—Pero Marta, ¿crees que ha sido culpa tuya? No hija, ha sido un accidente, no debes sentirte culpable. Has hecho lo correcto.

—Papá, ¿se pondrá bien Marcos?

—Claro que sí, ha sido una pequeña brecha. En cuanto le pongan los puntos nos iremos a casa. Ya verás como no es nada.

Al cabo de unos minutos, salió su madre con Marcos en los brazos. No se le veían los puntos porque le habían puesto una tirita grande encima y ya no lloraba, al contrario, parecía que todo aquel lío le hacía gracia.

Marta se dirigió a su madre y le dijo:

—Lo siento mamá, ha sido culpa mía, les dejé solos en el cuarto y me quedé leyendo en la cocina...

—No hija no, tú no tienes la culpa. ¿Crees que si hubieras estado en la habitación Marcos no se habría caído? Ha sido un accidente, ya sabes lo que le gusta a tu hermano explorar, él no se da cuenta del peligro.

“Ahora si podía quedarme tranquila. También mamá pensaba que yo no era culpable. Pero... ¿Marcos? ¿Pensará que tengo yo la culpa?” En esto pensaba Marta mientras iba hacia su casa.

Por eso, cuando madre dejó a Marcos en la cuna, ella se acercó y le dijo:

—Marcos, no ha sido culpa mía, es que tú eres un poco bruto.

En ese momento Marcos le regalo una enorme sonrisa y entonces supo que él tampoco le echaba la culpa.

Reflexiones:

- ¿Te gusta que confíen en ti? ¿Eso hace que te sientas mayor?
- ¿Alguna vez has cuidado a un niño más pequeño que tú? ¿Cómo te has sentido?
- ¿Qué habrías hecho si fueras Marta y te encuentras con que Marcos se ha hecho una herida?
- Marta se siente culpable por haber dejado solo a su hermano. ¿Tú también te sentirías culpable, o pensarías que había sido un accidente?
- ¿Te has sentido alguna vez culpable sin razón? ¿Por qué fue?
- ¿Qué le dirías tú a Marta para consolarla?
- Puedes cambiar alguna parte del cuento o añadir algo más.
- También puedes dibujar alguna escena del cuento.

Tú tienes la culpa de todo

La ardilla Saltarina vivía en un nido que sus padres habían construido en el pino más alto del jardín. Estaba hecho con ramas, trozos de corteza de palmera y trozos de telas que habían recogido por aquí y por allí.

Sus padres se habían ido a vivir a otro jardín y habían dejado a Saltarina con su hermana Brincapinos que era mayor. Durante aquél verano se les veía jugar a las dos, saltando de árbol en árbol y persiguiendo a las urracas y comiendo piñas todavía verdes.

Su vida transcurría plácidamente hasta el día en que llegó el otoño, y con el otoño el viento y el frío. Ya no tenían tantas ganas de jugar y pasaban más tiempo las dos en el nido.

Un día, un fuerte viento hizo que una rama que sujetaba el nido se rompiera.

—¡Es por tu culpa! —gritó Saltarina a su hermana Brincapinos—. Se suponía que habías sujetado bien el nido...Tú eres la mayor y eres la responsable...

—Claro que lo he sujetado bien —contestó ella—, pero no me imaginaba que la rama se pudiera romper... Yo la arreglaré, no te preocupes...

Las dos ardillas se querían mucho pero, como todos los hermanos, a veces se peleaban.

Otro día, a Brincapinos, se le escapó una enorme piña cuando intentaba subirla al nido, con tal mala suerte que golpeó a su hermana Saltarina, que estaba debajo.

—¡Ay, ay, ay! ¡Qué daño me has hecho! —gritó Saltarina—. Por tu culpa me duele la cabeza...

—No ha sido culpa mía —respondió Brincapinos—. Ha sido un accidente. ¡Encima que pretendía darte una sorpresa! Quería llevar esta piña tan grande al nido para que la comiéramos entre las dos. Eres una desagradecida.

Cuando se le pasó el susto y el dolor de cabeza, Saltarina comenzó a comer la enorme piña y Brincapinos, como era mayor, le dejó comer todos los piñones que quisiera. Ella podría coger otra piña después.

Pero, ¿sabes lo que paso? Que a Saltarina le empezó a doler la barriga por haber comido tanto y se quejaba diciendo:

—¡Ay, ay, ay! ¡Cómo me duele la tripa! Tú tienes la culpa por haberme dejado

comer tantos piñones. Ahora me voy a poner enferma y tú serás la culpable.

—No, yo no tengo la culpa de tu dolor de barriga. No hay derecho, después de que te la he dejado toda para ti...

Brincapinos ya no sabía qué hacer. Pasara lo que pasara, su hermana siempre le hacía sentirse culpable de algo. Si al jugar se caía, ella tenía la culpa. Si una rama se partía, ella tenía la culpa. Si le daba indigestión, ella tenía la culpa. Si no podía dormir, ella tenía la culpa... Así que un día, harta de sentirse culpable, decidió dar una lección a su hermanita. Ya estaba cansada de que la culpara de todos sus males.

¿Y sabes lo que hizo?

Cuando Saltarina se caía jugando y le echaba la culpa, Brincapinos no decía nada y la dejaba sola, así que su hermana acababa aburrida al no tener con quien jugar.

Cuando Saltarina le echaba la culpa de su dolor de barriga por comer demasiado o de pasar hambre porque la piña que había cogido era muy pequeña, Brincapinos no contestaba y se iba a coger una piña para ella sola, de modo que su hermana empezó a pasar un poco de hambre.

Cuando Saltarina le echaba la culpa de no poder dormir por sus ronquidos, Brincapinos se iba a otro lugar a dormir, y acabó haciéndose su propio nido. Y como podrás imaginar Saltarina comenzó a sentirse sola por las noches e incluso empezó a tener miedo.

Cuando Saltarina le echaba la culpa de cualquier cosa, Brincapinos no le decía ni una sola palabra, se iba y la dejaba sola.

Y al quedarse tanto tiempo sola, y al aburrirse, y al pasar hambre, y al tener miedo, empezó a pensar: “Algo no va bien. Cada día mi hermana está más alejada de mí. Ya no lo pasamos bien juntas...”.

Entonces se dio cuenta de que su hermana mayor había cuidado siempre de ella desde que se quedaron solas y nunca se lo había agradecido ni se había preocupado por ella.

Se dio cuenta de que había sido muy egoísta y se había comportado injustamente con ella.

Se sintió mal y avergonzada, y pidió disculpas a su hermana Brincapinos por hacerle sentir culpable de lo que a ella le pasaba.

Desde ese día, Saltarina aprendió a ser responsable de sus cosas y a no echar a otros la culpa.

Ahora se las ve felices corriendo por el jardín y jugando entre los árboles, persiguiendo a las urracas y comiendo piñas verdes.

Reflexiones:

- ¿Cómo se siente Brincapinos? ¿Por qué Saltarina le echa la culpa de todo lo que le pasa?
- A veces los demás nos culpan de algo que no hemos hecho ¿Alguna vez has sentido que te echaban a ti la culpa injustamente? ¿Cómo te sentiste?
- Si pudieras hablar con Saltarina, ¿qué le dirías?
- Si pidieras hablar con Brincapinos, ¿qué consejos le darías?
- Si Brincapinos no hubiera hecho algo para hacer pensar a su hermana, ¿qué crees que hubiera pasado?
- Saltarina se da cuenta de que ha sido egoísta e injusta con su hermana y le pide disculpas. ¿Pides tú disculpas cuando eres injusto con alguien?
- Puedes cambiar alguna parte del cuento o añadir algo más.
- También puedes dibujar alguna escena del cuento o a las dos ardillas protagonistas.

El cazador de grillos

A Daniel le gustaba mucho oír cantar a los grillos en las tardes de verano. Sabía muchas cosas de ellos, cómo eran, donde vivían, qué comían... pero lo que más le interesaba saber era cómo se cazaban.

Preguntó a otros niños del pueblo donde pasaba el verano hasta que por fin se enteró y, sin pensarlo dos veces, fue en busca de su amigo Mikel para organizar la cacería.

Localizar a un grillo fue muy fácil pues su canto señalaba su escondite. Entre los dos llenaron de agua el agujero y, al poco rato, el grillo salió asustado. Lo cogieron y lo metieron en un bote de cristal.

En su casa, Daniel le había preparado un bonito hogar, pues quería que el grillo se sintiera cómodo y cantara sólo para él durante todo el verano. Había hecho unos agujeritos en la tapa de una caja de zapatos para que pudiera respirar y le entrara la luz. Incluso le había puesto tierra y un poco de hierba fresca para que le sirviera de alimento.

Pero Mikel, frunciendo el entrecejo, le preguntó:

—Oye Daniel, ¿estás seguro de que el grillo estará bien en la casa que le has preparado?

—Es mucho mejor que la suya —le contestó Daniel—. Es más grande y, además, le traeré comida todos los días sin que tenga necesidad de salir a por ella. Ya verás cómo canta cuando llegue la noche. Si quieres te puedes quedar a oírlo.

—Bueno, si canta pronto sí me quedo, pero si es muy de noche, no, porque tengo que estar en casa antes de las diez. Si para esa hora no canta, vendré un ratito después de cenar.

—Muy bien. Será mejor que vengas después de cenar porque ahora anochece muy tarde. Ya verás cómo canta.

—¿Le vas a poner nombre? —preguntó Mikel.

—Sí claro. Ahora que es mío tengo que ponerle un nombre. Ya se me ocurrirá alguno.

Mikel se fue a su casa pensando en el grillo. Le daba pena imaginar el susto que se habría llevado al ver cómo su casa se inundaba. ¿Cómo se sentiría ahora allí

encerrado? Por eso durante la cena casi no habló y, nada más terminar, terminar pidió permiso a sus padres para acercarse a casa de Daniel.

—Está bien —le dijeron —pero solo un ratito. ¿De acuerdo?

Salió corriendo y cuando llegó a casa de Daniel le encontró contemplando la caja con cara de preocupación. Se pusieron de rodillas en el suelo y levantaron la tapa con mucho cuidado.

—No sé qué le pasa. No ha cantado ni una sola vez.

—Estará un poco asustado —dijo Mikel—. A lo mejor mañana canta. Por cierto, ¿has pensado ya en el nombre?

—Sí, se llamara Cantarín, creo que es un buen nombre para un grillo, ¿no crees?

—Sí, es un buen nombre —respondió Mikel.

Entre tanto Cantarín estaba asustado, triste, asombrado... No entendía nada de nada de lo que le había pasado ese día y se lamentaba de su mala suerte.

“Ay, ay, qué pena tengo. ¿Dónde estoy? ¡Qué lugar tan extraño! ¿Quiénes serán esos seres tan grandes que me han raptado? ¿Y por qué hay tanta luz si tengo sueño y ya es de noche? “

Cantarín estaba confuso y lo que menos le apetecía era cantar.

Daniel apagó la luz cuando se fue Mikel y se acostó pensando en el grillo. Cantarín cerró los ojos agotado de hacerse tantas preguntas y se durmió también a los pies de la cama en la caja de zapatos.

A la mañana siguiente Daniel le puso agua para que bebiera y observó cómo Cantarín se movía por encima de la hierba.

“Hoy parece más contento”, pensó Daniel. Así que resto del día no le hizo ni caso.

Al llegar la noche, de nuevo los dos amigos esperaron a ver si el grillo quería cantar, pero tampoco aquella noche Cantarín cantó. Estaba demasiado triste y preocupado.

Pasaron varios días y Daniel seguía esperando oírle cantar, pero parecía que Cantarín se había quedado mudo.

Una noche Mikel le dijo a Daniel:

—¿Por qué no lo sueltas ya? ¿No ves que está triste y asustado? Así nunca va a cantar.

—Este es mi grillo, yo lo he cazado y quiero que cante solo para mí. Cuando se acostumbre a este sitio seguro que volverá a cantar —respondió Daniel.

—Pues si fuera mío lo soltaría ahora mismo. Tu veras lo que haces. ¡Adiós!

Y Mikel se marchó enfadado con su amigo y muy preocupado por el grillo.

Esa noche ocurrió algo insólito: ningún grillo cantó en el campo.

A la mañana siguiente Daniel levantó la tapa y se encontró a Cantarín con las patas hacía arriba en un rincón de la caja de zapatos: estaba muerto.

Daniel lloró y se sintió culpable de la muerte de Cantarín.

Fue corriendo a buscar a su amigo Mikel y le contó lo que había pasado. Cogieron la caja de zapatos y se fueron al lugar donde lo habían cazado y entre los dos lo enterraron. Después volvieron a sus casas, pero ninguno de los dos quiso hablar.

Y esa noche tampoco cantaron los grillos en el campo pues su familia y amigos sentían la muerte de Cantarín y guardaban silencio por él.

Daniel no volvió a cazar ningún animal pero aprendió a observar a las hormigas, a las ranas, aprendió a seguir el rastro de los conejos, dónde se escondían los topos y cómo cazaban las golondrinas.

De vez en cuando se acordaba de Cantarín, sobre todo cuando los grillos cantaban por la noche. Entonces se ponía triste al recordar que había sido el culpable de su muerte. Pero aquello le sirvió para comprender que debía respetar la vida de todos los seres vivos.

Reflexiones:

- ¿Por qué Daniel quería cazar a un grillo? ¿Hubieras hecho tú lo mismo?
- ¿Cómo se sentiría el grillo encerrado en la caja de zapatos?
- A Mikel le daba mucha pena Cantarín. ¿Y a ti? ¿Has cazado alguna vez algún animal?
- ¿Por qué Cantarín no quería cantar?
- ¿Qué crees que sentiría toda su familia?
- ¿Era Daniel culpable de la muerte del grillo?
- Puedes cambiar el final del cuento si te parece.
- También puedes dibujar alguna escena del cuento o a Cantarín.



Emociones

La alegría
La tristeza
El enfado
El miedo
El orgullo
La envidia y los celos
La confianza en uno mismo
La vergüenza
La culpa

Sentimientos

El amor
La ansiedad
La crueldad
La empatía
La gratitud
La ilusión - la esperanza
El rechazo
La solidaridad
La sorpresa
La valentía

El duelo

La muerte

El abandono

Creencias sobre el más allá